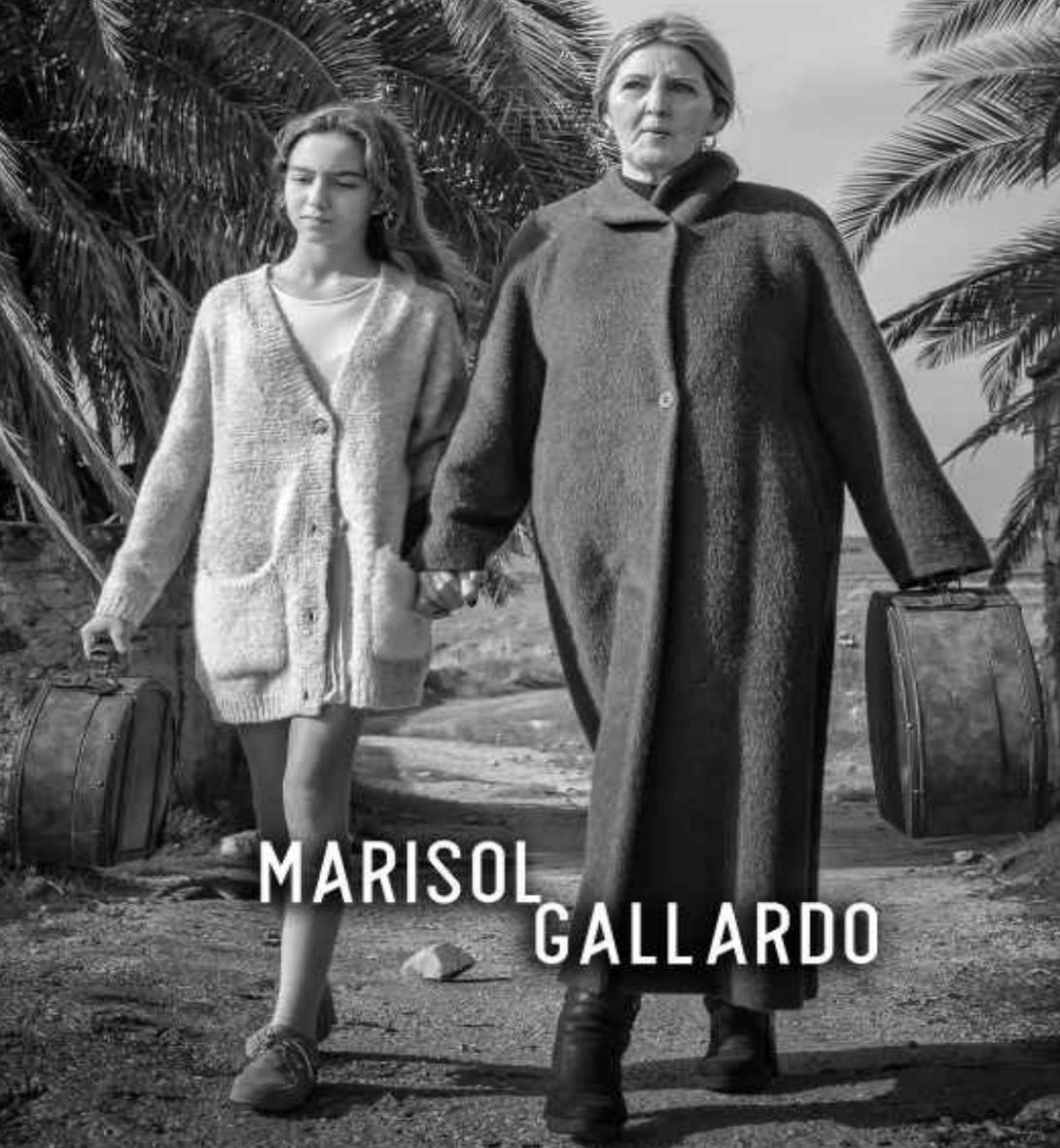


*La historia de
nuestras vidas*



**MARISOL
GALLARDO**

La historia de nuestras vidas

Marisol Gallardo

Queda prohibida la reproducción, total o parcial, de esta obra, sin el consentimiento expreso y por escrito de sus autores.

La historia de nuestras vidas
Primera edición: diciembre 2018
©Marisol Gallardo

Corrección de estilo: Eva Fraile
lareinalectora.com

•

Corrección ortotipográfica: Javier Arroyo
Maquetación: Javier Arroyo
Maquetación digital: Francisco Espinosa

Fotografía de portada: Yolanda Avila Cabanillas

•

el mundo de Noa

Modelo niña: Marta Hernández Romero

*Este libro se lo dedico a todas las mujeres de
mi familia; a las que estamos y a las que vendrán.*

*Para que, a pesar de las adversidades,
jamás dejemos de luchar por nuestro sueño.*

Índice

[Presentación de los personajes de la novela](#)
[HISTORIA DE NUESTRAS VIDAS.](#)
[UN OCTUBRE NEGRO, TRISTE Y FRÍO.](#)
[MI MAYOR TESORO](#)
[DÍAS DE DOLOR](#)
[LA GUERRA HA COMENZADO](#)
[EL COMPROMISO](#)
[HUIR SIN MIRAR ATRÁS](#)
[HUIR SIN MIRAR ATRÁS \(continuación\) \(Badajoz\).](#)
[DÍAS DE DOLOR](#)
[CASI CINCO MESES SIN NOTICIAS \(el siguiente escrito\)](#)
[Carta de Pepín \(1ª carta\), 3 de junio de 1937.](#)
[Carta de Pepín \(2ª carta\), 9 de septiembre de 1937.](#)
[Carta de Paco \(hermano de mi abuela\) Francia.](#)
[RECABANDO INFORMACIÓN \(Cáceres, 2017\).](#)
[VIAJE HACIA MÉXICO DE FRANCISCO MORLESIN Y FAMILIA.](#)
[Escritos de Rosa I:](#)
[Escritos de Rosa II:](#)
[Escritos de Rosa III:](#)
[Último escrito de Rosa:](#)
[Carta de Pepín \(3ª y última desde Francia\) 20 de abril de 1939.](#)
[UNA LLAMADA DESDE MÉXICO \(algo inesperado\).](#)
[EL VIAJE de Pepín y María.](#)
[Carta de Pepín \(esperando en la embajada\), México.](#)
[Carta de Pepín \(una noche en la puerta de la embajada\).](#)
[Carta de Pepín \(12 de septiembre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín \(1 de octubre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín \(durante el trayecto en Barco\) \(23 de diciembre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín. México, la ciudad soñada \(12 de febrero de 1940\).](#)
[Buscando en la caja \(Cáceres, 2017\).](#)
[Un amor para siempre. 4 de marzo de 1940 \(Badajoz\).](#)
[Carta de Pepín. 19 de mayo de 1940 \(México\).](#)
[San Vicente de Alcántara \(verano de 1940\).](#)
[Carta de Pepín. 10 de enero de 1941.](#)
[Carta de Pepín. 25 de mayo de 1941 \(México\).](#)
[Carta de María \(hermana de Pepín\). 5 de junio de 1941.](#)
[Carta de Pepín. 29 de diciembre de 1943 \(México\).](#)
[Carta de María. 8 de enero de 1944.](#)
[NEGRO \(Una bala con tu nombre\). Badajoz, 1943.](#)
[ROJO \(sola y enferma\). Badajoz, 1943.](#)
[VERDE \(con el tiempo llega la esperanza\). Badajoz, 1943.](#)
[AZUL \(esperanza, solo el destino lo sabrá\). Badajoz, 1944.](#)
[Carta de Pepín. México, 1943.](#)
[Carta de María \(campanas de boda\). México, marzo de 1950.](#)
[Carta de María \(mi boda\). México, octubre de 1950.](#)

Carta de María (a ti, mi amor, por siempre juntos). México, 1950.

Carta de Pepín. México (última carta de Pepín), 1954.

Carta de María (México). 1969.

Carta de Paco (hermano de mi abuela).México, septiembre de 1970.

Carta de Paco (hermano de mi abuela). 1970. México.

Y ESTA ES LA HISTORIA DE MI VIDA (mi mundo interior). Cáceres, 2017.

Para comenzar a leer una novela es recomendable conocer a los personajes que forman esa historia. A veces son reales y otras son ficticios. En esta ocasión, los personajes existieron, aunque, en algún momento, por falta de información, he recurrido a la ficción. De cualquier forma, pretendo que sea lo más parecido a la realidad.

La historia es una saga familiar, en este caso sobre mi familia. Pido disculpas si en algún momento alguien se puede sentir ofendido, tanto los que están como los que se fueron y cruzaron el viejo puente de madera. Pues sé que, de alguna forma, ellos también me están ayudando a escribir *La historia de nuestras vidas*.

Mientras escribía esta historia, me pasó algo increíble, pero no adelantaré acontecimientos. Lo que sí voy a hacer es presentaros a una parte de mi familia, personajes con quienes espero que disfrutéis durante la obra, una novela que os hará emocionaros, y tocará alguna fibra sensible en vuestro corazón.

PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES DE LA NOVELA

Francisco Morlesin y su esposa, Rosa (México).

Francisco era hermano de mi abuela. Fue el secretario particular del presidente Negrín. Él y su esposa vivieron en San Sebastián, Valencia y Madrid, para terminar finalmente en Barcelona, en donde permanecieron hasta que cayó en manos de los sublevados. Entonces, como solía hacer mucha gente, se exiliaron en Francia en 1939, por miedo a que lo detuvieran o mataran.

Dicen de él que era muy recto y autoritario, pero, a la vez, una excelente persona.

Francisco estaba casado con Rosa, y tuvieron dos hijos: Rosa y Francisco. Este último nació durante la guerra. La primera palabra que aprendió el pequeño Curro, como le conocían cariñosamente, fue «bomba». En abril de 1939 salían en barco desde París, toda una aventura que os relataré durante *La historia de nuestras vidas*.

Francisco Gallardo y su esposa, Luisa Morlesin.

Francisco era alguacil y vivía en Badajoz, junto a Luisa y sus tres hijos: Luli, Francisco (Chuchi) y Manuel. Estos eran jóvenes muy felices, y Luisa, una apasionada de la escritura. Le encantaba escribir en la máquina que

le regaló su esposo, en donde hablaba de su día a día y de sus cosas. Cuando comenzó la guerra, escribió también cómo se sentía: dolor, desesperación, miedo... Ella también nos hablará en esta historia. Ellos eran mis abuelos, y Chuchi, mi padre.

Pepín y María.

Eran hijos de María, quien murió en su cuarto parto, al igual que su pequeño. (Hermana de Luisa y Francisco Morlesin). Nacieron en Badajoz, y ellos representan la aventura de dos hermanos a través de ciudades y de países, con tan solo 8 y 12 años. Todo ello narrado en *La historia de nuestras vidas*.

En la historia irán apareciendo personajes tan reales como la vida misma: esposas, hijos y nietos de los personajes principales de una saga que comienza en 1936, antes de la Guerra Civil, pero que, sin embargo, no es una historia bélica, aunque se respire esa atmósfera. Esta historia ahonda en los sentimientos, en la familia, en los reencuentros y, a veces, también en la soledad.

Bienvenidos a *La historia de nuestras vidas*.

«Y ASÍ COMIENZA LA HISTORIA DE NUESTRAS VIDAS». CÁCERES, 2017.

*Cuánto cuesta, a veces, recordar algunos instantes de una vida, ya que esta es imparable. Voy colocando cronológicamente todos los escritos de mi abuela, y entre las hojas, un sobre envejecido por el tiempo cae hasta el suelo. Mi curiosidad me puede y lo abro. Había una carta y una foto. Al mirar la foto imagino que es el hermano de mi abuela, Francisco, con su mujer, Rosa, y una niña de unos 12 años y otro niño de tres. La carta parece una despedida, y la fecha data del **19 de febrero de 1939**. El escrito se dirige a mi abuela, y en él le cuenta que salieron de España rumbo a Francia, y que quizás nunca más se vuelvan a ver. También le dice que le escribirá cuando esté a salvo, que desea que se cuide mucho, y que lamenta por todo lo que ha tenido que pasar. Añade que los hermanos están para cuidarse, pero que ahora no puede hacer otra cosa que pensar en su esposa e hijos. El remitente tampoco sabe si, algún día, el destino volverá a reunirlos.*

La carta prosigue con algunas confesiones. Dice que, por su cargo, ha podido salvar a muchos niños, allí en Francia. Muchos de estos niños estaban solos, mientras que otros iban con familias que le pedían que los

sacara de los campos de internamiento. Él, en una camioneta, los llevaba a un lugar seguro. También cuenta que encontró a Pepín y a María (los hijos de su hermana) en París, en donde decidieron continuar.

Francisco salió de España, dejando a su hermana pequeña, para salvarse de una muerte segura. Se marchó con pena en su corazón. En la carta deja claro su deseo de volver a reunirse. Y, por la fecha, deduzco que salió de España casi terminada la guerra.

En esos momentos la impaciencia me puede, necesito saber más. ¿Cómo es eso de que salvó a muchos niños? ¿Adónde los llevaba? Hoy, dos de noviembre de 2017, espero ansiosa poder comunicarme con mi familia, y que me cuenten cómo huyeron de España para llegar a Francia. Cómo viajaron a su destino final. Imagino que no debió de ser fácil, más con niños. Dichosa guerra... Esa palabra me da escalofríos. Mientras consigo contactar con ellos, seguiré ojeando las notas que escribió mi abuela.

HISTORIA DE NUESTRAS VIDAS.

1 de octubre de 2017, Cáceres.

He sentido la necesidad de mirar hacia atrás en el tiempo, y de buscar en el cajón de los recuerdos las viejas fotos olvidadas de nuestras vidas.

Me cuesta reconocer en una de ellas a mi abuelo, porque era tan parecido a mi padre que solo al volver la fotografía y leer la fecha supe que era él. Junto a la fecha hay un mensaje:

«Mi pensamiento es para ti, chica de ojos marrones. Estoy deseando que llegue el día veinte para volver a estar contigo. Tuyo, quien no te olvida. Francisco».

Fue en ese momento, en ese preciso instante, cuando supe que debía escribir *La historia de nuestras vidas*. La de mis abuelos, sus hermanos, mi padre, y, porqué no, también la mía. Tres generaciones unidas por un mismo apellido: Morlesin. Parecía una tarea fácil, pero en realidad no lo era, pues parte de mi familia vivía en México, y nunca había tenido contacto con ellos. Sin embargo, estaba decidida a encontrarlos. Busqué por Internet, usando nuestro apellido común, ya que era bastante atípico. Encontré un grupo de Facebook que se llamaba *«Yo también me apellido Morlesin»*, y pedí acceso, llena de curiosidad. Me aceptaron, pero, inmersa en las tareas cotidianas, lo olvidé durante un tiempo. Y es que mi mente estaba ocupada en sacar mi negocio adelante, ya que habíamos entrado, en nuestro país, en un periodo de crisis bastante preocupante, y mi tiempo lo dedicaba a hacer publicidad de mi negocio, a escribir mi primera novela, *Siente, sueña y ama*, y a vivir el día a día.

Entré de nuevo en el grupo de Facebook, y dejé un mensaje: *«Busco a los familiares de Francisco Morlesin Guerra»*. Como si de una extraña coincidencia del destino se tratase, recibí una contestación inmediata: *«Me llamo Francisco Morlesin, y soy nieto de la persona que estás buscando»*. Hablamos, y me cuenta que, tanto su abuelo como su papá, han fallecido. Y, de repente, refresca algo en mi memoria: su abuelo, por su cargo, ayudó a muchos niños.

No podía creer que los hubiera encontrado. Ahora sí podía escribir el libro de nuestras vidas, lo cual para mí era un reto y una satisfacción, pero, sobre todo, era un pequeño homenaje a mi padre, que fue una gran persona, a mis

abuelos y a sus hermanos, que, desgraciadamente, fueron separados por una horrible guerra. Además, nos habíamos reencontrado en el mes de octubre, un mes negro, triste y frío, que supuso una auténtica catarsis para nuestra familia en el pasado.

UN OCTUBRE NEGRO, TRISTE Y FRÍO.

Aquel día no todo iban a ser buenas noticias. Hace exactamente ochenta y un años, es decir, *el uno de octubre de 1936, fue uno de los momentos más tristes en la vida de mi familia*. Fue como un pinchazo en el corazón. Porque ese mismo día, ochenta y un años después, yo había encontrado a mi familia exiliada. En mi familia, este exilio siempre fue un tema tabú, y yo, hasta entonces, no había tenido la fuerza suficiente para indagar en él.

Leyendo la lista de muertos del *uno de octubre de 1936*, encontré hombres, mujeres y hasta jóvenes (entonces considerados menores) de todas las profesiones: albañiles, un secretario de la Audiencia Provincial, maestros, agricultores... Tantos nombres y tantas vidas que finalizaron ese día sin un porqué. O quizás sí lo hubo. Fue la codicia, el poder, el egocentrismo, la locura humana, lo que sumió a un país en la más pura ruina y dejó a padres sin hijos, a hijos sin padres, mujeres viudas y hermanos en guerra. Cuánto dolor. Aún recuerdo la fotografía de la boda de mis abuelos, creo que la vi en casa de tía Luli, con la dedicatoria a mi abuela: «Deseo volver a ver esos ojos marrones, ojos que a veces se pierden en tu lejanía, y que ya no me permiten descubrir si estás triste o feliz».

Me encantaría volver al pasado. Si pudiera pedir un deseo y cambiar algo de nuestras vidas, sería el curso del tiempo, para que todo fuera diferente. Pero ni aun escribiendo esta novela, voy a cambiar nada de lo que sucedió, a pesar del dolor que me produce. Pero el pasado nunca se debe de olvidar, porque nos ayudará a entender el presente, y a no caer en los mismos errores en el futuro.

Mi recuerdo regresa a ese día en que necesitaba encontrar más fotografías e imágenes de mis abuelos, padre y tíos. Una imagen vale más que mil palabras. Una de las fotografías que encontré, me mostró a mi abuela con una vieja máquina de escribir. Tiempo después, con aquella vieja máquina, yo escribí mi primer relato. Pero en aquel momento, solo pensé que quizás existía algún escrito de mi abuela por algún sitio. Y me puse a buscar entre todos los papeles y fotografías. Me fui hasta el mueble en donde había encontrado las fotografías, y descubrí una caja marrón de bambú que se abría con llave, pero ni rastro de esa llave. Me dispuse a buscar la llave, y, después de varias horas, conseguí abrirla, aunque sin ella. Por dentro, estaba forrada

con raso azul, y lo único que guardaba era un broche en forma de libélula de plata con tonos granates alrededor. Era precioso. Me fui a la cocina a prepararme un café, y volví para seguir mirando las fotografías y los recuerdos. Miré hacia el mueble, y otra caja apareció ante mí. Era de un dorado metálico, con imágenes de mujeres en el campo, en la ciudad, vestidas con trajes regionales, y, para mi mala suerte, también se abría con llave. Sin embargo, al forzarla un poco, se abrió ante mí para mostrarme más fotografías. Pensé que esos papeles eran lo único que iba a descubrir aquel día, pero me equivoqué. En esa caja encontré el mayor tesoro que podía imaginar.

MI MAYOR TESORO

8 de marzo de 1936 (Badajoz).

Hoy, después de mucho tiempo, vuelvo a escribir. Desempolvo mi vieja máquina, la cual no había vuelto a tocar desde un mes antes de mi boda. Me casé, con 22 años, con el hombre más maravilloso y bueno que jamás conocí. Fue una boda preciosa, rodeada de amor, un amor que después hemos compartido con los tres hijos fruto de ese matrimonio. Creo que, si existe la felicidad plena, se quedó a vivir con nosotros, en nuestro hogar.

Vivimos en una casa no muy grande, de dos plantas, mi esposo, mis hijos y yo. También tenemos un perro llamado Campeón. Creo que el nombre se lo puso Chuchi, que es como llamamos cariñosamente a Francisco, mi segundo hijo. Él y Campeón son inseparables, no pueden vivir el uno sin el otro. Mi hija Luli pronto cumplirá los 8 años, crece tan rápido... Y el pequeño, con tan solo año y medio, es muy inquieto y sonriente. Qué más puedo pedir...

A la zona de Badajoz en la que vivimos, la llaman Santo Domingo. Cerca hay un parque que se llama Castelar, adonde suelo llevar a mis hijos a jugar. Mi familia siempre vivió en esta zona. Mi padre reside en la parte baja de la casa, porque allí están todos sus recuerdos con mi madre. Nos juntamos a comer y a cenar, y me ayuda mucho con mis hijos. En esta casa también es donde nos criamos mis hermanos, Francisco y María, y yo.

Hoy he decidido volver a escribir, porque necesito desahogarme. El miedo, poco a poco, se va apoderando de mí, ya que corren rumores de guerra. En los corrillos de los vecinos no se habla de otra cosa. Temo por mis hijos. No dejo de pensar qué sería de ellos si nos sucediera algo, aunque, en verdad, creo que exageran. ¿Quién quiere una guerra? Pero también pienso en las palabras que siempre me decía mi madre: «Hija, no existe la felicidad completa», y siento un nudo en el estómago. A mi padre prefiero no decirle nada, él es feliz saliendo con los niños, viendo a sus otros nietos...

PENSAMIENTO (Un lugar para vivir) Cáceres, 2017

Los lugares construyen a las personas... Pienso que es curioso, porque allí, en donde habla mi abuela, también yo me crié. He pasado tantas y tantas tardes con mis hijos en el parque de Castelar... Las vivencias se repiten de

generación en generación.

10 de marzo de 1936 (Badajoz).

Ahora que los niños duermen, puedo volver a escribir. Bendita máquina. El sonido de las teclas me relaja, me sirve de desahogo en estos momentos de tanta incertidumbre. Ayer hablé con mi marido, no lo hice antes porque no lo quería preocupar, pues bastante tiene él con su trabajo, pero la desazón y el miedo me pudieron, y le comenté lo que se escucha en la tienda, en la panadería, en los corrillos de los vecinos y en todos lados: la guerra cada día está más cerca. He escuchado que algunos amigos están pensando en marcharse a Portugal, y otros a Francia. Mi marido piensa que son chismes, y que no debo preocuparme, pero vi el miedo en sus ojos. Escribí entonces a mi hermano, que trabaja en la Secretaría del Gobierno, y ahora espero impaciente su carta de regreso.

Mi padre ya lo sabe. Subió a mi habitación cuando los niños ya dormían, y me dijo: «Hija, cada vez está más cerca la guerra, deberíais pensar en marcharos, porque, si no los detienen a tiempo, esto va a ser una masacre». Le dije que él también tenía que venirse, pero él piensa que es un estorbo, y que, si la muerte viene a buscarlo, lo encontrará en donde debe estar: su casa.

20 de marzo de 1936(Badajoz)

Hace unos meses que mi hermana falleció, durante el parto de su cuarto hijo, llevándose al pequeño también con ella. Cómo la echamos de menos. Para mi padre ha sido un duro golpe, pues no hace mucho que enterramos a mi madre. Mis sobrinos vivían con su padre, pero este se fue a trabajar a Lisboa. Los dejó con su abuela paterna, que vive a las afueras de la ciudad, en donde las condiciones tampoco son las más favorables. Dejó allí a los dos mayores: Pepín y María, de doce y ocho años respectivamente. A la pequeña la dejó con una hermana.

Un día, le dije a mi padre que fuéramos a visitar a mis sobrinos, y los descubrí en muy malas condiciones, así pues, los traje conmigo. Ya no hay colegio, y como Pepín es tan inquieto y le encantan los libros, mi esposo se lo lleva con él todos los días a su trabajo en el ayuntamiento, en donde hay una biblioteca, y puede estudiar y mirar todas las enciclopedias que quiera. Cuando llega por las tardes a casa, nos dice todo lo que ha estudiado, las fotografías de países que ha visto y el lugar a donde quiere ir algún día: México. Yo bromeo con él y le digo:«¿Tiene que ser México, Pepín? ¿No

hay un país más cerca?» Y responde, con esa sonrisa pícaro, que a los países más cercanos también irá, porque será un viajero infatigable. Él me ayuda mucho con sus primos, pero, por el contrario, María está triste. Estaba muy unida a mi hermana, y se acuerda mucho de ella. Apenas habla, es muy introvertida y retraída, y su madre la sobreprotegió mucho. Ahora se siente sola y desvalida.

25 de marzo de 1936 (*Badajoz*).

Hace días que recibí la carta de mi hermano. Me dice que no me preocupe en exceso, pero que debo estar alerta, porque, al parecer, por Madrid anda la cosa muy revuelta, aunque él no cree que vaya a ir a mayores. Promete mantenernos informados y que, si fuese necesario, llegado el momento nos sacaría de Badajoz. Advierte que Portugal no sería seguro, porque desconoce cómo reaccionaría el Gobierno portugués (abriendo o cerrando las fronteras), por lo que habría que huir a Francia.

Se lo he contado a mi esposo, a la hora de la comida, para que no bajemos la guardia. Él, por su puesto en el ayuntamiento, podría terminar detenido si entran los sublevados. Sin embargo, continúa aparentando normalidad. Ya no sé qué pensar, pero siento el corazón en un puño. Miro a mis pequeños y a mis sobrinos, mientras duermen, y no puedo evitar que caigan lágrimas sobre mis mejillas. Nunca me perdonaría que les ocurriese algo a ninguno de ellos...

Se me acerca Francisco (Chuchi), casi sin hacer ruido. Se acababa de despertar. Me ha mirado con sus seis añitos, y me ha dicho: «Mamá, no llores, Campeón ya no cojea. No estés triste, porque ya se ha curado». Cuánta ternura me ha dado. Lo acojo sobre mis piernas, y le digo que los dos, él y su mascota, son unos campeones. Me mira con esa sonrisa tan pícaro que tiene, me besa en la mejilla, y comienza a golpear las teclas de la máquina de escribir sin parar de reír. Le acaricio su negro pelo, y le susurro que, quizás, un día sea un gran escritor.

Sale corriendo, llamando a sus hermanos y a sus primos, y, en el fondo de mi corazón, deseo que la guerra sea un bulo. Quiero que mis hijos crezcan en paz y en armonía, no en medio de una guerra en la que solo habrá dolor y tragedia.

5 de julio de 1936 (*Badajoz*)

Llevo tiempo sin escribir. Se acabarán oxidando las teclas. La casa y los niños ocupan todo mi tiempo, pues somos ocho alrededor de la mesa. Mi padre lleva varios días que apenas come, y se siente cansado, porque también es demasiada carga familiar para él.

La guerra estallará de un momento a otro, y el miedo me puede. Recibí, hace dos días, una carta de mi hermano donde me dice que todo se está complicando. Quiere que vayamos a Madrid. A mi esposo se lo comunico y le digo que lo más sensato es salir de España. Somos jóvenes, comenzaremos una nueva vida en otro lugar, pero aquí él puede correr peligro por su trabajo. Sin embargo, mi marido es muy testarudo, y pide tranquilidad. Yo no puedo estar tranquila con tres hijos, mis sobrinos, mi padre enfermando, y una guerra a punto de comenzar.

He decidido, sin embargo, esperar hasta que pase el verano. Las tiendas cada vez están más vacías, y la comida comienza a escasear. A partir de cierta hora, parece una ciudad fantasma en donde no se ve ni a los perros. Es como si estuviéramos sitiados, no se escucha el sonido del viento, todo es silencio. Se respira miedo y tragedia. Si he de ser sincera, el pánico se apodera día a día de mí, y, a veces, hasta me cuesta respirar. Sé que nos esperan años muy duros. No entiendo por qué mi marido no lo ve, o no quiere verlo, pero seguro que piensa que huir es de cobardes.

Se avecinan malos tiempos... Lo presiento.

DÍAS DE DOLOR

7 de julio de 1936 (Badajoz)

No sé si debo contarle, pero lo haré. Ahora mismo, somos uno más en casa.

Ayer por la noche, cuando los niños ya estaban acostados, y nosotros cenábamos lo poco que nos quedaba, llamaron a la puerta. Mientras mi marido fue a abrir, mi padre y yo comenzamos a recoger la mesa. De pronto, escuché decir: «Mujer, no recojas nada y saca un plato más». Aquello me extrañó, pero me limité a hacer lo que mi esposo me decía. Entonces vi entrar a un sacerdote junto a él. Miré asustada a mi marido, pues por todos era sabido que muchos sacerdotes eran unos chivatos, y que estaban perseguidos por los activistas. Pero me dijo que me calmara, porque ese sacerdote era un amigo de su infancia, y también de su familia. Al parecer,

necesita nuestra ayuda. Se quedará en casa unos días, escondido. Yo dejé a mi padre en la sala, con el cura, y me llevé a mi esposo a la cocina para reprenderle. Le dije que si estaba loco. Sentía que estaba poniendo en peligro a toda la familia trayendo a aquel cura. Le pedí que le buscara otro lugar. Además, ni mi marido ni yo somos religiosos. Pero él me respondió que lo mejor era tenerlo de nuestro lado precisamente por eso, porque nosotros no somos religiosos, y, si la cosa se pusiera fea, él nos ayudaría.

Creo que esto es absurdo. El cura nos va a traer problemas, y está en casa simplemente porque mi esposo es incapaz de decir que no. Además, con la falta de alimentos que hay... Mi padre está rojo de ira desde que entró, pues tampoco confía en los curas.

PENSAMIENTO (El buen samaritano) Cáceres, 2017

A veces, es necesario estar seguro de a quién le pones un trozo de pan y a quien sientas a tu mesa, porque puede arrebatarte ese pan y hasta el aire que respiras.

12 de julio de 1936(Badajoz)

Hace dos días, le pregunté a mi marido: «¿Hasta cuándo se quedará el cura?» Me respondió: «Mujer, lo que sea necesario». Entonces le dije que estaban registrando algunas casas, y que debía irse para no poner nuestras vidas en peligro, pero mi marido se negaba. Él dice que nosotros somos buenas personas y que solo estamos ayudando a alguien que nos necesitaba. Aun así, me advirtió que no dijera que lo escondíamos en casa. Y me volvió a convencer.

No sé por qué lo permito cuando podría estar sonriendo a su verdugo. Pero así es mi esposo, y una de las cosas que me enamoró de él fue su bondad y su gran corazón. Sin embargo, yo nunca me confundo. Ese hombre no tiene cara de buena persona. Si hasta le molestan mis hijos. Vuelvo a pensar que nos va a traer problemas. ¿Por qué a veces los hombres son tan testarudos, y no ven lo que nosotras vemos?

Ayer salí con mis hijos. Llevé a mis sobrinos a que vieran a su hermana pequeña, y se lo pasaron muy bien. Lo que daría mi hermana María por ver crecer a sus hijos, pues siempre fue una buena madre y todos la echamos mucho de menos. Mientras hacíamos la visita, mandé a mi padre a conseguir algo más de comida, pues tiene muy buenos contactos. Con la dichosa guerra tan cerca, es peligroso andar por las calles, pero no se puede tener a los niños

todo el día encerrados en casa. Son cinco pequeños, y, aunque Pepín es todo un hombrecito, deben disfrutar y jugar mientras puedan.

Llegamos a casa cerca de las siete, y descubrí al cura, Lucio, comiéndose la cena de aquella noche. Me enfadé tanto que le grité: «¡Me da igual lo que diga mi esposo! ¡Vaya buscándose otro sitio, y deje de robar la comida de los míos! ¿Acaso «*no robarás*» no es uno de los mandamientos de su religión? ¡Al igual que lo es *no decir falso testimonio sobre su prójimo*! Hemos sido la mano que le ha dado de comer cuando lo necesitaba, no lo olvide. ¡Le doy tres días para marcharse!».

Aquella misma noche, cuando llegó mi esposo, le dijo que en breve se iría. No puedo describir el alivio que sentí. Ahora solo me preocupa haber continuado escribiendo en la máquina de escribir mientras él estaba aquí. Quizás leyó alguno de mis escritos...

PENSAMIENTO (miedo y rabia).

Qué lento pasa el tiempo cuando el miedo es tu sombra...

16 de Julio de 1936 (Badajoz)

Hoy hace dos días que Lucio ya no está en nuestra casa, ni tampoco en nuestras vidas. Se respira tranquilidad, aunque sigo teniendo un mal presentimiento. A cambio de irse de nuestra casa, me pidió un contacto. Me dijo que debía ir a la parroquia de San Andrés Apóstol, ubicada en la Plaza de Cervantes, y, aunque no fue tarea fácil llegar hasta allí, porque las calles ya no son seguras para una mujer sola, lo hice. Mi padre se quedó en casa con los niños. Su tos cada vez suena peor. Temo que algún día me falte.

Lucio me explicó que a las doce se sentaba una amiga suya en aquella parroquia, en el segundo o tercer banco de la iglesia. Ella se llamaba Manuela, y era una mujer más o menos de mi misma estatura, de unos treinta años, y de pelo rubio. Lucio me dijo que siempre llevaba un rosario especial, con las cuentas de colores. Cuando la viese, tendría que acercarme y recitarle: «*Hoy la alondra no quiere volar*». Y si ella me contestaba: «*Deja la jaula abierta*», podría hablarle de él y de la necesidad de encontrar un lugar en donde seguirse escondiendo.

Mientras iba hasta allí, sentí miedo. Las calles no eran seguras, y había mucho revuelo. Se temía que, de un momento a otro, estallara la guerra. Llegué a la iglesia a las once y media, me senté en la segunda fila esperando

ver a Manuela aparecer, pero no apareció nadie. Casi una hora después, vi entrar a una mujer rubia que tomó asiento en la segunda fila y que sacó un rosario con cuentas de colores. Me acerqué a ella y le dije: «Hoy la alondra no quiere volar». Me miro, calló durante unos segundos que se me hicieron eternos, y me contestó: «Deja la jaula abierta». Entonces le conté que llevábamos tiempo escondiendo a Lucio, y que ahora tendría que hacerlo ella.

Manuela pidió la dirección de nuestra casa, y me dijo que, a las doce en punto, pasarían a por él. Temí darle la dirección, pero, en realidad, el cura ya la sabía. Antes de marcharme, le advertí: «Que el cura no diga que ha estado en mi casa. Somos gente honrada, pero nunca olvidamos una cara». Y salí de allí sin mirar atrás y sin parar de andar hasta llegar a mi casa. Tenía el corazón en un puño.

Cuando llegué, los niños jugaban, y en la cocina, encima de la mesa, encontré un pan. Busqué a mi padre, sorprendida, y le pregunté: «Padre, ¿quién trajo este manjar?». Y me dijo aquella frase que resonaría en mí para siempre: «Hija, hay que tener conocidos hasta en el infierno». Yo miré al cura, de soslayo, me acerqué a él y me dirigí a él por última vez: «Tenga todo preparado, que a las doce vienen a por usted».

17 de julio de 1936 (Badajoz).

Ayer, 17 de julio de 1936, en Melilla, comenzó un golpe de Estado. Estamos en guerra. Rezo para que nonos pase nada. Ahora entiendo las palabras de mi madre: «No hay felicidad completa». Se palpa el miedo en el ambiente, y hay un olor extraño. Mi vecina dice que huele a muerte. Al menos ya se fue el cura, pero algo me dice que no lo hizo del todo. Lo sé porque al despedirse, me miró y me dijo: «Volveremos a vernos frente a frente». Y yo pensé: «Ojalá que no en esta vida».

Hoy, mi padre no ha querido salir. Me preocupa, cada día está más demacrado.

LA GUERRA HA COMENZADO

19 de julio de 1936 (*Badajoz*).

El 18 y 19 de julio escuché por la radio que ya estaban en la península. Ahora no estamos a salvo en ningún lugar. Intento que mis hijos no noten el miedo que, poco a poco, se apodera de mí, y que nuestras vidas sean lo más normal es posible. Pero temo que entren de un momento a otro en Badajoz.

Hoy, Campeón vuelve a cojear, y Chuchi, el segundo de mis hijos, no se separa de él ni un segundo. Parece un presagio.

La gente tiene miedo de salir de sus casas, y se está generando cierto odio. Hay amigos que apoyan el golpe, y otros que apoyan a la República. Las discrepancias parecen cada vez más insalvables, y a veces creo que pueden llegar a las manos.

Pero yo no pienso quedarme en casa, y, como dice mi padre, si la muerte viene a buscarme, a mí me encontrará riendo y disfrutando de mi familia. Hemos dejado a Campeón en casa, y he ido junto a mis hijos y mi sobrina hasta donde trabaja mi marido. En el ayuntamiento están él y Pepín. Hoy salían a las seis. De vuelta a casa, vi la preocupación en la cara de mi esposo, y le pregunté qué podíamos hacer. Me respondió que esperar y rezar. Pero yo creo que rezar sirve de poco.

Ahora, mientras escribo, apenas oigo ruidos. Tan solo el lejano ladrido del perro de la vecina. Los pequeños ya duermen, y mi marido anda enredado con algunos papeles. Hay cierta calma engañosa. Mi padre sí está cada día peor. Yo lo miro, lo miro, y no quiero que sufra esta guerra.

25 de Julio de 1936 (*Badajoz*)

Llevo días sin escribir porque este calor es insoportable. Hace tiempo que no sé nada de mi hermano, y él es quien me iba informando del avance de los sublevados. La tranquilidad continúa y me inquieta, sé que algo horrible nos espera. Oigo a un vecino profesor decir que está pensando en marcharse a Portugal. Yo creo que también deberíamos marcharnos, porque rezar no es suficiente, y ni si quiera soy creyente.

Miro a mis pequeños, los tres dormidos, ajenos a todo lo que se nos viene encima. ¿Y si le pasase algo a mi marido? ¿Cómo voy a alimentar yo sola a

tantas bocas? Cuando todos duermen, yo lloro. Mi único consuelo es escribir en esta vieja máquina y contar cómo me siento, escribir sobre mis miedos, y soñar con tiempos mejores.

Recuerdo el día que conocí a mi marido, tan guapo y apuesto. No tuvimos un noviazgo demasiado largo, pues nos casamos jóvenes, pero sí muchos planes y proyectos. Cómo olvidar el día de nuestra boda, con toda la familia y amigos, felices. Hoy parece tan lejano.

PENSAMIENTOS (mis recuerdos junto a mi abuela).

Leer esto me parte el alma. Recuerdo los días en que mi abuela iba a verme al colegio, cuando estaba interna, o los domingos en que iba a buscarme para comer con ella, con mis tíos y con mis primos.

Cuando tenía trece años, mis padres se fueron a vivir a Badajoz, y dejé de estar interna en un colegio. Muchas tardes, mientras mis padres trabajaban, mi abuela se quedaba con nosotros para cuidarnos. Hoy sé que me hubiera gustado preguntarle cosas sobre esa guerra, pero entonces no fui capaz, pues a ella no le gustaba hablar de cosas dolorosas. Tenía un gran sentido del humor y muchos despistes, algo característico en nuestra familia.

Estar aquí, ahora mismo, escribiendo sobre mi familia, sobre nuestras vidas, me resulta difícil, pero, a la vez, gratificante. Si pienso en mi vida, puedo decir que soy un alma libre. Ahora mismo, es como si pudiera mover libremente los hilos de nuestras historias. Es como si pudiese retroceder en el tiempo y cambiar el rumbo de todo con solo escribirlo. Pero eso es imposible. Solo deseo que sea verdad que hay un lugar maravilloso, sin dolor, tras un viejo puente de madera, en donde vuelves a encontrarte con tus seres queridos. Si existe, los que están allí, en este momento me están dando fuerza para que escriba La historia de nuestras vidas, y no pienso defraudarlos.

Pensar en mi abuela, al igual que en mi padre, siempre me hace recordar esa risa tan peculiar que ambos compartían. A los dos les encantaba también, como a mí, acostarse tarde. Nunca vi a mi abuela escribir en su vieja máquina, a pesar de que convivimos con ella en casa. Lo que sí les veía, a mi abuela y a mi padre, era mirar el periódico por la mañana, para enterarse de lo que pasaba en el mundo. Los dos eran ocurrentes, divertidos y, a pesar de lo sufrido, luchadores. Pero eso lo contaré más adelante.

EL COMPROMISO

30 de Julio de 1936 (Badajoz).

Hoy hace 10 años que mi marido y yo nos comprometimos. Desde que lo vi, supe que estábamos destinados a estar juntos. Nos gustaban las mismas cosas, sobre todo dar largos paseos cerca del río. Incluso ahora, en plena guerra, algunos domingos solemos hacerlo con nuestros hijos. Y lo que nunca olvidaré, fue el día en que se presentó en casa con la máquina de escribir para mí. Aún no sé de dónde la saco, pero allí estaba él con ese cachivache. Poner el papel fue toda una odisea, y escribir también. Al principio, era bastante lenta, pero cada día que pasaba, mis dedos se movían con más agilidad. Él me decía que algún día nuestros nietos leerían lo que escribo. Ojalá, porque pienso contar todo lo que pase en esta maldita guerra.

PENSAMIENTOS: SOLO UN POCO DE MÍ

Me llamo Marisol Gallardo, y nací, curiosamente, el 30 de julio de 1963. Solo hay que cambiar dos números para que coincidan con el día en que mis abuelos se prometieron. Nada es casualidad en esta vida.

HUIR SIN MIRAR ATRÁS

11 de agosto de 1936 (Badajoz).

Cada vez son más las personas que intentan pasar la frontera de Portugal, sobre todo mujeres y niños. Hoy, los vecinos han comentado que ellos también se irán. Yo le pido lo mismo a mi marido, pero él dice que no puede dejar su trabajo ni la casa. Le pregunto: «¿Y si te matan o nos matan? ¿De qué nos sirve el trabajo o la casa?». Pero él vuelve a pedirme calma. Una calma que ya no tengo.

Salir a la calle es peligroso, y nos pasamos los días encerrados en casa. Los niños se aburren y no entienden nada. Hace mucho calor y continúa el maldito olor. He pensado en irnos al pueblo, pues allí tenemos familia, y parece un lugar más seguro, pero creo que al final nos quedaremos.

Cuando acuesto a los niños, solo pido que no les pase nada. Sé que queda poco para que lleguen los sublevados. Esto será una auténtica masacre. La mujer de mi primo ha recibido noticias desde Sevilla, y me ha contado que allí están arrasando con todo y han matado por matar.

Si, después de este, no hay ningún escrito más, es que no sigo viva. Y si alguien lo lee, solo quiero que sepáis que los años que viví junto a mi esposo, fueron muy felices. Ahora somos una familia y permaneceremos unidos.

PENSAMIENTOS (Cáceres, 2017).

No sé qué se puede sentir cuando se vive una situación así. Ahora pasamos por crisis económicas, pero, al fin y al cabo, no se enfrentan hermanos contra hermanos, ni se mata por puro placer. Qué locura, Ojalá aprendamos de los errores del pasado, y no olvidemos demasiado pronto. Pretendo, a través de mi novela, que se recuerde lo que es una guerra, con el dolor y el sufrimiento que la acompaña, con los niños que la vivieron y les marcó para toda la vida.

HUIR SIN MIRAR ATRÁS (CONTINUACIÓN) (BADAJOS).

20 de agosto de 1936.

Seguimos vivos, a pesar de la masacre que se ha cometido en Badajoz. No tengo palabras para contar lo que ha sucedido, pero es importante que lo describa todo con detalle, porque esto debe saberse. Quizás, algún día, alguien lo lea, y pueda, entonces, contarlo al mundo. He visto ríos de sangre corriendo por las calles. Desde el día 14, que entraron los sublevados, no se ha dejado de fusilar a gente. Vienen al mando de un tal coronel Yagüe.

En la madrugada del 14, a las seis de la mañana, comenzaron los bombardeos sobre la ciudad. Fue horrible. Fui corriendo a la habitación de mis hijos y sobrinos, y les dije que se vistiesen rápido. Corrimos a un refugio que había cerca de casa, pero por el camino perdimos de vista a Chuchi. Creí enloquecer. Mi marido quiso volver a casa a buscarle, pero mi padre le detuvo. Le dijo que se encargaría él. Las bombas no dejaban de caer, y yo rezaba para que no les pasase nada. La espera se hizo interminable, hasta que los vi, por fin, aparecer. Mi hijo se había quedado junto a Campeón, escondido debajo de la cama. No quería dejar solo a su perro. Llegamos al refugio y pasamos toda la noche allí. Cuando salimos, fue aún más horrible: muertos sobre las aceras, jóvenes y mayores a tiros a lo lejos... Ni si quiera sabía si mi casa seguiría en pie.

Al día siguiente, mi padre se quedó cuidando de los niños, y mi esposo y yo fuimos hasta San Juan para saber sobre el resto de mi familia. Nada más llegar, vimos, al lado de la catedral, un montículo que, a medida que nos acercábamos, se mostró en su verdadera forma: cuerpos apilados. Los ríos de sangre seguían corriendo por las calles.

Cuando supe que mi familia estaba bien, volvimos corriendo a casa. Estar en la calle no era seguro, Una de nuestras vecinas lloraba desconsolada. Estaba asustada porque su hijo no había regresado, y estaban fusilando a mucha gente en la plaza de toros, en la puerta del cementerio y en la catedral, de manera descontrolada. Mi marido se ofreció para buscarlo. Yo me quedé junto a ella. Pero él regresó al rato, solo. Había conseguido enterarse de que habían visto al joven en manos de los sublevados. Entonces, la mujer se

levantó y, con una fuerza desconocida, sentenció: «No voy a permitir que lo entierren en una fosa común. Él no se merece eso. Quiero tenerlo en un lugar donde llevarle flores y poder llorarle. Voy a ir a la cárcel a buscarlo». Mi marido, nuevamente, fue con ella, pero tampoco lo encontraron. Miraron en la plaza de toros, pero había tantos muertos que no se podía identificar a ninguno. Los cadáveres estaban amontonados, algunos en descomposición, y el olor era insoportable. Incluso apartaron cuerpos ensangrentados, rígidos y fríos, de jóvenes allí tirados, presos de la desesperación. Isabel, nuestra vecina, decía que no volvería a su casa sin su hijo, y que le daba igual que la matasen. Por fin dieron con él, pero con un disparo en la cabeza. Isabel cogió a su hijo entre sus brazos, y comenzó a gritar enloquecida: «¡Asesinos! ¡Salvajes!». Mi esposo le hizo callar como pudo, pero ella le despidió allí mismo: «Tú vuelve a casa, que eso es lo que quiero, que me maten. Dile a tu esposa que lo cuente, que se entere todo el mundo de lo que ha pasado aquí».

De camino a casa, mi marido encontró a una joven deambulando con la ropa rota. Se acercó a ella, y esta lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas. Le contó que había visto a gente morir delante de ella, pero que a ella, en vez de matarla, decidieron violarla. Después, se ensañaron dándole patadas por todo el cuerpo, mientras le gritaban «¡roja de mierda!», y le escupían. Maldita guerra...

Hoy, 20 de agosto de 1936, el coronel Yagüe abandona Badajoz, después de dejar un reguero de muertos y sangre por todos lados. Se escucha que han sido más de 4000 personas fusiladas. En la plaza de toros, fue como una fiesta de sangre, según cuentan en los corrillos. Algunos sublevados, ante la atenta mirada de otros, toreaban a la gente y, entre vítores, les daban la estocada.

Esto aún no ha terminado, yo tengo una sensación extraña. Aún corremos peligro.

PENSAMIENTO: (Soledad, tristeza y dolor) (Cáceres, 2017).

No puedo parar de llorar, leyendo el relato de mi abuela. Es dantesco... Tanto sufrimiento, ¿para qué? Después de leer el texto, me pregunto si mi padre y mis tíos se darían cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Salir de un refugio, ver muertos en la calle... ¿Qué pensarían?

Hay tantas preguntas que me gustaría hacerles, pero ya no puedo. A veces pienso que la vida tendríamos que vivirla dos veces. O que nos dieran la opción de cambiar, al menos, tres cosas de nuestra vida, pues mis abuelos, mi

padre y mis tíos seguro que lo hubiesen hecho. Sin embargo, solo tenemos una oportunidad, lo tomas o lo dejas... Y a veces, no sabemos si es mejor tomarlo o dejarlo.

Por eso, yo ya no dejo pasar nada, pues nunca se sabe lo que nos puede ocurrir. Hay que vivir el momento y disfrutar de las personas que nos rodean.

PENSAMIENTO (4000 muertos) (Cáceres, 2017).

Se me han revuelto las entrañas. Badajoz fue un caos cuando el coronel Yagüe entró con su ejército y arrasó con todo. Buscando información por Internet, sobre aquella época, me topé con esta frase pronunciada por él mismo: «Es una espléndida victoria. Antes de avanzar de nuevo, y ayudado por los falangistas, vamos a acabar de limpiar Extremadura». A su vez, el periodista y escritor John T. Whitaker, se presentó ante Yagüe y le preguntó si era verdad que en Badajoz habían sido asesinadas miles de personas. Yagüe contestó con una sonrisa: «Naturalmente que los hemos matado. ¿Qué suponía usted? ¿Iba a llevar 4000 prisioneros rojos con mi columna, teniendo que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos en mi retaguardia para que Badajoz fuera roja otra vez?».

DÍAS DE DOLOR

25 de agosto de 1936 (Badajoz).

Ahora mismo, mi única salida a tanto dolor es escribir. A veces, no sé si es bueno contar todo lo que nos ocurre, por el miedo de que entren en mi casa, y puedan encontrar mis escritos. Los tengo todos guardados en una caja, junto a otras cosas. Estoy decidida a que lo único que no me va a quitar esta dichosa guerra, es la posibilidad de expresarme. Quiero contar mis miedos, y, de alguna forma, desahogarme. Después lo guardo todo en esta caja metálica, junto a unas figuras de mujeres. Aquí es donde guardaba las pocas joyas que tenía, y que ahora he cambiado a un lugar más seguro porque no me fío.

Me han contado que, hace varios días, a unos vecinos, les entraron en su casa y se llevaron todo lo que tenían de valor. A ellos los detuvieron porque encontraron en su casa propaganda republicana. Eran una pareja joven, de nuestra edad, y hemos coincidido varias veces en el parque con los niños. Creo también que eran maestros. Se los llevaron de noche, y sus hijos se quedaron solos hasta que llegaron los abuelos, a los que avisaron a través de una carcelera a la que conocían. La verdad es que no sé qué será de ellos, pero los padres están como locos para poder sacarlos de la cárcel. Hay mil y una historias que nos van llegando de personas conocidas, y, cada día que pasa, aumentan los desaparecidos.

La semana pasada, cuando fui a la tienda de la esquina, estaba la hija de Juan, despachando, y, extrañada, le pregunté por su padre, pues este jamás faltaba en la tienda. Llorando, me dijo que hacía cuatro días que no sabían nada de él. Al parecer, llegó una mañana a trabajar y no volvió a casa. Su madre y su hermana lo están buscando por todos lados: en la plaza de toros, en las tapias del cementerio... hasta en las cunetas regadas de muertos. En las fosas comunes es ya imposible encontrarle, pues están echando cal porque el olor es insoportable. Me dijo, con lágrimas en los ojos, que ella no puede ir a buscarle porque se pasa el día en la tienda, esperando a que vuelva, y porque tiene un problema de corazón desde pequeña, y su madre no desea que vea lo que ellas están viendo. Ahora sé que, a los dos días, lo encontraron cerca de una fosa, con muchos más muertos que nadie reclama. Madre e hija lo movieron como pudieron para darle sepultura. Pero, ¿por qué lo mataron? ¿Por qué otra víctima más?

10 de septiembre de 1936 (Badajoz).

No sé qué pensar. Badajoz ya es nacionalista, pero siguen matando a gente, independientemente de la edad o el sexo. Cada día hay más viudas y más huérfanos, y esto parece una locura. Muchos de nuestros amigos se fueron a Portugal, y otros a Francia.

Ahora, también han sobrevenido las enfermedades. Así está mi padre. Lleva varios días en la cama. Envié un telegrama a mi hermano, explicándole la situación, y me respondió que llegará en dos días. Mi padre se va apagando poco a poco, y no creo que ya mejoré. Ya no puede ni levantarse de la cama, y los niños preguntan por él. María no para de llorar, y pregunta si el abuelo se irá con su madre, y que si es así, quiere marcharse con él. Intento explicarle que allí, uno no va cuando quiere, sino cuando le llega su hora. Entonces, ella contraataca y me dice que cómo puede hacer ella para que le llegue esa hora. Me da un vuelco el corazón. Con lágrimas en los ojos, le pido que, simplemente, viva cada día e intente ser feliz. Pero no hay consuelo para ella ni para mis hijos. Están todos tristes. Pepín intenta hacerse el fuerte, pero el otro día lo escuché, llorando en la cocina. Cuando entré, intentó disimular, y le pedí que no sintiese vergüenza de expresar su llanto, pues los hombres también tienen sentimientos. Tanto si es de alegría como de dolor, llorar desahoga el alma y limpia el corazón. Eso me decía mi madre.

14 de septiembre de 1936 (Badajoz).

El día doce llegó mi hermano, solo, sin la familia, para evitar peligros. Aquel mismo día, falleció mi padre, y ayer lo enterramos. Al menos, le dio tiempo a despedirse de él. Aún flotan en mi mente sus últimas palabras hacia mi hermano: «No los dejes en el olvido. Te he educado en valores que ahora debes llevar a cabo, sobre todo con tu hermana y sobrinos, que son la única familia directa que te queda. No todo es el poder, hijo. Coge de mi bolsillo mi reloj, es para ti, sé que siempre te gustó. Y ten cuidado si decides irte de España. Llévate a tu hermana contigo». Mi hermano agachó la cabeza y le dijo que intentaría que no nos faltara de nada.

En el entierro, a pesar de estar en guerra y ser peligroso andar por las calles, hubo muchos conocidos que lloraron a mi padre, porque él siempre fue una persona bondadosa que ayudó a todo el mundo. Cuando pasó el funeral, mi hermano se marchó, y me dijo que quizás no volviese, pero que estaríamos en contacto.

Cuánta soledad hay ahora en esta casa. Mi padre fue mi apoyo, mi consuelo, el que me ayudaba con los niños. Era una persona que siempre tenía una sonrisa y una palabra agradable para cualquiera, que le dio a lo material la justa importancia, y que era noble. Cuánto te voy a echar de menos. Mi sobrina María estaba desolada, se ha pasado unos días en silencio sin querer hablar. Cuando volvió a hablar, me preguntó por qué las personas que quiere se van de su lado, si ella se porta bien. Y, con un llanto amargo, repite una y otra vez que desea macharse con su mamá. No sé qué decirle, ni qué responderle, solosé abrazarla y darle mucho cariño.

Padre, hoy aquí, escribiéndole a usted, sé que me quedaron muchas cosas por decirle, pero la más importante siempre la supo: fue usted una gran persona y un gran padre. Le quise... Te quise, te quiero y te querré.

PENSAMIENTO (el vuelo de la alondra) (Cáceres, 2017).

Hoy me siento frente a mi ordenador y entiendo a mi abuela, el dolor que se siente cuando pierdes a un padre, o a una madre. Yo tengo a mi madre cerca de mí, y siento su voz cada día. Tengo sus consejos, su charla... Mi madre me dice que para qué voy a escribir este libro, y yo le digo que para que no se olvide nada de lo que ocurrió. Para que se recuerde que, hace más de ochenta años, hubo mucho dolor y sufrimiento en muchas familias españolas. Y, sobre todo, porque la verdad debe saberse. Sin embargo, la voz de mi padre, por desgracia, hace dos años que no la escucho.

Cuando supe que mi padre pronto partiría, como me gusta tanto escribir, una mañana cogí el lápiz y el papel, y le escribí una carta muy especial. Él, uno de mis pilares principales en esta vida, el compañero infatigable de su perrito (Campeón), yacía entonces en su cama, sin apenas decir nada, pero yo me acerqué, lo besé en la mejilla y me senté a su lado. Rodeados de silencio, solos él y yo, cogí su mano y comencé a leer mi carta:

«Papá, el amor que nos profesamos es incondicional. Nunca hubo reproches, ni palabras hirientes, y sí mucha complicidad. Eres el mejor, aunque no te guste hablar mucho. Eres divertido, despistado, frágil y bondadoso, y nunca conocí a nadie con tanta entrega hacia los demás.

Quizás perdimos cosas, pero otras seguro que las ganamos. Recorrimos un gran camino juntos, a veces cerca, a veces lejos, pero sin distancia entre los corazones. Siempre me dabas pistas para ayudarte a encontrar el camino de regreso cuando te perdías, y para que mi voz calmara tu angustia.

Pasó el tiempo y comencé a ser una extraña para ti, pues sufrías «la enfermedad del olvido», pero no importaba, porque cogía tu mano y te decía que era yo, tu hija, mientras tú me sonreías durante unos segundos, los suficientes para saber que me recordabas. Con el tiempo, te perdiste en un mundo de silencios y de miedos, pero nunca estuviste solo, porque tienes la suerte de tener a tu lado a la persona que mejor te podía cuidar: mamá. Ella, al contrario que tú, es más fuerte, pero al igual que tú, es bondadosa. Le gusta cuidar de los suyos. Si tuviera que definir a mamá en una palabra, sería amor, y si pudiera ser en dos, sería amor incondicional».

*En aquel momento, recuerdo que apretó mi mano, y vi cómo caían sendas lágrimas sobre sus mejillas. Hoy pienso que ni «la enfermedad del olvido» pudo hacer que nos borrara de su memoria. A la mañana siguiente, me levanté y ya no me moví de su lado, y, de nuevo, el silencio a nuestro alrededor nos envolvió. Cogí nuevamente su mano, vi cómo él respiró profundamente y, después, nos dejó para siempre. Tan solo le pedí un último deseo: «**Prométeme, papá, que nunca dejarás de cuidarme, estés donde estés**».*

*Muy bajito, susurré: «Ahora, papá, si miras detrás de ti, verás el viejo puente de madera. Debes cruzarlo y seguir **el vuelo de la alondra**. Yo me quedo con algo tuyo para recordarte cada día, hasta que llegue el momento de que volvamos a estar juntos». Después, lloré su ausencia, le eché de menos y le recordé toda la vida.*

Si existiera una máquina del tiempo, borraría ese día, el día en que su mundo se derrumbó, siendo un niño. Ya han pasado más de dos años, y puedo asegurar que no hay ni un solo día que no me acuerde él, pero sé que, esté donde esté, estará feliz, rodeado de todos los nuestros. Además, seguro que lleva puesto un calcetín de cada color, como se los ponía cuando mamá no estaba pendiente y él se despistaba.

19 de septiembre de 1936 (Badajoz).

Hoy, Chuchi cumple seis años. Se está haciendo todo un hombrecito, y cada día se parece más a su padre. Es cariñoso, risueño y siempre está junto a Campeón, su perrito. Pero no tengo ni un bizcocho de cumpleaños para darle. Mi vecina me ha subido un juguete de madera, de cuando su hijo era pequeño, para que se lo regale. Le di las gracias. Cuando Chuchi lo ha visto, se ha vuelto loco de contento. ¡Hacía tanto que no tenía un regalo! Está tan feliz que, cuando hemos salido a la calle, le ha enseñado el juguete a todo el

mundo. Espero que esa sonrisa nunca se le borre de su carita. Y, al menos este día, he podido darles una taza de chocolate y unas rosquillas.

28 de septiembre de 1936 (Badajoz).

Hoy miro a mi esposo y lo veo nervioso. Han fusilado a varios alguaciles, algunos compañeros suyos. Pero no entiendo nada. ¿Acaso él no está haciendo un trabajo, al igual que sus compañeros? ¿O es que quizás quieren meter en sus puestos a nacionalistas?

Yo también estoy preocupada, porque hoy me he encontrado por la calle a un pariente, y me ha dicho que deberíamos irnos, que vienen a por mi marido. Pero mi esposo dice que él no ha hecho nada, solo trabaja de alguacil, y por eso no se mata a las personas.«Hasta hoy», he pensado yo.

Cuando escucho que un coche para en nuestra puerta,durante la noche, se me encoge el alma. Qué haría yo sola, con cinco niños, en medio de una guerra, y sin el amor de mi marido. Pido, cada día, a los que ya no están, que nos protejan: a mi hermana, a mi madre y a mi padre. Pero, desde hace tiempo, tengo un mal presentimiento.

5 DE OCTUBRE DE 1936 (Badajoz).

Hoy hace cinco días que vinieron, resguardados por el silencio de la noche, y se lo llevaron. Lo peor es que lo hizo un conocido nuestro.

En un primer momento, pensé que era algún asunto del ayuntamiento, pero la justificación que dio aquel hombre no me gustó: «Es algo rutinario, en un par de horas lo tendréis de vuelta».Yo lo miré y le dije:«Nos conoces, ¿verdad? Mírame a la cara. En esa habitación hay cinco niños. Apiádate».Entonces, mi esposo me miró y me dijo no me preocupase, y se fue. Pero justo al llegar a la puerta,se volvió y entró en el cuarto donde estaban los niños, dormidos. Tras un momento, salió con su chaqueta y me besó.

Conforme pasaban las horas sin noticias tuyas, mi presentimiento aumentaba. Le dije a mi vecina que cuidase de los niños para ir en su busca al ayuntamiento, pero ella avisó a su prima, pues quería también acompañarme.

Corrí hasta llegar al ayuntamiento,y fui hasta su puesto de trabajo. No lo encontré. Pregunté a sus compañeros, pero decían que no lo habían visto. Mire a Soledad, mi vecina, y le dije que fuéramos directamente a la plaza de toros. Cuando llegué a aquel sitio, a aquella tierra de color rojo sangre, con

ese olor a muerte que se te pegaba en la piel, descubrí de nuevo los cadáveres amontonados sobre el suelo. Pregunté a un señor que estaba por allí, totalmente desesperada, y me dijo que una furgoneta había venido a llevarse el primer montón de cadáveres de la mañana. Me puse delante de la camioneta, y le hice parar. Moví los cadáveres, llenándome mis manos y mi ropa de sangre, pero tampoco lo encontré. Seguí buscando por la plaza de toros, y allí, en medio de la nada, sobre un gran charco de sangre, lo reconocí. Lo habían fusilado. Me eché sobre la arena, húmeda por la sangre que corría, cogí el pañuelo que llevaba encima, y le limpié la cara, llena de arena y sangre reseca. Vi un tiro de gracia en la sien. Lo acerqué hasta mí y lloré de rabia, de dolor, de impotencia. Grité: «¡¡¡ASESINOS!!! ¡¡¡Cobardes!!!», hasta quedarme afónica. Sé que mi marido no pidió clemencia, ni suplicó por su vida. Revisándolo mejor, me percaté de que tenía tres disparos junto con el de la cabeza. Estoy convencida de que miró a sus asesinos a los ojos. Y ahora me miraba a mí, sin vida, como pidiéndome perdón, mientras le abrazaba sin poder moverme de allí. Estaba paralizada, seguía gritando sin parar, y solo escuchaba a mi vecina pidiéndome que parase de decir aquello, aunque fuese por mis hijos. Pero, ¿quién piensa en los hijos cuando le han robado una parte de su vida?, ¿qué hace ahora una mujer sola con cinco niños?

El 1 de octubre de 1936 fue el peor día de mi vida. Cuando salí de allí con el cuerpo de mi marido, lo vi. Era él, Lucio, el cura. Me dirigí hasta él y le grité: «¡Fuiste tú! ¡Tú le denunciaste! ¿Por qué?». Y el cura, sin inmutarse, respondió: «Para que en Badajoz haya un rojo menos». No pude evitarlo, le escupí a la cara y lo maldije.

Han pasado ya cinco días, y hoy me he levantado de la cama para escribir cómo me sentí. Para que no se me olvide el dolor, ni el miedo, ni la soledad. Para dar forma a todos estos sentimientos.

Si alguna vez alguien lo lee, quiero que sepan que esto es lo que se siente en una guerra: oscuridad y silencio. Ni tan siquiera tengo fuerzas para ver a mis hijos, no sé qué decirles cuando pregunten por su padre. Pero ahora, al sentir las teclas de la máquina, noto cómo se están acercando a la habitación, uno tras otro, desde el mayor, Pepín, mi sobrino, hasta mi pequeño Manolo.

Estuve varias horas abrazada a ellos, explicándoles lo que ha sucedido. Después, volvieron a la cama y empezaron a llorar. Si hubiera podido quitarles ese dolor, si pudiera yo misma arrancármelo del corazón... lo haría. Cada día que pasa me siento más débil, creo que estoy enfermando. ¿Qué va a ser de nosotros, de ellos, de mí, y de la maldita guerra? ¡¡¡Malditos todos!!!

Debo esconder la máquina. La llevaré a casa de mi vecina, junto con mis pocas joyas y el dinero. Lo he decidido.

PENSAMIENTO: (en el salón de mi casa) (Cáceres, 2017).

El dolor me acompaña. No conocí a mi abuelo, pero no importa, porque lo he llorado después de casi ochenta años, tras conocer esta historia. He llorado su ausencia, las palabras de mi abuela, su soledad, su destino, y, sobre todo, he llorado por la desidia humana, por las malas acciones.

Estoy en el salón de mi casa, sentada sobre una alfombra roja, y rodeada de fotografías y escritos que dejó mi abuela. Si os soy sincera, me cuesta leer lo que pasó. Hay tanto dolor en sus palabras, que se me hiela el alma. Pero debo seguir adelante y ser fiel a sus palabras, porque el pasado no hay que enterrarlo, sino sacarlo a la luz para no cometer los mismos errores.

CASI CINCO MESES SIN NOTICIAS (EL SIGUIENTE ESCRITO)

1 DE MARZO DE 1937. (Badajoz)

Casi no tengo fuerzas en los dedos, estas fiebres casi acaban conmigo. Fueron días duros, muy duros. Mi vecina me ha estado trayendo la comida cada día. Aún me cuesta entender cómo sigo viva, pues había momentos en los que deseaba irme de este mundo tan cruel, que me ha arrebatado tanto, pero, otros días, pensaban en mis hijos y sobrinos, y luchaba por sobrevivir.

Nos quitaron la casa, y hemos estado tres meses en un garaje, pasando frío. Había momentos en que pensaba que se me congelaría la vida. Como no podía cuidar de mis hijos, mientras me recuperaba, Chuchi se fue al pueblo con unos familiares. Recuerdo el día en que lo llevé. Yo ya estaba mal, sin fuerzas, ellos me pagaron el billete, y, con una pequeña maleta, viajamos hasta el pueblo. Chuchi tenía cara de tristeza, y me decía que volviese a por él pronto. Me pedía por favor que no le dejase con aquellos señores tan serios. Yo solo pude pedirle que se portase bien, mientras se me rompía el corazón. El viaje de vuelta fue horrible. Tenía tal sentimiento de culpa... Sabía que nunca volvería a buscarlo.

La casa donde se quedó era de una familia adinerada. Eran familia de mi esposo. Al menos, mi pequeño no volvería a pasar hambre ni frío, y tendría regalos por su cumpleaños, iría al colegio y conseguiría un buen porvenir.

A Manololo dejé con unos primos, en el campo. Él era pequeño y apenas se enteró, además, Campeón se fue con él. A Lulila dejé con otra prima, en el mismo Badajoz. Era soltera, y me ofreció su casa, pero yo quería estar sola para no contagiar a nadie. Cuando me despedí de Pepín y María, María me decía que ella podría cuidarme. Los miré con cariño, y supe que tampoco volvería a verlos nunca más. Me sentí como si les hubiera fallado a todos.

Mi hermano me envió un telegrama, que recogió mi vecina, en donde decía que no les perdería la pista a los niños. También me decía que no podía venir a Badajoz, pero que intentaría mandarme algo de dinero.

En esos días de tanta fiebre, hubo veces que los sentí cerca de mí, a los que están y a los que ya no están. Mi madre me decía que luchase, que yo era fuerte, y mi esposo me decía que pensase en nuestros hijos. Mi padre me decía que yo no podía morir, que no lo defraudase.

El garaje que me dejaron, estaba cerca de la casa de mi prima, quien

venía, de vez en cuando, a verme. Le hice prometer que nunca traería a mi hija Luli.

Y así fue pasando un día tras otro, semana tras semana, hasta que la fiebre remitió.

PENSAMIENTO: (hoy sentí dolor) (Cáceres, 2017).

Hoy ha sido muy duro, he sentido ese dolor a través de las palabras de mi abuela, una gran mujer. No quiero ni pensar lo que debió pasar. Lo que pasaron todos, en realidad.

Mi abuela le hizo prometer a Pepín que le escribiría, y sé que cumplió la promesa porque he encontrado también cartas escritas por él.

CARTA DE PEPÍN (1ª CARTA), 3 DE JUNIO DE 1937.

Tía, te cuento todo lo que hemos pasado. Hemos viajado con muchos más niños hasta Madrid. De Madrid, a los pocos días, nos llevaron hasta Barcelona, en donde habían habilitado unas aulas en la universidad, con camas para acogernos. Esto es enorme, y hay una biblioteca con miles de libros. Ojalá esta horrible guerra termine pronto y podamos regresar a casa, junto a ti. Pero dicen que también llegarán hasta Barcelona.

Ha venido el tío Paco a vernos, y se le nota cansado. Me dijo que hiciera todo lo que me pidiesen, y que en ningún momento me separase de mi hermana.

Cuando he comenzado a escribirte, se ha formado un revuelo porque nos vamos otra vez. Dicen que nos van a llevar a Francia porque aquí no estamos seguros. Un nuevo cambio que nos aleja más de ti. Dicen que el gobierno de Suecia se hará cargo de nuestra manutención. La verdad es que tenemos todo lo que necesitamos, menos lo más importante: una familia.

Tía, voy a intentar sacarme la secundaria, y seguiré leyendo. Nunca te he dado las gracias por cuidar de nosotros. No te culpes de nada, hiciste todo lo que pudiste por nosotros. También sé que estuviste enferma, y tuviste que pasar muchas noches en un frío garaje. Ojalá nunca estés en esa situación de nuevo.

Ahora debo despedirme, porque salimos mañana y tenemos que recoger las pocas cosas que llevamos encima. Me gustaba este lugar porque estaba cerca del mar. No sabes lo que sentí cuando vi por primera vez el mar, me

emocioné tanto que mis ojos se llenaron de lágrimas, al igual que los de María. Queríamos entrar en él, aunque no supiésemos nadar. Ahora toca comenzar de nuevo.

Te queremos, Pepín y María.

CARTA DE PEPÍN (2ª CARTA), 9 DE SEPTIEMBRE DE 1937.

Hola, tía Luisa.

Sé qué hace tiempo que no escribo, pero aquí se pasa el tiempo tan rápido que apenas te das cuenta de nada. Sé que te prometí que te escribiría todos los meses, pero no puedo. Al menos, esta carta te pondrá contenta. Sigo estudiando, y vivimos como en un castillo, pero tengo añoranza de nuestra anterior vida. Al menos, al leer las cartas, me siento cerca de todos vosotros. Aquí en París estamos solos. María tiene una compañera de habitación que llora todas las noches. Y ella misma está más ausente, pues apenas habla, y come muy poco.

Estoy aprendiendo francés. El castillo es bastante grande, puedes andar un día entero por los jardines, y en las habitaciones caben ocho o nueve personas. Nos dan tres comidas al día, y una merienda. Está todo riquísimo. Muchos compañeros se separaron de nosotros durante el viaje. Había una chica, un año mayor que yo, que era guapísima, y, cuando estaba cerca de ella, se me aceleraba el corazón. ¿Quizás me enamoré? ¿Cuándo se sabe si estás enamorado? ¿Y cómo se puede saber si eres correspondido? Me gustaba estar cerca de ella, aunque casi nunca habláramos. Ella tenía también una hermana, y sé que mataron a sus padres en la guerra, y ninguno de sus otros familiares quiso hacerse cargo de ellos por ser hijos de los rojos. Supongo que el miedo hace que las personas se alejen unas de las otras, aunque eso es más bien cobardía. Pero como soy un soñador, aún pienso que el ser humano se puede salvar. A la chica guapísima, sé que no la volveré a ver, pues, al llegar a París, nos separaron. Las guerras, definitivamente, separan.

Ojalá, algún día, nuestros caminos vuelvan a unirse, pero, de momento, tenemos las cartas. En esta ocasión, te mando otro folio, en donde María te escribe también unas palabras.

Te quiero, tía.

Hola, tía.

Hace unos días, me acordé de ti porque nos dieron un postre, un domingo,

que sabía igual que el arroz con leche que tu hacías, y, si cerraba los ojos, era como si estuviera allí. No es que no me guste París, pero no entiendo a nadie cuando me habla y, además, llueve mucho. Hemos visto la Torre Eiffel, y es preciosa, pero me gustaba más Barcelona porque estaba más cerca de casa. Tengo varias amigas, una de ellas se llama Rocío, es de Sevilla, y es muy graciosa, lo pasó muy bien con ella, aunque a veces nos riñen porque nos ponemos revoltosas.

Te quiero, tía.

PENSAMIENTO (El despertar de una libélula) (Cáceres, 2017).

Al leer esta carta que viene a continuación, tengo tantos sentimientos y emociones encontradas como el despertar de una libélula. Creo que tanto dolor no dejaba ver las cosas bonitas que les rodeaban. Yo también comí en aquella cocina grande, y dormí en la habitación en donde durmió mi padre durante años, justo al lado de un pasillo enorme. En su dormitorio solo había una cama y una mesilla, todo demasiado austero para un niño.

21 de septiembre de 1937. (Badajoz)

Al recibir la carta de mi sobrino, me doy cuenta de que la vida pasa sin apenas darnos cuenta. Ya pronto hará un año desde que fusilaron a mi esposo. El tiempo pasa, pero no la soledad, aunque he decidido seguir adelante.

El día 19 fue el cumpleaños de Chuchi, y decidí ir a verle. Estaba impaciente, esperándolo con mis otros dos hijos en la puerta. Mi primo llegó junto a otro hombre que hizo que se me revolviere el estómago. Hablaba de los fusilados como si fuesen escoria y se lo tuviesen merecido. Le pedí a mi primo que parase el coche porque me estaba mareando. Mi primo, cuando salí a coger aire, se acercó a mí y me dijo que pensase en otra cosa, que aquel hombre era un pobre infeliz, y que lo transportaba porque le había pagado bastante dinero para ello.

Cuando volví a subirme al coche, procuré pensar solo en mi hijo, al cual hacía casi un año que no veía. Ya en la puerta de la casa, llamé, y salió una chica joven, vestida de negro con un mandil blanco, que nos hizo pasar a un salón.

La prima de mi esposo nos saludó un poco distante, y, al instante, corriendo como un torbellino, llegó él, mi pequeño, y se abrazó a nosotros mientras ella le recriminaba su comportamiento. Me preguntó de inmediato por Campeón,

su fiel perrito, y le conté dónde estaba. Me miró con esos ojos verdes que tenía, tan bonitos, y me hizo prometer que le llevaría a verle cuando viviésemos juntos otra vez. Vi cómo le cambiaba la cara a la prima de mi esposo y, antes de que dijera nada, le pedí que me permitiese dar un paseo con mi hijo en el exterior. Con voz seria, me informó de que comerían a las 13:30, y yo, tímidamente, anuncié que quería, de hecho, pasar todo el día con él. Ella, entonces, dijo que pondrían tres cubiertos más.

Nos pusieron a comer con el servicio, tanto a mí como a mis hijos, lo cual no me parece una deshonra, pero me di cuenta de que esto es lo que le hacían a mi hijo todos los días. Recibía más cariño de los criados que de ella. Les di las gracias por cuidar a mi pequeño. Ese mismo día, la prima de mi esposo me informó de que estaban contemplando la posibilidad de internarle. Cuando me despedí, salí con una sensación de tristeza enorme, porque me di cuenta de que, realmente, no querían a mi hijo. Ni lo querían nunca. Pobre Chuchi, espero que esta guerra termine pronto y pueda volver con nosotros. Volví todo el camino llorando y con el corazón roto. Mi pequeño estaba en un lugar frío, aunque escrupulosamente correcto.

15 de noviembre de 1938 (sin noticias) (Badajoz).

Llevo sin escribir más de un año porque no había mucho que contar. Hoy escribo porque estoy preocupada, ya que sigo sin tener noticias de mis sobrinos. Además, las cartas que les escribo, me vienen de vuelta. No sé qué hacer, ni cómo puedo localizarlos. Tampoco sé nada de mi hermano ni de su familia. Solo espero que estén todos bien. El año se termina, y sigue haciendo frío. La guerra continúa. En Navidad quiero ir a ver a Chuchi.

Ahora mismo, es como vivir de la caridad de unos y de otros. Algunas mujeres, entre las que me incluyo, hacemos contrabando de café. Realmente, no sacamos mucho dinero, pero nos da de comer. Cruzar la frontera con Portugal hace que pasemos un poco de miedo, y más de una se pone histérica. El otro día, por poco nos descubren, ya que una muchacha perdió los nervios y acabó discutiendo con otra de las compañeras. Tomé las riendas de la situación y le pedí calma, pues todas estábamos allí, poniendo en riesgo nuestras vidas, para ganarnos el pan de nuestros hijos.

9 de enero de 1939 (Badajoz).

Creo que han sido las Navidades más tristes de mi vida. Ni tan siquiera las

del año pasado, que fueron las primeras que pasé sin mi esposo y mi hijo, fueron tan aplastantes como esta. La soledad es la peor compañía.

Fui a ver a Chuchi, tal y como deseaba, pero no sé qué le pasaba, pues había perdido la sonrisa. Lo noté triste, y solo me hizo una pregunta, que me rompió el corazón:

—¿Por qué no me quieres?

—¿Por qué me preguntas eso? —le respondí.

—Porque no vivo contigo ni con mis hermanos, y aquí me siento solo, demasiado solo...Os echo tanto de menos...No quiero estar aquí. Ellos cuchichean que papá se merecía que lo fusilaran, porque era un rojo... — siguió contándome. Le expliqué que su padre era una buena persona, y que nos quería. Le hice jurar que nunca permitiría que nadie manchase el nombre de su padre en su mente. Que no discutiese con ellos, pero que no se creyese sus palabras. También le hice entender que, en esa casa, al menos, no le faltaba de nada.

Dejarlo allí de nuevo me rompe el alma, pero, quizás, con el tiempo, se dará cuenta de que lo hice por su bien. Al despedirnos, nos abrazamos los cuatro, y sentí que tardaríamos en volver a vernos.

Este año, los Reyes Magos han vuelto a traer ropita con algún remiendo. Mi vecina nos sigue ayudando, y nos dio: una muñeca de trapo para Luli, y un carro de madera para Manolo.

Isabel hace tiempo que ya no es mi vecina, pues nos quitaron la casa cuando mataron a mi marido, pero, para mí, siempre será mi vecina. Pasaba mucho tiempo cuidando a mis hijos. Era como la abuela que ya no tenían.

PENSAMIENTO: La sonrisa (Cáceres, 2017).

No permitas que jamás te roben una sonrisa, es el arma más importante que tienes para que no parezcas vulnerable.

15 de febrero de 1939 (Badajoz).

Hace días, por fin, recibí una carta de mi hermano. Me dice que el mes que viene embarca para México. Pensaba seguir la lucha desde Francia, pero con la Segunda Guerra Mundial tan cerca, lo mejor era huir.

CARTA DE P_ACO (HERMANO DE MI ABUELA) F_RANCIA.

Querida hermana:

Nunca pensé que acabaría abandonando nuestro país, pero prefiero vivir en el exilio que morir. Quiero que sepas que hemos luchado hasta que nuestras vidas han corrido peligro. Sentí mucho lo de tu marido, Francisco, pero en las pequeñas ciudades hay muchas rencillas y ambiciones. Espero que, algún día, el sacerdote pague por el daño que te hizo. Hermana, así es la Iglesia con la que quieren que comulguemos. Yo, hoy por hoy, solo comulgaré conmigo mismo.

Cuando llegué a París, luché desde aquí. Como entramos tantos españoles, crearon campos de internamiento donde decían que tendríamos todas las comodidades. Pero un día fui a visitar uno de ellos, y lo que vi me horrorizó. Supe entonces que tenía que hacer algo, pues había niños muriendo de frío, hambre y difteria, lo mismo que mujeres y hombres. Pasé días pensando qué hacer. Eran campos vigilados, y la gente no podía salir, también supe de otros que eran subterráneos.

Hablé con compañeros que se exiliaron en París, pero no surgió ninguna idea. Un día, paseando con mi familia, vi una furgoneta con gente en la parte trasera. Supe entonces lo que iba a hacer. Compré un vehículo de estas dimensiones, e hice correr la voz entre los allegados. Cada cierto tiempo, llevaría ropa y alimentos, y, a la vuelta, me llevaría niños y mujeres embarazadas. Solo esperaba que no me registraran la furgoneta al salir, porque sacaría a bastante gente.

Las caras de toda la gente que fui salvando, nunca se me olvidarán. Fueron muchos viajes, muchos kilómetros, pero me mereció la pena. Yo pensaba en mis hijos, y no podía quedarme indiferente ante esta situación. Pero ahora toca mirar por mi propia familia, y por eso nos marchamos. Aquí ya no estamos seguros.

Fui a ver a Pepín y a María, y les dije que me iba a México. Les dejé un dinero, por si querían venirse más adelante, pero Pepín decía que allí estaban bien. No sé si lo sabes, pero los cambiaron de colegio.

Debo despedirme, cuídate mucho. Me pondré en contacto contigo una vez esté instalado en México.

Un abrazo de tu hermano,
Paco.

1 de abril de 1939 (Badajoz).

Hoy se ha acabado la guerra. Franco ha emitido un bando poniéndole fin. Dicen que, tras caer Barcelona, lugar donde aguantó la República, miles de personas cruzaron la frontera con Francia. Qué será de esos niños, mujeres y hombres, y de mis pobres sobrinos, y tanta gente que salió huyendo de una muerte segura... Aun terminada la guerra, siguen matando y deteniendo a personas, sobre todo a muchos intelectuales, aunque, por suerte, la mayoría han huido ya de España. Maldita guerra, y malditos quienes la provocaron, pues han hundido a un país en la más absoluta miseria.

Ahora, todo lo que habíamos adelantado dará marcha atrás. Me apena tanto pasear por la ciudad y ver resquicios de la guerra... Dichosos bombardeos... En levantar una ciudad y un país se tardará años. Hay un lugar por donde no volví a pasar: la plaza de toros. Lo que vi allí, no lo olvidaré jamás. Menos mal que el tiempo pasa y hace que el dolor sea menos intenso, porque si no, sería imposible vivir. Los recuerdos permanecen siempre, y se convertirán en memoria histórica, para que nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, y los hijos de estos, no cometan los mismos errores. Para eso servirá la memoria histórica, y, por supuesto, para ponerle nombre a todos los caídos por una guerra absurda. Esta es mi aportación para que así sea.

PENSAMIENTOS: (La huida) (Cáceres, 2017).

Muchos españoles, durante la guerra y las posguerras, se exiliaron en Francia, y no todos tenían el mismo trato. En 1939 entraron unas 440. 000 personas, entre las que se encontraban políticos, excombatientes, artistas, intelectuales y personalidades cultas. Mientras algunos vivían modestamente en pisos, como el hermano de mi abuela, otros tenían un trato diferente y se los llevaban a campos de refugiados, de condiciones pésimas. Se convirtieron los exiliados en trabajadores que estaban vigilados constantemente por la policía, y, bajo estas circunstancias, muchos decidieron volver de nuevo a España, incluso sabiendo lo que les esperaba.

Para arreglar los papeles rumbo a México, el hermano de mi abuela se estuvo informando, y rellenó una solicitud que pasaría por una comisión para darle el visto bueno. Ellos sabían que tenían bastantes oportunidades, porque estaban propuestos por un partido llamado S.E.R.E (el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles), presidido por Negrín (eso según unos datos que me encontré en la caja de mi abuela).

*Hubo una mujer sueca, **Elisabeth Eidenbenz**, que, entre 1939 y 1944, logró salvar, aproximadamente, a unos 600 niños, entre refugiados republicanos y*

judíos. Fundó la Maternidad de Elna, salvando a muchos niños y madres de una muerte segura.

Quiero indagar sobre esta mujer, porque Pepín y María, durante el tiempo que estuvieron en Francia, vivieron como en una especie de palacete que podría ser el refugio de los niños que salvaba Elisabeth.

RECABANDO INFORMACIÓN (CÁCERES, 2017).

México fue uno de los países que abrió sus puertas a los exiliados españoles. Sí que es cierto que pedían que, en su mayoría, fueran campesinos, personas que se dedicaran a las labores del campo, pero casi todos los que fueron eran políticos o estaban relacionados con la política, como el hermano de mi abuela.

Hoy, a través de las redes sociales, me pongo en contacto con Francisco Morlesin, nieto de Francisco Morlesin Guerra (hermano de mi abuela), y me cuenta que embarcaron en 1939, pero que, por correo electrónico, me hará llegar mejor algunos documentos que él tiene, escritos por su tía Rosa (hija de Francisco Morlesin Guerra), sobre cómo vivió ella ese viaje que parecía que no los llevaba a ninguna parte.

No hago más que abrir el correo, porque estoy nerviosa por leer cómo vivió una niña ese viaje. Para evitar que los nervios me controlen, apago el ordenador, y salgo a dar un paseo. Aún hay mucho por descubrir.

VIAJE HACIA MÉXICO DE FRANCISCO MORLESIN Y FAMILIA.

En abril, partieron de Francia con destino a Italia. Allí, no les dejan desembarcar.

ESCRITOS DE ROSA I:

Salimos de Francia, en un barco con mucha gente. Aunque era una niña, actué como un adulto. A pesar del tiempo que pasó, no olvidaré la travesía. Hay momentos en la vida que nunca se olvidan. Pasamos mucho tiempo en el mar y en puertos que no nos permitían desembarcar. Desde la cubierta del barco, veía cómo pasaba la gente, y, aunque no entendía qué hacíamos allí, era mejor que vivir en Barcelona, con las bombas y los muertos por la calle. Había noches que no parábamos de escuchar tiros. En el barco, lo malo era el frío, pero no el miedo. Y lo mejor eran mis amigas, que huían, como nosotros, de la guerra.

Siguieron camino de Portugal, donde tampoco dejaron que desembarcara nadie. Por último, llegaron a Nueva York.

ESCRITOS DE ROSA II:

Cuando llegamos a Nueva York, todos se pusieron contentos porque por fin pisábamos tierra firme. Pero se equivocaron, porque allí tampoco dejaron que nos bajásemos. Veía a mis papás nerviosos, y yo pensaba que nos llevarían de nuevo a España.

Pasaban los días, las semanas, y seguíamos en el barco. En el trayecto, hubo gente que murió. Yo, a mi manera, era feliz, pues jugaba en la cubierta del barco con mis amigas, y siempre estaba cerca de mi hermano pequeño, aunque, a veces, me cansaba de cuidarlo.

Después de un tiempo, empezó a haber enfermos, escasez de comida y frío. Nosotros teníamos un camarote, pero había gente que dormía en las bodegas, donde la temperatura era aún más baja.

La «ciudad de las oportunidades» estaba a nuestro lado, pero nosotros

debíamos continuar el viaje. Cuando pasas mucho tiempo en un barco, tienes una sensación de asfixia, por eso, cuando bajé, fue como si flotase. Mi papá me dijo un día, mientras miraba por la barandilla, que ese era un viaje de los descubrimientos.

ESCRITOS DE ROSA III:

*Por fin nos dejaron desembarcar, y, con mucha pena, tuve que despedirme de mis amigas. No sé qué sería de ellas. Nada más bajar del barco, escuché a mi papá decirle a mi mamá que nos buscaría un lugar seguro para pasar la noche, mientras él y mi tío (un hermano de mi mamá) buscaban la forma de llegar a Texas y poder cruzar la frontera. Nueva York, para mí, era increíble. Salía humo del suelo, había muchos edificios altos, y toda la gente manejaba carros (**conducía coches**). Por fin pude darme una ducha en condiciones, y tuve una cama en donde dormir. Por la mañana, llamaron a nuestra puerta, y dos hombres nos dijeron que nos llevarían hasta la frontera. Aquello era toda una aventura. No sé cuántas horas viajamos en aquella camioneta, pero no paramos ni un momento. Los señores se turnaban para manejar (**conducir**), y mi madre me pedía que aguantase el pis hasta llegar a la frontera.*

Viajamos en coches diferentes, y, por fin, paramos en la frontera, donde nos dejaron a solas con nuestras maletas, a la espera de que mi padre llegase. Llegó de noche, cuando ya estábamos exhaustas.

ÚLTIMO ESCRITO DE ROSA:

Nadie se puede imaginar lo que sentimos cuando vimos la mano de mi papá saludándonos desde el carro. Mamá lloraba de alegría y nos abrazaba, agradeciendo todo lo que habíamos conseguido. Estábamos a salvo. Ellos se bajaron del carro y nos abrazaron también, llorando. Cada vez que recuerdo ese instante, a pesar de que han pasado unos años, no puedo dejar de llorar. Papá dijo que debíamos buscar a alguien que nos llevara hasta México.

En aquel país, comenzamos una nueva vida. Ahora sí se acabaron los miedos, las noches sin apenas dormir y los bombardeos.

Cáceres, 2017.

Francisco, nieto de Francisco Morlesin Guerra, me cuenta que la primera palabra que aprendió a decir su papá fue «bomba». Una vez que cruzaron la frontera, se dirigieron a la ciudad de México, y se fueron a vivir a una colonia que eran puros sembrados de trigo. Hoy, sin embargo, ese lugar es una de las colonias más ricas, y se llama Lomas de Virreyes.

PENSAMIENTO (la locura de una guerra, mi sensación) (Cáceres, 2017).

Relatar y leer los escritos de Rosa, ha sido conmovedor. A veces, pienso si yo hubiera sido capaz de aguantar una travesía así, tras vivir una guerra. Era viajar al otro extremo del mundo para comenzar una vida. Una vida que iré desgranando capítulo a capítulo.

CARTA DE PEPÍN (3ª Y ÚLTIMA DESDE FRANCIA) 20 DE ABRIL DE 1939.

No creas que somos unos desagradecidos, tía Luisa, pero nos llevaron de un lugar a otro en un tiempo breve, y perdí tus cartas junto con tu dirección. Nos encontró el tío Paco, y fue él quien nos la devolvió.

Quizás me vaya también con el tío Paco a México. Tengo miedo de que nos acaben separando, pero, haga lo que haga, te lo comunicaré. Sabes que siempre te estaremos agradecidos. María te manda muchos besos, y yo un abrazo muy fuerte.

UNA LLAMADA DESDE MÉXICO (ALGO INESPERADO).

Hoy recibí una llamada de Nona, como me dicen que la llaman cariñosamente. Tiene un nombre bonito, pero difícil de decir para mí. Me pareció encantadora. Me estuvo explicando un poco sobre su papá, su vida, y me aseguró que su mamá me daría toda la información que yo necesitaba para escribir esta historia. No puedo explicar la sensación que sentí cuando me contaba que su abuela María (hermana de mi abuela y de Francisco) murió dando a luz a su cuarto hijo, o cuando me relató que su padre se marchó a trabajar a Lisboa y dejó a sus hijos mayores con su madre (abuela de los niños), en el campo. Manuel Morlesin, es decir, mi bisabuelo, los recogió y se los llevó a vivir con él y con mis abuelos, así que la historia da un giro de 180°.

Después de estar días escribiendo, he tenido que reestructurar toda la novela. Es increíble todo lo que pasaron dos niños, dos hermanos, a los que una guerra no pudo separar. Me dijo que más tarde me llamaría su mamá y me contaría la historia, nuestra historia, la de nuestra familia.

Estuve más de tres horas charlando con Isabel, mujer de Pepín y mamá de Nona. Hay tantas cosas que tengo que contar... Todo esto me tiene enganchada. Saber de mi familia, y de todo lo que pasaron, desconcierta mucho. Cómo olvidar una guerra que cambió el rumbo de tantas vidas, unas para bien y otras para mal, pero que dejó sufrimiento en ellas de una u otra manera. Por eso, siempre digo que nunca se debe olvidar la memoria histórica. Eso permanecerá siempre vivo en nosotros, generación tras generación.

EL VIAJE DE PEPÍN Y MARÍA.

Así fue como me lo contó Isabel (esposa de Pepín).

Pepín escuchó que una familia quería adoptar a María, y él no estaba dispuesto a que los separaran. Al tener la dirección del tío Paco en México, decidió comenzar con los trámites para viajar hasta allí. Lo primero que tenía que hacer era ir al consulado y pedir un visado para poder viajar.

Aquella mañana, se levantó con la única idea de conseguir los visados cuanto antes, así que se fue a la embajada de México en París y esperó a que llegara su turno. Pero había tanta gente, que, finalmente, la embajada cerró, y él tuvo que regresar. Escribió ese mismo día una carta a su tía para comunicarle su nueva decisión.

Otra guerra estaba a punto de comenzar, y Europa ya no era un lugar seguro. Sabía que era cuestión de tomárselo con calma, pero viajaría, como fuera, a México.

Al día siguiente, se levantó temprano por la mañana y volvió a irse. De nuevo, llegó la noche y volvieron a cerrar las oficinas. Así pasaron casi dos semanas, y le embargó la desesperación, hasta que, un día, decidió pasar allí la noche, en la puerta de la embajada mexicana, en pleno mes de julio, para ser de los primeros en entrar al día siguiente. Esa noche, volvió a escribirle a la tía Luisa para pasar el tiempo.

El día amaneció soleado, y, a las 12:30, consiguió sus visados. Le hicieron varias preguntas antes de dárselos, entre ellas si tenía algún familiar en México. Respondió de manera afirmativa, con una gran sonrisa en los labios.

Llegó corriendo a donde se encontraba María. Eran unos niños que, por necesidad, se hicieron adultos antes de tiempo. Le contó todo lo que había sucedido y se centró en lo siguiente: pagar los billetes. Su tío, antes de irse a México, les dejó un dinero que nunca gasto, y ahora lo utilizaría para tal fin.

México siempre le llamó la atención, pero no podía remediar sentir tristeza al recordar todo lo que dejaba atrás. Ahora, comenzaba una aventura y una nueva vida.

9 de Julio de 1939 (Badajoz).

Hoy he recibido una carta de Pepín, y me alegro de que, tanto él como María, sigan juntos.

CARTA DE PEPÍN (ESPERANDO EN LA EMBAJADA), MÉXICO.

Hola, tía Luisa.

Te escribo para decirte que, después de mucho pensarlo, he decidido que María y yo nos marcharemos a México. Aquí se están poniendo las cosas feas, con la llegada de una nueva guerra, y en México sé que estaremos bien. Estoy intentando conseguir los visados. María está bien, aunque ella lleva peor que yo lo de estar lejos de la familia. Tía, no puedo creer que vaya a visitar el país que tantas veces vi en las enciclopedias del ayuntamiento al que iba con el tío Francisco. Nos ha tocado vivir tiempos de guerra...pero siempre seguimos adelante.

Me despido ya, pero no sin antes decirte que echo de menos tus sopitas calientes y todos tus cariños.

No os olvidamos,

María y Pepín.

Después de leer la carta de mi sobrino, necesito de nuevo escribir y expresar cómo me siento. A veces pienso en marcharme yo también, porque aquí siempre seré la mujer del alguacil rojo fusilado. Podría ir a buscar a Chuchi, e irnos los cuatro a México también, pero me da mucho miedo. En España ya ha terminado la guerra, y me imagino que todo comenzará a mejorar. Mientras tanto, seguiré luchando por llevarles la comida a la mesa a mis hijos, y ver que crecen sanos y salvos.

23 de julio de 1939 (Badajoz).

Cómo pasa la vida. Ya pronto, tres años desde que fusilaron a mi esposo, y parece que fue ayer. Estoy preocupada por la vecina, tiene una tos que no me gusta nada. Le dije que fuera al médico, espero que no sea nada. Perder a otra persona en mi vida...Es como mi madre, y como una abuela para mis hijos. Me ayuda tanto con ellos que no sé qué haría sin ella.

Hoy llego el cartero, y, de nuevo, carta de Pepín. Qué bien que consiguieron los visados, es una suerte, pero qué lejos se van todos, me temo que nunca más los volveré a ver. Por una parte, estoy contenta por ellos, pero tan jóvenes, y viajar solos...No entiendo porqué mi hermano, cuando se fue, no se los llevó. Hubiera sido lo más razonable, pero según me dijo, Pepín estaba bien en París, y no quisieron ir.

Llegan mis hijos ya. Luli tiene once años y Manuel, cinco. Vienen corriendo, con la carta de su primo en la mano, y le digo: «Venga, Luli, léela

despacio, que la voy a escribir aquí para que nunca se pierda, que es importante lo que dice», y se puso a leerla, mientras yo la escribía en mi máquina.

CARTA DE PEPÍN (UNA NOCHE EN LA PUERTA DE LA EMBAJADA).

Hola,tía.

Han pasado unos cuantos días desde la última vez, pero quiero decirte que, después de más de diez días viniendo a la embajada cada día, he decidido dormir en la calle, junto a la puerta de la embajada, para conseguir los visados. Pero tranquila que no estoy solo, hay más personas que pensaron lo mismo que yo. Aprovecho este tiempo para volverte a escribir.

Como sabes, llevamos aquí, más o menos, unos tres años. Los primeros meses, vivimos en un lugar parecido a un castillo, con todos los niños que emigraron. Pasábamos un poco de frío en invierno, pero era mejor que estar en la calle. Estudié y aprendí a hablar francés para defenderme en este nuevo país, pero lo que más me gustó fue volver a estudiar. Es como si hubiese hecho la secundaria, aunque no me dieron título, pero sí conocimientos, y sé que mamá se sentiría muy orgullosa de mí, porque siempre me decía que tenía que estudiar. Todo este tiempo, me ocupé de mi hermana. Ahora, espero que mañana me den los visados para poder comprar los billetes, y seguir cuidándola. Debemos salir de aquí antes de que la guerra estalle. Si consigo billetes antes de que termine este año, tendré suerte, pues dice por aquí un señor, que pueden tardar entre cinco y seis meses en dárnoslos. Estábamos bien, pero otra guerra acechando da miedo,y temo que nos separen.

Pero ahora hablemos de cosas interesantes: cuando esté instalado en México, y gane dinero, podréis venir a vernos, los primos y tú, aunque estoy seguro de que, alguna vez, volveré a España también. Regresaremos, María y yo, porque soñar no cuesta nada, tía.

Se me cierran los ojos,y voy a intentar dormir un poco. Mañana te seguiré escribiendo.

Tía, retomo la carta. A las 12:30 he conseguido los visados, y voy corriendo a decírselo a María. Debo despedirme, te haré llegar otra notificación cuando embarquemos hacia el otro mundo. Después de todo lo que hemos pasado, sé que nos irá bien. Gracias por tus cartas, pues siempre

me ayudaron mucho a no sentirme tan solo, y, sobre todo, a que María no se sintiese tan sola en esta vida.

*Tu sobrino que te quiere,
Pepín.*

Luli se emociona al pensar que no va a volver a ver a sus primos. Esperaré su carta antes de embarcar. Tengo el corazón encogido en un puño, pero no puedo hacer nada, solo pedir y decirle a mi hermana, esté donde esté, que proteja a sus hijos como lo ha estado haciendo todo este tiempo conmigo.

PENSAMIENTO (cómo pasa la vida) (Cáceres, 2017).

A veces, da miedo ver cómo pasa la vida. Aunque las heridas no cicatricen y no dejen de doler, cada día se debe vivir sin mirar atrás, quedándose con lo bueno y olvidando lo malo.

Nunca entenderé por qué tanto sufrimiento. Desde mi presente, mirando al infinito, simplemente os echo de menos.

31 de Julio de 1939 (Badajoz).

Hay días que me cuesta trabajo seguir adelante, pero miro a mis hijos y continúo. Dejo que la vida me lleve. Por las noches, mientras duermen, callo mis miedos a través de las teclas, que son como música para mis oídos. Es curioso, pero, incluso escribiendo, me cuesta sacar la rabia que llevo dentro, quizás por el miedo de que, algún día, alguien lo encuentre. Pero debo desahogarme, porque este dolor, a pesar de haber pasado casi tres años, sigue ahí.

Esta noche va a ser cuando te hable de nuevo, pues llevo enfadada contigo todos estos años desde que dejaste que te mataran. Te lo dije una y mil veces: «Vámonos lejos, muy lejos de aquí, de esta horrible guerra, y comencemos una nueva vida». Pero siempre me decías que sabías cuidarnos. Y ahora, ¿quién cuida a nuestros hijos? Me siento sola, y, a veces, las fuerzas me flaquean, pero no puedo parar, debo seguir adelante. ¿Sabes lo que es no tener a nadie? Todos abandonasteis el barco, de una u otra manera, y yo me quede aquí con mis hijos.

Me parte el alma pensar en Chuchi, solo, con una familia tan seria y distante. Aunque él allí no pase frío ni hambre, sé que le falta el cariño de una madre. Sin embargo, nosotros aquí sí pasamos frío y hambre, pero, sobre

todo, miedo.

Ahora pienso en nosotros dos, y el recuerdo que me queda es de aquel día, arrodillada frente a tu cadáver. No puedo recordar los momentos felices, a pesar de que hubo muchos. Por eso debo enterrar esta rabia, porque no me dejará vivir el resto de mi vida, pero no sé cómo hacerlo.

Quiero gritarle al mundo que he odiado esta maldita guerra, y que odio al Gobierno que tenemos ahora. Vivíamos tranquilos, y habíamos avanzado mucho, pero ahora todo vuelve a derrumbarse. Retrocedemos en el tiempo: ya no podremos acceder a cargos políticos, votar, tener un matrimonio civil... Muchas mujeres divorciadas de mutuo acuerdo perderán ahora la patria potestad de sus hijos. Las mujeres también perderemos la equiparación salarial que se aprobó entonces, y seremos, de nuevo, simples propiedades del hombre. Sí, yo soy republicana y siempre lo seré, y mis hijos crecerán en los valores de la República. La muerte de mi esposo, y la de muchos otros, no será en vano.

Necesito limpiar mi conciencia de tanto odio, pero, para eso, debo sacar todo lo que llevo dentro, porque me robaron a mi amor, me robaron ser feliz, me robaron mis días, me robaron las risas y, sobre todo, me robaron mis sueños, porque ya no sueño con un futuro mejor.

Hoy recuerdo mi vida junto a mis hermanos y mis padres, los cuales siempre quisieron que estudiásemos, y me parece un pasado muy remoto. Mi padre me decía que leyese mucho porque si leía y seguía usando mi imaginación, aprendería a escribir. Le hice caso, y ahora son mis mejores remedios.

Desde aquel dichoso 1 de octubre de 1936, no consigo dormir más de tres horas seguidas, porque siempre me despierto con pesadillas, empapada en sudor. Al principio, pensé que se pasaría con el tiempo, pero no me recupero. Por eso me gusta escribir, porque me acuna hasta que me vence el sueño. A veces despierto gritando, y vienen los niños asustados, se abrazan a mí, y nos quedamos todos así un buen rato. Luli me pide que no vuelva a enfermar, y me pregunta por Chuchi. Debo contarles la verdad, que Chuchi no volverá, aunque me provoque una tristeza tan profunda en mi corazón esa decisión. Todo son pesadillas.

PENSAMIENTO (El despertar de los sentimientos) (Cáceres, 2017).

Espero que, a partir de ahora, pueda ser un poco más feliz. Recuerdo algunas Navidades cenando juntas, mi abuela y yo, con mis tíos y primos,

cuando yo era ajena a todo esto, y, en mi casa, no se hablaba del tema. Conforme voy transcribiendo sus escritos, recuerdo aquellos momentos de mi pasado, totalmente diferentes a los de su pasado, y no puedo prever cómo continuará su historia. Hay meses en los que mi abuela, de hecho, ni siquiera escribe nada.

Hay varias cartas de Pepín que me tienen intrigadas. ¿Llegaría este aventurero por fin a Nueva York?

CARTA DE PEPÍN (12 DE SEPTIEMBRE DE 1939).

Hola, tía.

Seguimos en París. Conseguir los billetes, con mi edad, no es tarea fácil. Un señor se ha ofrecido a comprármelos, pero espero que no me engañe para quedarse con el dinero, porque aquí cada vez se está poniendo la cosa más fea.

Mi hermana está bien, ajena a todo lo que pasa alrededor. Mientras que a mí la vida me ha hecho más fuerte, ella es más débil, y debo estar muy atento porque le cuesta comunicarse con los demás, y, a veces, la increpan por ser tan retraída. No deseo que sufra más.

Aquí los días son casi todos iguales, no hay días especiales como teníamos cuando estábamos todos juntos. Sigo extrañando a mi madre... ¡Qué guapa era, y cómo os parecíais! ¿Tú crees, tía, que alguna vez volveremos a ser los mismos? Yo pienso que no, que volveremos a ser felices, porque las heridas se cierran poco a poco, pero que las cicatrices perdurarán.

En un principio, no supe qué hacer, si volver a España o irme a México, pero creo que allí tendremos más oportunidades de futuro, pues ahora España no está bien, y, hasta que vuelva a ser lo que fue, pasará mucho tiempo. Además, nos vendrá bien alejarnos de los recuerdos dolorosos. México es el futuro y, sobre todo, es el comienzo de una nueva vida.

Si he de ser sincero, me gustaría volver a ser niño, allí en México. No quiero olvidarme de nada, pero sí quiero dejar de ser este adulto con catorce años. Si supieras lo que envidiaba a mis primos... Ellos os tenían a ti y a mi tío Francisco, aunque, a decir verdad, nosotros también. Fuimos una gran familia.

Nunca te lo he dicho, pero el día en que fueron a por el tío Francisco, me desperté y pude darle un beso de despedida. Cuando entró en la habitación

para coger la chaqueta, en verdad vino a despedirse de nosotros. Siento no habértelo dicho en ese momento, pero era un niño, y, en aquel instante, no lo entendí. Yo nunca lo olvidaré, tía.

Tengo que despedirme de nuevo. En breve te volveré a escribir, y esperaré con impaciencia tus cartas, porque me gusta mucho leerlas y, sobre todo, saber cómo estáis. María y yo os echamos de menos y os mandamos besos.

1 de octubre de 1939 (Badajoz).

Hoy tenía que volver a escribir. Hace ya tres años que te fuiste, y no hay un solo día que no te piense, aunque, a decir verdad, me cuesta mucho recordar tu sonrisa. Llevo tiempo intentando ver dibujada esa línea sobre tu boca, pero la memoria me juega malas pasadas. Hoy, como si fuese un regalo, te he visto sonriendo. De esta manera duele menos pensar en ti.

Recibí la carta de Pepín, y me alegra mucho saber que están bien. Voy a escribirle de vuelta en unos minutos. Me ha contado que fuiste a darles un beso porque ya sabías que no ibas a regresar... Sé que quien te llevó era un conocido de la familia, pero que las guerras son así.

Nosotros vamos tirando, unos días estamos mejor y otros peor, pero no nos falta un plato en la mesa, aunque la comida escasea. Ahora solo deseo que mis hijos se críen bien y continúen sanos, pues hay tantas enfermedades... Menos mal que yo superé la fiebre de Malta y no se la transmití a ellos mientras estuvieron conmigo. Tengo varios conocidos que nos pasan medicinas si las necesitamos. También la familia de Chuchi nos provee cuando voy a verle, aunque lo hago poco.

Espero sobrevivir a todo esto y conocer algún día a mis nietos... Ojalá así sea.

CARTA DE PEPÍN (1 DE OCTUBRE DE 1939).

Hola, tía Luisa.

Ayer recibí tu carta, y quiero darte las gracias por tus palabras, me hacen sentir mejor. Ya tenemos los billetes, y embarcaremos el día 24 de diciembre, justo en Nochebuena, como si fuese un regalo. Parece ser que la travesía dura unos seis días, y estoy muy nervioso, con ganas de que llegue ese día.

Hoy he conocido a un chico español, un poco mayor que yo, de Andalucía,

procedente de un campo de internamiento. Nos ha contado cosas horribles. ¿Por qué los tratan así? Si son niños... Mientras le escuchaba, daba las gracias por no haber pasado por eso. Nos cuenta que ha recibido palizas, que apenas había comida, y que su hermana pequeña y su madre murieron de paludismo. Ahora no sabe si regresar a España, con la otra parte de su familia. Si vieras sus manos y su rostro, tía... ¿Cómo te puede envejecer tanto el sufrimiento?

Esta carta está rota y se corta en esta parte. Parece como si el papel no pudiese haber soportado tanto dolor...

10 de enero de 1940 (Badajoz).

Por fin han pasado las Navidades. Yo aún no sé nada de Pepín y María, pero hace días que debieron de haber llegado a México. El día 24, el día de Nochebuena, me acordé mucho de ellos, y le pedí a mi hermana que los protegiera. Yo decidí que esa noche haríamos una cena especial, pero antes salimos a dar un paseo, por la tarde, y visité a mi vecina, quien nos sorprendió con un detalle para Luisa y Manuel, tan encantadora como siempre. Le pedí que se quedara con ellos el día 29 porque quería ir a ver a Chuchi. Hace tanto que no lo veo que temo que se olvide de nosotros. Luli quiere acompañarme, pero no me llega el dinero para viajar las dos, así que le prometí que en primavera los llevaré.

El día 29 me levanté temprano, dejé a mis hijos con Isabel, y llegué justo para subir a toda prisa a la *Estellesa*, el autobús. Cuando vi a Chuchi se me saltaron las lágrimas. ¡Cuánto había crecido! Él corrió a abrazarme.

A veces, siento que no lo estoy haciendo bien con él, pero al verlo tan guapo y tan bien vestido, sé que aquí no le falta de nada, y merece la pena el sacrificio. Algún día, igual me preguntará por qué lo hice, y entonces, le daré mi respuesta. «Lo hago por ti, hijo, si me equivoco, te pido perdón, pero no lo hago por no quererte, porque no hay ni un día en que no piense en ti».

Pasamos un día muy bonito, a pesar de que sigo sintiendo que hay una falta de cariño en ese hogar. Me presentó a su nuevo amigo, un cachorro precioso al que ha llamado también Campeón. No le dejan meterlo en casa, pero juega con él en el patio todos los días. Al verlo jugar con el perro, me mordí el labio, y también le pregunté:

—¿Cuántos amigos tienes, Chuchi?

—No muchos... —me respondió—, pero me da igual, porque ya pronto Campeón y yo nos iremos contigo. —Me miró muy serio y continuó—:

Porque no me quedaré aquí para siempre,¿verdad, mamá? Cuando papá regrese, yo volveré con vosotros.

Me quedé paralizada.

—¿De dónde va a volver papá, Chuchi?—le pregunté.

—No sé, pero se fue sin despedirse y tiene que volver.

—Chuchi, papá sí se despidió, os dio un beso antes de marcharse, pero estabais dormidos. Papá no volverá, pero seguirá en nuestro recuerdo y en nuestros corazones.

—Lo mataron,¿verdad?

—Sí—respondí con el corazón encogido—, pero solo recuerda una cosa: digan lo que digan los demás, él siempre fue una buena persona, y os quería muchísimo, nunca lo olvides, hijo.

¿Por qué los niños tienen esa facilidad para superar los momentos duros, y a nosotros nos cuesta tanto? Tras mi respuesta, se fue corriendo tras Campeón, riendo a carcajadas. Nunca sabré cómo lo hace, pero lo importante es que él esté bien.

Sobre las primas de mi marido, las que cuidan a mi hijo, poco puedo decir. Siempre me dan unos dulces para que me lleve a casa, y alguna medicina, ya que el marido de una de ellas es médico.

Cogí la *Estellesade* vuelta a las seis de la tarde. Chuchi me pidió que no dejase nunca de ir a verle, y, aguantándome las lágrimas,se lo prometí. Qué tristeza sentí cuando arrancó el motor,y le vi allí, con su abrigo azul,corriendo detrás del autobús y diciéndome adiós con la mano. Espero que no me viese llorar. Lo peor de todo son las promesas que hago, y que no sé cuándo cumpliré.

CARTA DE PEPÍN (DURANTE EL TRAYECTO EN BARCO) (23 DE DICIEMBRE DE 1939).

Salíamos varios barcos del mismo puerto, y otras embarcaciones nos hacían de escolta. El viaje fue un poco pesado, y,al principio, la pobre María se mareaba y vomitaba bastante. También hacía mucho frío y, algún que otro día,estuvo el mar revuelto.Por lo demás, nos trataron muy bien en el barco, sobre todo una pareja que estuvo todo el tiempo pendiente de nosotros.

Pero comenzaré a contarte desde el principio. El día que fuimos a embarcar, nos dijeron que no podíamos subir al barco porque teníamos que

viajar con un adulto. Por más que insistí, me decían todo el rato que no.«¿Qué podíamos hacer?», pensaba entonces. Me había gastado todo el dinero en esos pasajes, y al final no íbamos a poder hacer ese viaje. Desde luego, no me iba a dar por vencido. Cogí de la mano a María, y comencé a preguntar, a las personas que había en la fila, si podíamos viajar con ellos. Había familias y también personas que viajaban solas, pero nadie me entendía. Al final, un señor me llamó y me dijo que nos pusiésemos con ellos. Le di las gracias en silencio.

Ellos eran una pareja joven que huían de la guerra, españoles también. Mientras esperábamos embarcar, me preguntaron qué hacíamos solos, y les conté nuestra historia, desde Madrid hasta Barcelona y Francia. Ellos nos contaron también la suya. El único miedo que tenía ya era que el señor de los pasajes me reconociera y se diera cuenta de que era el mismo niño que viajaba solo con su hermana, pero no lo hizo.

La pareja nos siguió contando que ella trabajaba en unas oficinas, como secretaria, y que él era profesor de la universidad, ambos republicanos. Vivían en Madrid, por la zona de Fuencarral. Una noche, llamaron a su puerta, y, al abrir, encontraron una nota en el suelo en la que los llamaban rojos y los amenazaban con capturarlos. No sabían por qué los habían avisado, en vez de ir a detenerlos directamente, pero, en ese mismo momento, metieron en dos maletas lo más importante que tenían y se marcharon. Antes de irse, escribieron una nota a sus respectivas familias, y salieron por la parte de atrás del edificio, en donde justo había un buzón. Callejearon con cuidado y fueron hasta la estación de trenes, en donde adquirieron dos billetes para Barcelona. Cuando el tren salió de la estación, respiraron tranquilos. También estuvieron a punto de terminar en un campo de internamiento, pero gracias a un conocido suyo, profesor también, pudieron esconderse. Entonces, la Segunda Guerra Mundial estalló, y decidieron salir de Francia.

Ellos se marchan a Estados Unidos para dar clases de español en una universidad de San Francisco, gracias a unos contactos de sus padres.

En la fila estuvimos un par de horas, pasando mucho frío. Cuántas familias vimos separadas por esta horrible guerra. Al llegarnos el turno, el operario que me atendió cambió el turno con otro compañero, y así es como pudimos pasar. Creo que fue el destino. El matrimonio nos hizo pasar por sus hijos, tal y como nos prometieron, y logramos llegar al interior del barco.

Una vez en el barco, vimos cómo dejábamos atrás París, una ciudad en la que habíamos vivido casi tres años bastante bien. Y, a la vez, sentía cómo me

iba alejando, poco a poco, de mis raíces y de todos vosotros. Eran sensaciones contradictorias, porque también era feliz, y había perdido el miedo al futuro.

Con el paso de los días, ese mismo miedo que parecía perdido, regresó, pues estando en mitad de una guerra, el capitán, muchas veces, tuvo que cambiar el rumbo.

Era la primera vez que pasábamos la Nochebuena en medio del mar y lejos de los nuestros. Se me hacía duro, y me acordé mucho de todos vosotros. Ese día subí a cubierta, aunque el mar estaba un poco enfurecido, para que me diera el aire, y poder gritar al viento todos los miedos del pasado, el dolor, la desesperación, y también llorar. Necesitaba llorar sin que nadie me viera, porque ni siquiera cuando murió mamá pude llorar. Entonces lloré con tanta rabia que dejé atrás definitivamente al niño que era para convertirme en el hombre que seré, porque, a partir de ahora, yo decido sobre mi vida, y no lo hará ni el destino, ni los hombres, ni las mujeres ni mucho menos la guerra. Ahora mi vida la manejo yo.

No sabes lo que es ver solo el mar durante días. Da un poco de vértigo, pero las ganas de alcanzar nuestro destino pueden más que el miedo.

Llevamos ya tres días, y seguimos sin saber cuándo veremos puerto. El viaje dura seis días, más o menos, pero, con tantos rodeos, puede que se alargue. Mientras, seguiré escribiéndote para mandarte la carta nada más llegar a México.

Hoy María no tiene un buen día, se vuelve a encontrar mareada, y casi no ha comido. Está tan delgada que me preocupa, sobre todo porque hace tiempo que dejó de sonreír. Creo que ella hubiera preferido volver a casa. También me da la sensación de que siempre se quedará anclada en la niñez, creo que se detuvo su reloj biológico, y que cada día le cuesta más avanzar. Ojalá en México vuelva a encontrar la alegría.

31 de diciembre de 1939 (en el trayecto en barco).

Hoy es Nochevieja y celebramos el Año Nuevo a nuestra manera, dentro del barco. Volveremos a pasar la noche junto a Lucas y Lourdes, la pareja que nos ayudó a embarcar. Cenaremos con ellos y pasaremos una noche agradable, contándonos y recordando cosas de nuestras vidas, una vida que ya nunca volverá a ser igual. Llega 1940, un año nuevo y una vida nueva para nosotros.

Ya tendríamos que haber llegado a puerto, pero, según dicen, aún nos

faltan varios días para tocar tierra firme. Escucho música de fondo, y recuerdo al tío Francisco repitiéndonos una y otra vez, «la música alimenta el alma».

Retomo la escritura de la carta unos días después, tía. Solo quiero decirte que la travesía está llegando a su fin. En total, hemos tardado 14 días, pero ya se ve a lo lejos Nueva York. La Estatua de la Libertad. Ahora somos libres de pensamiento.

No puedo dejar de pensar que, antes de los once años, no me había movido de Badajoz, y que ahora haya recorrido tantos lugares. Si mi madre nos ve desde algún lugar, sé que se sentirá orgullosa de nosotros.

6 de enero de 1940 (Camino de México).

Ya desembarcamos. Lucas y Lourdes nos acompañaron hasta la estación de tren, y se aseguraron de que nos subíamos al adecuado. Les he dejado la dirección del tío Francisco para que me escriban. Me dio pena despedirme porque se han portado muy bien con nosotros.

Ahora estamos en el tren con el que cruzaremos parte del país hasta llegar a México. Nos están dando manzanas y algunos alimentos. Deseo pisar suelo mexicano. Los tíos no saben que llegamos, pero llevó su dirección.

Tía, te llegarán todas las cartas juntas, pero así sabrás de toda nuestra travesía. Buscaré un buzón y te las mandaré tan pronto como pueda para que sepas que yo, tu sobrino Pepín, no me olvidé de ti.

PENSAMIENTO (La vida te puede cambiar en segundos) (Cáceres, 2017).

No olvides nunca de dónde vienes, porque si no, puede que algún día olvides hacia dónde vas.

CARTA DE PEPÍN. MÉXICO, LA CIUDAD SOÑADA (12 DE FEBRERO DE 1940).

Tía, espero que mis anteriores cartas te llegaran. Ahora tengo nuevas cosas que contarte.

Nada más llegar a México, al Distrito Federal, pregunté por la dirección de mi tío. Éramos dos niños con una maleta cada uno en las manos, pero conseguimos que un señor muy amable nos dijese cómo llegar. No fue tan

fácil como creíamos, pero una vez frente a su puerta, llamamos y nos abrió inmediatamente la prima Rosa. Se puso muy contenta de vernos y nos dijo que nos instalásemos. María, por fin, sonrió.

Por la tarde, llegó el tío Paco, y, por fin, pude darme un baño en condiciones.

Me gusta México, tía. Si tuviera que definirlo con una palabra, sería «color». Es mucho mejor de lo que imaginaba cuando lo veía en las enciclopedias del trabajo del tío Francisco. Es todo tan enorme...

Tío Paco me está buscando una habitación para compartir con otros chicos. Me he puesto a trabajar con él en una aseguradora, y estoy muy contento. Tío Paco, al igual que el tío Francisco, es muy serio y recto, pero me trata muy bien. A veces, no puedo dejar de pensar también en el tío Francisco, quien fue un padre para mí.

25 de febrero de 1940 (México).

Hoy me ha dicho el tío Paco que estaba buscando un colegio de monjas para María, para que aprenda una profesión, pero a mí no me gusta la idea. Temo que, si la internan en un colegio, la veré menos y no podré cuidar de ella. Pero no gano lo suficiente para que vivamos juntos.

Rosa va a un colegio de señoritas, y Francisco aún es pequeño, pero también va al colegio. Los tíos viven bien. La mayoría de días son iguales, menos los domingos, que voy a comer a casa de tío. Ahora vivo en una pensión, con dos chavales, uno de ellos también es español, de Barcelona.

A pesar de compartir una lengua común, no siempre los entiendo cuando me hablan, aquí en México. La primera vez que me llamaron *chamaco*, lo tomé por un insulto, hasta que, después, me di cuenta de que usan palabras diferentes, pero, poco a poco, me iré acostumbrando. Al coche lo llaman carro, por ejemplo.

Este domingo, iré a buscar a María, y nos iremos a comer los dos, quiero saber cómo está. Ella dice que está contenta, pero no estoy tranquilo.

Bueno, tía, más adelante te contaré más cosas, ahora ya es tarde, y estoy muy cansado. Espero que todo vaya bien.

Cuídate mucho. Tu sobrino, Pepín.

4 de marzo de 1940 (Badajoz).

Ayer recibí la carta de mi sobrino. ¡Qué bien que ya esté situado! Ya puedo

respirar tranquila... Espero que allí estén bien, y que, con mi hermano, tengan una vida decente.

Me está costando conseguir el papel para poder escribir, solo un compañero de mi esposo me trae de vez en cuando. Esta es mi mejor terapia, además es gracioso, porque mi esposo siempre me decía que, algún día, en vez de escribir sobre mí y sobre nuestra familia, podría escribir cuentos o historias inventadas...Creo que voy a hacerlo ahora, en el silencio de la noche...

BUSCANDO EN LA CAJA (CÁCERES, 2017).

No he podido evitar revolver toda la caja, y buscar algún escrito diferente. A lo mejor hizo igual que yo hago: romperlos después. Pero me imagino aquella noche, y a mi abuela frente a su máquina, y me asalta la curiosidad. ¿Sobre qué escribiría?

¡Aquí está! ¡Lo encontré! ¡No lo tiró ni lo rompió

!

UN AMOR PARA SIEMPRE. 4 DE MARZO DE 1940 (BADAJOS).

Hoy es una despedida, ¿dices que debes dejarme? No me das una explicación, tan solo me dices que no haga preguntas, pues estas no tienen respuesta.

Ha sido todo tan repentino... Nos quedan diez minutos, solo diez minutos, ¿te das cuenta de lo que es eso? Puede ser una eternidad o un suspiro.

Dices que nunca volverás, que no te busque, que no te encontraré. Entrás a buscar tu chaqueta, y besas a los niños. Después me besas a mí y me regalas diez minutos. ¿Cuántas cosas se pueden decir en ese tiempo? ¿Cuántos «te quiero», cuántas sonrisas, cuántas lágrimas, cuántas preguntas y cuántas respuestas?

Ahora está todo claro. Aquella noche te regalaron diez minutos, y tú me dijiste: «no hagas preguntas cuya respuesta no quieras escuchar». No me busques (entre los vivos).

Yo te dije un montón de «te quiero» (para toda una eternidad), te abracé fuerte (que aun sentirás mi olor) y te regale sonrisas (para llenar tu corazón de ellas). No derramé ni una lágrima (para que no vieras mi sufrimiento).

Y es que diez minutos fueron suficientes para recordarte siempre. Quizás tu verdugo, el que te disparó, nunca tuvo esos diez minutos en los que te amé para siempre.

PENSAMIENTO (solo diez minutos) Cáceres, 2017.

La vida se contabiliza en tiempo, y los tiempos son caricias, sonrisas, miradas, besos y, sobre todo, complicidad. Y diez minutos, para mis abuelos, no fue un suspiro, fue una eternidad.

CARTA DE PEPÍN. 19 DE MAYO DE 1940 (MÉXICO).

Aquí de nuevo, tía, para contarte un poco más de mi día a día. Sigo trabajando con tío Paco en la aseguradora, pero, además, me he apuntado, los fines de semana, al servicio militar. No es que me valga de mucho, y menos si no eres mexicano, pero me ayuda a conocer gente. Algunos domingos que tengo libres, visito a María en el colegio de monjas. Sobre ella no sé decirte,

porque ya sabes que es muy retraída. Al menos, tiene un grupo de amigas, y eso me hace pensar que está bien.

Aquí la vida es increíble. Los edificios son muy altos, y, como en todas las ciudades grandes, hay muchas barriadas, unas muy pobres y otras muy ricas. Lo más característico es que México está lleno de color. Pero no sé si me quedaré aquí para siempre, de momento sí, pero, más adelante, quizás me guste más vivir en una ciudad más pequeña.

Me gusta cuando recibo tus cartas, y me hablas de allí. Me cuentas de mi hermana pequeña, de cómo se dividió la familia... Pero, al final, te das cuenta, tía, de que uno no es de donde nace, sino de donde acaba viviendo. Puede que yo me case aquí, que mis hijos nazcan aquí, y que mis nietos y una parte de la familia acaben siendo mexicanos, aunque nuestros orígenes sean extremeños. Es verdad que una guerra puede destruir vidas, sueños y esperanzas, pero, al final, luchamos para subsistir y avanzar. Sí, me estoy poniendo melancólico, porque recuerdo los días pasados con añoranza, aunque sé que esos ya no volverán.

Igual que para ti es una terapia escribir en tu máquina, para mí lo es escribirte a ti, y contarte cómo me siento, y las cosas que me ocurren. Creo que le diré a mi hermana que te escriba, porque estoy seguro de que te contará muchas más cosas que a mí, pues siempre tuvo una conexión muy especial contigo.

Esta ciudad se me hace demasiado grande, y sé que me iré, aunque, como te he dicho más arriba, puede que no de momento. Estoy viendo ciudades para buscar trabajo, y la que más me gusta es Monterrey, pero se halla a más de setecientos kilómetros de distancia. No puedo irme y dejar aquí sola a María.

Ya se me cierran los ojos, es hora de irse a dormir. Como siempre te digo, cuídate mucho y cuida de mis primos.

Os quiere,
Pepín.

SAN VICENTE DE ALCÁNTARA (VERANO DE 1940).

Mientras, en el otro extremo del mundo, Chuchi vive en una casa enorme desde hace casi cuatro años. Llegó con seis años y, cuando empiece el otoño, cumplirá los diez. Vive lejos de sus hermanos y de su madre, a los que echa

de menos a pesar de que se acostumbró a vivir sin ellos. Pero le cuesta aún entender por qué su vida cambió tanto. No deja de ser un niño que siempre está rodeado de adultos, y en esa casa son estrictos con él. Es curioso, porque se come, se cena y se desayuna a una hora exacta y, si no se encuentra en la mesa en ese momento, se queda sin comer. Pero el servicio de la casa le ayuda y, si algún día llega tarde a cenar, le guardan la cena en la alacena para que se la coma después.

Como a cualquier niño, le gusta salir y jugar por el pueblo con sus amigos. Pero han decidido que irá a un colegio interno en Salamanca, y, en aquella época, ir a un colegio interno suponía salir de él solo en Navidades y en verano. Otro nuevo cambio en su vida.

El verano antes de irse, viajó hasta Badajoz para pasar un fin de semana con su madre y sus hermanos. Cuando llegó, y vio dónde vivían, les preguntó por su antigua casa, pues no sabía que se la habían quitado. Hacía tanto que no veía a sus hermanos, que a alguno no lo reconoció. Fueron a por los bollos de leche que tanto les gustaban y pasaron un fin de semana feliz. Pasearon por Castelar y visitaron su antigua casa. También fueron a ver a su vecina Isabel. Cuando esta vio a Chuchi, se alegró mucho, y los invitó a merendar. Mientras merendaban todos juntos, le contaron a Chuchi que sus primos se habían marchado a México.

Chuchi seguía preguntando si iba a regresar a casa, y su madre aprovechó para explicarle que, en la familia en la que estaba, le daban unos recursos que ella no podía ofrecerle. Y él, muy serio, le respondió: «Ojalá yo tuviera lo que tienen mis hermanos: tu cariño cada día, y a ti».

¿De qué valen las cosas materiales, si con eso no se puede comprar el cariño y el amor de una familia?

Pocos días después, viajó a Salamanca para comenzar una nueva experiencia en el colegio interno. El día que llegó a Los Salesianos, era un niño que iba donde lo llevaban, que no entendía nada, pero que tampoco protestaba.

El colegio era tan grande que necesitó días para verlo. Lo mejor es que no llegó solo, sino que también fueron otros niños del pueblo, que él conocía. Hay una anécdota que siempre contaba, y es que, los domingos, ponían películas, pero él se perdió muchas porque se portaba muy mal, no estudiaba lo suficiente, y le castigaban en las sesiones de cine, haciendo los deberes.

Los días pasaban, y allí se encontraba bien. Había muchos niños como él, de su edad, y, además de estudiar, realizaban otras actividades. Los domingos

por la mañana, después de misa, solían salir, acompañados por un religioso, a dar paseos, además de las sesiones de cine.

Y así fueron pasando los meses, y llegó la Navidad, y volvió a casa con los tíos.

27 de diciembre de 1940 (Badajoz).

Las Navidades no son como antes, pero debo ser fuerte y conseguir que mis hijos lo pasen lo mejor que puedan. Ellos no tienen culpa de esta guerra ni de esta posguerra.

Hemos vuelto a ver a Chuchi. Pasamos con él el día 23, y no quisimos alargarlo más, porque las primas de mi marido se mostraban nerviosas ante el comportamiento de los niños. Estos corrían, jugaban, gritaban, y ellas se sentían incómodas. La despedida volvió a doler, pero pasaron un gran día.

Nos regalaron unas pastas que estaban riquísimas, y a los niños les dieron unas chucherías.

El día 24, nos invitó a cenar Isabel. Desde que mataron a su hijo no se ha quitado el luto, ni por fuera ni por dentro. Ese día, no quiso moverse de su casa, aunque su hermana y sus sobrinos se la quisieron llevar. Así que le hicimos allí compañía y cenamos los cuatro. Los niños cantaron villancicos, y se unieron otros vecinos más tarde. Se pasó la noche bien, recordando siempre a los que ya no están, pero también disfrutando del momento. Al fin y al cabo, la vida sigue, queramos o no.

Y el día de Nochevieja fui yo quien la invitó a cenar a casa, pues se está portando con mis hijos como una abuela. Desde hace dos años, en Reyes nunca les falta un regalo gracias a ella, y le estaré eternamente agradecida por ello. Como decía mi madre, estos son «panes prestaos». Nos damos compañía mutuamente porque hay amistades que perduran en el espacio y en el tiempo.

Mañana me toca repartir el café en la frontera con Portugal, como siempre, junto a otras muchas viudas que luchan por dar de comer a sus hijos. La vida, definitivamente, sigue.

CARTA DE PEPÍN. 10 DE ENERO DE 1941.

Hola, tía.

Siento haber tardado tanto en escribirte, pero apenas tengo tiempo. En esta

ciudad, parece que todo va más rápido, incluso los días, las semanas y los meses, o quizás sea que yo vivo más deprisa porque quiero recuperar los años perdidos en la horrible guerra.

Te mando una foto de los cuatro, que nos las hizo hace unos días el tío Paco. Él ya sabes cómo es de disciplinado, tanto en el trabajo como en casa, pero yo creo que echa de menos su vida en España. A pesar de que aquí hay muchos conocidos suyos españoles, que se vinieron también a México, sigue echando en falta a los de allí.

Qué pena todo lo que ocurrió, porque dice tío Paco que se había avanzado mucho en la Segunda República, sobre todo en temas relacionados con la mujer. Yo espero volver algún día, aunque sea para visitaros.

Este domingo, me dijo la tía Rosa que fuera a comer con ellos, y me ha permitido ir de acompañante de la prima Rosa al club, porque una señorita no puede ir sola. Así que, a las cinco de la tarde, nos fuimos los dos. Por las mañanas, también los domingos, me llevó al primo Curro a darle un paseo.

Y te voy a contar un poco cómo es el colegio en donde está María. Lo regentan unas monjas, y, a las chicas que están allí, les enseñan a cocinar, a bordar, y aprenden nociones de matemáticas, historia, sobre todo de México, y algunas otras materias. Es bastante grande, y no sabría decirte cuántas chicas están.

Cómo pasa el tiempo, tía... Hace ya un año que estamos aquí, y casi he olvidado el ruido de las bombas, el hambre y el frío... Lo curioso es que a Curro, el más pequeño, no se le ha olvidado. Todavía, cuando escucha un ruido fuerte, sale corriendo gritando «¡bomba!».

El sueño me vence, tía, intentaré no tardar tanto en escribirte.

Tu sobrino que no os olvida,

Pepín.

PD: Los lazos familiares deben permanecer en el tiempo, no dejes de escribirme.

PENSAMIENTO (avanzar) Cáceres, 2017.

A veces, uno siente la necesidad de parar, de curarse sus propias heridas, de esperar a que cicatricen, para después seguir escribiendo sobre el pasado. Pero esta vez, tendrán que esperar, porque el tiempo apremia.

Cáceres, 2017.

Y la vida sigue su rumbo. Busco las siguientes anotaciones de mi abuela, pero es raro, porque dan un salto en el tiempo enorme, hasta 1943. ¿Qué sería de ella durante esos tres años? A veces intento imaginarme su vida diaria una vez terminada la guerra... Habría colegio, niños jugando por las calles..., pero también vidas segadas por la guerra, viudas, personas que perdieron hasta la dignidad... Lo que sí sé es que mi abuela no volvió a casarse. Se dedicó en cuerpo y alma a sacar adelante la vida de sus hijos y la suya propia. Imagino que se quedó con sus recuerdos, con sus momentos buenos y con otros no tan buenos. Hay muchas familias que sufrieron en esa maldita guerra, y la mía fue una de ellas. Nunca sabré qué ocurrió en esos tres años... ¿O quizás lo relata en la siguiente carta?

14 de noviembre de 1943. Badajoz.

Hoy, después de casi tres años, he vuelto a escribir. Estos años han sido, y siguen siendo, duros para mí. Estuve enfadada con el mundo después de saber todo lo que le pasó a mi esposo antes de morir. Procuro no recordarlo, pero aquel día, cuando me visitó Rafael, otro preso, que estuvo las últimas horas de su vida con él, lo supe todo. Fue tan duro y dolió tanto que, a veces, creí volverme loca. Solo sé que lloré en cuanto se fue, y, para que no se me olvidara nada, me puse a escribir sobre el dolor y la rabia, y prometí que eso sería lo último que escribía.

Hoy tuve la necesidad de leer de nuevo esos escritos, y me di cuenta de que la tinta casi se había borrado, por las lágrimas derramadas aquella noche. Por eso, volví a coger hoy la máquina, y a transcribir, palabra por palabra, todo lo que pasó mi marido antes de que lo fusilaran.

Mi marido le pidió a Rafael que me buscara y me contara todo. Mi marido quería que yo lo escribiese para que, algún día, el mundo supiese nuestra historia, y, así, su muerte no fuese en vano. Ni la suya ni tantas otras. A partir de ese día, mi lucha fue aún mayor, pero le fallé, porque dejé de escribir entonces. El dolor no me dejaba tocar las teclas, pero hoy he vuelto, y todo saldrá a la luz. Transcribo mi nota.

20 de enero de 1941.

A veces, sin saber por qué, llegan noticias que no te esperas. Cuánto dolor... Esta tarde, cuando los niños y yo estábamos en la sala, sentados en el brasero de picón, alrededor de la mesa, calentando nuestros cuerpos y

nuestras vidas, llamaron a la puerta. Al parecer, un señor quería hablar conmigo. Abrí, con un poco de miedo, y vi a un señor muy delgado que me preguntó si yo era Luisa Morlesin. Al responder afirmativamente, me dijo que él había sido la última persona que había estado con mi marido antes de morir. El corazón me dio un vuelco.

Les dije a mis hijos que se fueran a casa de mi vecina Julia, y que se quedaran con ella. También le pedí al marido de Julia que me acompañase durante el relato de este hombre. Me disculpé ante él, y le di mi justificación: «Hoy en día, no se puede fiar una de nadie».

Se presentó, se etiquetó sin pudor como republicano y comenzó a relatarnos.

Lo detuvieron por su ideología. Le hicieron subir a una camioneta, en donde irían unas veinte personas, diecisiete hombres y tres mujeres. Los llevaron a los calabozos, y, cada día, iban llegando más y más personas a ellos. Estaban hacinados. Un día, llegó mi marido. Cuando reconoció a Rafael, pues eran viejos conocidos, se acercó y empezó a repetirle que, si no lo mataban, me buscara para hablar conmigo. Rafael dice que no sufrió, a pesar de que sabía que era su último día, pero se lamentaba por nosotros, por dejarnos solos en mitad de una guerra.

Rafael continuó hablando mientras Manuel y yo le escuchábamos expectantes, pero con el corazón encogido. Mi marido también le dijo a Rafael que me acercara a por unos documentos que él guardó.

Según Rafael, de los calabozos los iban sacando en grupos de diez, pero los que salían, ya no volvían. Estuvieron juntos como unas cuatro horas, y Francisco no dejó de hablarle de nosotros, de su familia. Me dijo que no le notó el miedo, que era un hombre con mucha templanza, y que no rogó a nadie por su vida, que ni una súplica les regaló. A los que sacaron del calabozo los llevaron a la plaza de toros, los pusieron en grupos, de cinco en cinco. Rafael también salió aquel día, junto a mi marido, pero, al llegar a la plaza, los separaron. Mientras los colocaban, mi marido empezó a decir, alzando la voz: «¡Nos podréis quitar la vida, pero España, en un futuro, volverá a ser libre! ¡VIVA LA REPÚBLICA!» y los demás gritaron al unísono: «¡¡¡VIVA!!!». En ese instante, fue como si se hubiese detenido la vida, según me dijo Rafael. En aquella plaza, se hizo un silencio sepulcral y, de repente, se escuchó una ráfaga de disparos que ensordeció a todos mientras iban cayendo al suelo, unos tras otros.

Cuando le tocó a Rafael, en su grupo estaba el hijo de un terrateniente,

que había acabado allí por alguna confusión. Devolvieron al grupo entero al calabozo y, sin saber por qué, nunca los volvieron a sacar. Él, gracias a un familiar, logró salir, y, pocos días después, las personas restantes de su grupo fueron fusiladas. No pude evitar mirar a Rafael y decir: «No era tu momento... Gracias por haber venido y contarme las últimas horas de mi marido, nunca sabré cómo agradeceréte».

En cuanto se fue Rafael, fui a por mi abrigo, y le pedí a Manuel que se quedaran con mis hijos hasta que yo llegase. Como era casi de noche, Manuel me dijo que él me acompañaría, porque a esas horas no era seguro andar sola por las calles siendo mujer. Estaba decidida a ir a por esos documentos de los que me habló Rafael, que, al parecer, estaban en casa del padrino de mi marido.

El padrino de mi marido se sorprendió al verme a esas horas. Le conté lo que nos había pasado, y nos dejó pasar. Busqué por la habitación que había pertenecido a mi marido, y hallé los documentos en el cajón de una mesita, sobre la cual descansaba un jarrón con margaritas blancas. Me temblaban las manos, y no era capaz de abrir aquel sobre. Cuando lo conseguí, comencé a leer:

Si tienes estos documentos, es porque me ha ocurrido algo. No he sobrevivido a esta guerra, y te pido disculpas. Me dijiste tantas veces que nos fuéramos que no sé por qué no te hice caso. Quiero que leas estos documentos tranquilamente. Ahora eres dueña de un estanco, hay un papel ante notario. Fue una herencia de un tío mío del pueblo, y lo lleva una prima desde hace tiempo. Me enteré hace poco, y no quise llevar los documentos a casa para evitar que los encontrasen. Mi padrino tampoco sabe nada.

Llevan días siguiéndome, y por eso he decidido escribirte esta nota. El estanco está en mi pueblo, pero si no quieres vivir allí, deja que te paguen un alquiler, y así tendrás más dinero cada mes.

Espero que algún día sepas perdonarme.

Te quiero, ahora y siempre.

Salí del dormitorio temblando. Aquella documentación acreditaba que en el pueblo tenía un estanco... Así, de la nada. Ahora debo ir allí y hacerme cargo de él, aunque en el pueblo no quiero vivir. Hablaré con la prima de mi esposo y llegaré con ella a un acuerdo de alquiler.

Debería estar contenta, porque tendré un dinero extra todos los meses. Pero todo lo que rodea a este regalo es demasiado doloroso. En estos días,

también he recibido la carta de mi sobrino Pepín, con una foto dentro. Me calma un poco el corazón.

Dejé de escribir. Desde entonces, levantarme es todo un reto. Pero la vida sigue, y no puedo detenerme. Fui finalmente al pueblo, y reclamé el estanco. Ahora, todos los meses cobro un alquiler.

¿Las ausencias duelen? Mucho. Pero no solo la de mi esposo, sino también la de mi hijo Chuchi, que apenas lo veo, la de mis sobrinos y la de mis hermanos. Gracias a mis vecinos, que ahora son parte de mi vida, no me siento tan sola, pero mi familia, poco a poco, se fue marchando lejos de mí. En estos años, todos han crecido: Luli ya es toda una mujer, y me ayuda mucho. Chuchi sigue estudiando en Salamanca, y Manuel es cada vez más hombrecito.

Nuestro país se ha ido estabilizando poco a poco. Decir que la vida nos va bien sería mentir, pero vamos tirando, como la mayoría de los españoles. A mi esposo no le hubiera gustado vivir bajo este régimen, de eso estoy segura, porque ahora tenemos que tener mucho cuidado con lo que hablamos, ya que todos están escuchándote.

Sigo manteniendo el contacto con mi sobrino en México y, a través de él, sé también de mi hermano.

Creo que mi hija Luli, además, ha conocido a un chico.

Hace siete años que mataron a mi esposo, pero también hace siete años que conseguimos seguir sobreviviendo.

PENSAMIENTO (la noticia) Cáceres, 2017.

A veces se pierden las palabras por no llegar a decirlas a tiempo.

Mi abuela, a pesar de que dejó de escribir durante esos tres años, siguió teniendo noticias desde México, y consiguió no sentirse tan sola.

CARTA DE PEPÍN. 25 DE MAYO DE 1941 (MÉXICO).

Espero que estés bien, tía. Estas cartas parecen, de alguna manera, un diario de mi propia vida. Hoy estoy pensando que no quiero pasarme la vida trabajando en seguros. No está mal, pero me gustaría hacer otras cosas, ya sabes que soy como el abuelo, un revolucionario que siempre huyó de las ataduras. Quiero vivir en una ciudad más pequeña, pues aquí no es fácil

conocer a gente, y el ambiente del club no es para mí. Acompaño a la prima Rosita, pero me aburre. Si no he buscado ya otro trabajo, es por María, mi hermana, que, como te dije en otras cartas, está internada con las monjas.

Me alegré de saber lo del estanco, y toda la historia que lo envuelve. Debí de ser cosa del destino, que no fusilaran a ese señor para que él pudiese contártelo. Siempre digo que tenemos predestinado nuestro día y, queramos o no, llegará. A ese hombre no le había llegado su hora.

Esta carta es breve, muy pronto volveré a escribirte, pero ahora marchó para ver a mi hermana, y después para acompañar a Rosa al club. No sé qué harán cuando yo no esté... Hoy le diré a mi hermana que te escriba, quizás a ti te diga cómo se siente, porque, aunque yo la veo mejor, nunca sé cómo se siente en realidad.

Un beso de tu sobrino que te extraña,
Pepín.

Cáceres, 2017.

No he encontrado ninguna carta de María... Ojalá acabe apareciendo, pues así podría conocerla un poco mejor. Según me cuentan todos, era muy retraída, pero también es algo normal, pues Pepín tomó el rol de hermano mayor y fue quien la protegió y la cuidó, incluso la sobreprotegió.

Hay varias cartas al fondo de la caja... Tienen un poco de polvo. ¡Y son de María! ¡Por fin podré conocerla más! Desde que empecé a investigar la historia familiar, siempre he creído que ella es de las que más sufrió, y me ha suscitado siempre mucha ternura.

CARTA DE MARÍA (HERMANA DE PEPÍN). 5 DE JUNIO DE 1941.

Querida tía:

Me dijo mi hermano que te escribiese, y me da mucho gusto hacerlo, porque así también sabré de ti y de mis primos por mí misma. Es la primera carta que escribo, y no sé si entenderás mi letra.

Las hermanas se portan muy bien conmigo, y estoy aprendiendo a coser y a cocinar, porque dicen que, sabiendo esto, encontraremos un marido pronto. Aunque... ¡yo para qué quiero un marido! Prefiero aprender cosas para salir pronto de aquí, y poder trabajar, como hace Pepín. Si gano dinero como él, podremos volver a estar juntos.

Yo solo quiero lo que tenía cuando vivía con mi mamá, y después, cuando vivía contigo: una familia. Aquí están mis amigas, pero me acuerdo mucho de vosotros, pues, por las noches, aquí nadie te arropa ni te da un beso. De hecho, hace tanto que no me dan un beso de buenas noches, que ya casi ni me acuerdo de cómo es la sensación.

Estoy deseando que llegue el domingo para poder estar con mi hermano. Alguna vez salgo a comer a casa de la tía Rosa, pero ella no es como tú, es más seria y menos cariñosa, y creo que no le agrado demasiado.

Si ahora me concedieran un deseo, ¿sabes cuál sería? Volver a tener seis años, y estar de nuevo en casa, y juntarnos para jugar. Me acuerdo tanto de ese parque... ¿Podrías mandarme una foto de allí en donde salgan mis primos también? Y me gustaría tener una foto de mi mamá, ¿puedes conseguírmela y enviármela?

¿Sabes, tía?, quizás hay muchos niños como yo, que sufrieron esta guerra, pero me he sentido muy sola durante muchos años, y solo gracias a mi hermano, he seguido adelante. En París, él estaba en una zona de chicos, y yo en otra de chicas, en donde pasé muchas noches llorando porque no entendía lo que era una guerra, y, en realidad, aún no lo entiendo. Íbamos de un lugar a otro, con hambre, con frío y con miedo, y eso, en una niña de ocho años, nunca se olvida. Puede que algún día tenga mi propia familia, y, si es así, espero darles todo el cariño y el amor que, por circunstancias de la vida, a mí me faltó.

Tía, espero con impaciencia tu carta, y envíame las fotos, por favor. Es lo único que ya me puede unir a vosotros, mi familia.

Un beso de,
María.

Cáceres, 2017.

Recuerdo que, siendo yo adolescente, un día, en casa de mi abuela, empecé a enredar en los cajones, porque me encantaba, y, sin querer, mi madre me pilló los dedos. Como me dolió mucho, estuve una buena temporada sin abrir ni un cajón. Pero, al poco tiempo, de nuevo, volví a ello. Y encontré una foto de la hermana de mi abuela y de sus hijos. Le dije a mi abuela que se parecía mucho a su hermana, y empecé a preguntar por ella. Mi abuela me dijo que todo eso era sobre el pasado y, aunque yo insistí en escuchar la historia, porque adoraba las historias, ella solo me dijo: «Quizás algún día te encuentres con esta historia, la historia de nuestras vidas».

Mi abuela María y Pepín se siguieron escribiendo durante largos años, y mi abuela supo de su hermano a través de él. Sus cartas eran el único vínculo que los unía.

La vida de mi familia también la estoy viviendo a través de alguna que otra fotografía que me llega, aparte de los escritos de toda una vida de mi abuela, y de las cartas de Pepín y María. Estoy teniendo conversaciones con mi familia de México, y todos, de alguna manera, me están ayudando a escribirLa historia de nuestras vidas. Pero creo que esta carta de Pepín, que os narro a continuación, es importante.

CARTA DE PEPÍN. 29 DE DICIEMBRE DE 1943 (MÉXICO).

Hola, tía.

Espero que tú y los primos estéis bien. Tengo buenas noticias, aunque no sé cómo decírselas al tío, porque desconozco cuál sería su reacción. Me han hecho una oferta de trabajo para irme a Monterrey, a un colegio de élite, como mentor, es decir, como una especie de profesor que ayuda en los estudios a los niños ricos. Estoy muy contento, por una parte, porque era mi deseo marchar a esa ciudad, pero, por otro lado, me da pena dejar aquí a María, a los tíos y a los primos. A pesar de todo, voy a decir que sí.

En cuanto esté instalado, te contaré qué tal me va, pero, ahora mismo, me siento muy feliz. No tengo nada que demostrar a nadie, porque he luchado desde bien pequeño, pero esto lo siento como un logro conseguido por mí mismo.

La vida me enseñó que incluso un niño puede subsistir como sea. Lo que no sabes, lo preguntas, y lo que no puedes preguntar, en la escuela de la vida lo aprendes.

Esta Nochevieja, cuando nos juntemos en caso de tío Paco, les daré la noticia. Ahora, la única que lo sabe es María. Se ha puesto un poco triste porque dice que, aunque fuera de vez en cuando, me veía, y, ahora, eso no ocurrirá tan a menudo. Le dije que, tarde o temprano, se vendrá conmigo, pero, de momento, debe esperar. Me asaltan dudas... La veo tan indefensa, y sé que, ahora mismo, mientras tú lees esto, pensarás también que no debería dejarla sola. No lo haré, te lo prometo. Pero ahora déjame seguir mi camino, para buscar un futuro mejor para los dos.

En pocos días, te escribiré para decirte cómo me va.

Feliz entrada de año, y muchos besos de tu sobrino,
Pepín.

CARTA DE MARÍA. 8 DE ENERO DE 1944.

Hola, tía.

Supongo que mi hermano ya te contó que se marcha a Monterrey. Lo hizo hace dos días. Ha prometido llevarme con él en cuanto encuentre algún trabajo para mí. Yo, de momento, solo sé cocinar, pero me gusta y se me da muy bien. Aunque la comida de aquí no tiene nada que ver con la de España, está muy rica también.

Pepín se acaba de ir, ¡y ya tengo ganas de saber de él! Se fue muy contento, aunque a tío no le gustó mucho, pero ya sabes que Pepín siempre sigue su camino.

Yo aquí tengo cada día más amigas, y me siento mejor. Le dije a mi hermano que se fuera tranquilo, que yo seguiría aprendiendo, y que esto no es lo peor que nos ha pasado. Yo sé que los domingos ya no serán iguales sin él, pero me adaptaré hasta que estemos juntos. Nunca me abandonó, y siempre tomó las mejores decisiones por los dos.

Creo que Pepín deseaba quedarse en París hasta que pasase la Segunda Guerra Mundial, pero veía que cada vez alistaban a niños más jóvenes para la guerra. Además, estando allí, un día me llevaron al despacho del director, y, al entrar en él, había un matrimonio sueco mirándome. La señora era muy elegante y muy guapa, y hablaba un poquito de español. Me preguntó si me quería ir a vivir con ellos, yo les dije que tenía un hermano, y que él tendría que venirse también. Me dijeron que solo podría ir yo, y me asusté mucho porque no podría soportar separarme de Pepín. En cuanto lo vi, se lo conté, y fue entonces cuando tomó la determinación de marcharnos a México.

Quiero darte las gracias por las fotografías que me mandaste hace unos años. Las miro todos los días. Salís muy guapas, tú y mi mamá. Cada vez que lo hago, escucho algo que me dijo antes de morir: «Sonríe siempre, porque así los dientes, con el reflejo del sol, parecerán perlas».

Y eso intento, tía, sonreír. Te lo prometo.

Tu sobrina que no te olvida,
María.

15 de febrero de 1943. Badajoz.

Después de recibir las cartas de mis sobrinos, me doy cuenta de cómo pasa el tiempo. Poco a poco, nuestras vidas se van ensamblando, y vamos buscando nuestros propios caminos. Sé que Pepín tuvo que hacerse adulto siendo un niño, y eso le ha enseñado a ser mucho más responsable en la vida. Nunca abandonará a su hermana, porque él no es de esa condición, así que estoy tranquila.

Me siento muy unida a ellos, a pesar de la distancia, y les apoyaré en todas sus decisiones. La vida da siempre oportunidades, solo hay que saber encontrarlas.

Yo siento que ha llegado el momento de hacer un alto en el camino y dejar, durante un tiempo, de hablar de mí. Ahora quiero usar la máquina para dejar volar mi imaginación y soñar. Hace tanto tiempo que dejé de soñar, que ya ni me acuerdo... Y quiero recuperar el hábito a través de pequeñas historias que vaya creando... Puede que alguien las lea, quizás cuando ya no esté viva, pero solo con saber que alguien las encontró, seré feliz.

Cáceres, 2017.

Para mi abuela, esta fue su cajita de los relatos y, para mí, está siendo mi cajita de sorpresas y revelaciones. Es increíble lo que puede esconder una vieja caja. Ahora busco entre los papeles para saber si es cierto que escribió algún relato, porque, de ser así, pienso compartirlo con vosotros. Su deseo era que vieses la luz, y así será. Pero creo que no hay ningún relato...

Cojo el libro de *Cien años de soledad*, y, al sostenerlo entre mis manos, empiezan a caer algunas hojas de papel de entre las páginas. ¡Los relatos! Leo el primer título: **Negro**. Abro el libro de *Cien años de soledad*, como si fuese una intuición, y leo también la primera frase, no sé muy bien por qué: **«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento».**

NEGRO (UNA BALA CON TU NOMBRE). BADAJOZ, 1943.

Y tú allí, frente al pelotón de fusilamiento, mirando a tus verdugos, con el ruido de un fusil cargándose y apuntándote, junto a un grito desgarrador saliendo de tu garganta.«¡Viva la república!». Y hay una bala con tu nombre.

De pronto, todo se vuelve oscuridad. Nunca se lo dije a nadie, pero aquella noche anduve nerviosa, de un lado para otro de la casa, esperando a que llegaras, a que abrieras esa puerta. Y a las seis de la mañana sentí un pinchazo, justo al lado del corazón. Caí al suelo y, en ese instante, supe que te había perdido para siempre.

A partir de entonces, el negro fue mi color, el color del luto, del miedo, de la oscuridad y, sobre todo, de la soledad. ***Porque sin ti, nada es igual.***

Cáceres, 2017.

En la página 39 de *Cien años de soledad*, casi al final de la misma, subrayada, está la siguiente frase:«***Habían contraído la enfermedad***». Y el relato pasa del color negro al rojo.

ROJO (SOLA Y ENFERMA). BADAJOZ, 1943.

Había contraído la enfermedad, una enfermedad silenciosa que apareció de pronto y que me dejó sola. Fiebres altas, calor y frío, rabia, odio..., pero un dolor, que yo lo comparo al rojo, me hizo despertar del letargo y comenzar a luchar contra la fiebre. Mi cuerpo se reveló, y así, poco a poco, la fiebre remitió y pude volver a reunirme con mis hijos.

El negro dio paso al rojo, a la fuerza, a la lucha, a la constancia y, también, a la rabia, mucha rabia.

Aunque sin ti nada es igual, ya comencé a luchar.

Cáceres, 2017.

Estaba empezando a entender el juego de mi abuela. La primera frase que leí en *Cien años de soledad* estaba subrayada con negro, y había un relato que llevaba el título de «Negro». La siguiente frase estaba resaltada con rojo. Y ahora, en la página 79, en color verde: ***«Al día siguiente, a instancias de sus amigos, fue a visitar».***

VERDE (CON EL TIEMPO LLEGO LA ESPERANZA). BADAJOZ, 1943.

Y, con los años, llegó su mensaje, cuando, a instancias de su amigo, fui a visitar a su padrino esperando encontrar un documento importante que le diera luz a tanta oscuridad. Y se la dio, porque cuando una puerta se cierra, siempre hay ventanas que se abren. Aquel día, para mí y mis hijos, se abrieron miles de ventanas que nos ayudaron a vivir un poco mejor.

El rojo dio paso al verde, a una primavera anticipada, a esperanzas, y, aunque todo seguía doliendo, quizás a mis hijos, a partir de ahora, les doliese un poco menos.

Aunque sin ti sigue sin ser nada igual, ya comienzo a soñar.

Cáceres, 2017.

En la página 314, con bolígrafo azul, se dice: «***Era la historia de la familia, escrita por...».***».

AZUL (ESPERANZA, SOLO EL DESTINO LO SABRÁ). BADAJOZ, 1944.

Necesitaba llegar a este punto en mi vida, al color azul. Ojalá alguien encuentre mis escritos, mis notas y mis pensamientos, para darles luz. Quiero que sepan lo que sufrimos, y, también, lo que luchamos por sobrevivir. Que siempre tuve en mi corazón a mi hijo, aunque no lo tuviese conmigo. A quien esté leyendo, que enseñe mi cajita al mundo, porque estos son mis recuerdos, mis ganas de luchar y mi positividad.

Hoy acabo mi historia, y empieza la tuya, tú que vas a darle continuidad.

Aunque sin ti sigue sin ser nada igual, ya siento la felicidad.

Cáceres, 2017.

Sé que, a partir de aquella última nota, nunca más volvió a coger la máquina de escribir. Ella pensó que ya había escrito todo lo que tenía que escribir. Se sintió aliviada y liberada. Escribió para que algún día se supiera la verdad, y, cuando ya lo contó todo, guardó la máquina de escribir, las notas en su caja de los recuerdos, y lo escondió.

Sí que continuó escribiéndose con sus sobrinos, porque las cartas continúan.

CARTA DE PEPÍN. MÉXICO, 1943.

Hola, tía.

Ya estoy en el Colegio Tecnológico de Monterrey. Esto es increíble, estoy muy contento. Mi trabajo consiste en ayudar a algunos alumnos en los estudios. Aquí todos son de familias ricas, y algunos tienen, más o menos, mi edad.

Este cambio me ha venido muy bien. Me vine hace tres meses, y tardé unas quince horas en llegar desde DF. Habrá unos 700 km. de distancia. Sigo en contacto con María, porque llamo a su colegio, y creo que pronto podré traerla conmigo, pues necesitan cocineras. Pero no quiero decirle nada hasta que me lo confirmen. Ella lleva tres años en el colegio, y ya tiene 16 años. Según dicen las monjas, cocina de maravilla. A mamá le gustaba también mucho cocinar, ¿verdad? María cada día se parece más a ella.

Miro hacia atrás y me parece mentira que, en 1936, cuando nos fuimos de

Badajoz a Madrid, y luego a Barcelona y, por último, a París, yo fuese un niño de trece años cuidando de una hermana de ocho. ¡Cómo es la condición humana! ¡Todo lo que puede aguantar un niño! Pero eso ya es el pasado, aunque no lo debemos olvidar.

Te mando muchos besos, a ti y a los primos,
Pepín.

Carta de Pepín. México, 1943.

Hola, tía.

He vuelto a D. F. en las vacaciones de verano. Me vine con un chico de la escuela, en su carro, muy *chévere* y muy cómodo. Este chico, como decimos aquí, «no anda descalzo», pues sus padres son dueños de azucareras. Cuando llegamos, se lo presenté a la tía Rosa y a la prima Rosita, y, a esta última, le gustó bastante. ¿Te imaginas que acaban siendo novios?

Mi hermana ya se vino conmigo a Monterrey, está hecha toda una señorita, y trabaja, como te dije, en las cocinas del colegio. Las cosas comienzan a volver a su cauce natural, la vida nos pone a cada uno en su lugar, y las piezas empiezan a encajar en el tablero.

En estos días he estado pensando en el sacerdote que condenó a nuestra familia. Al final, las personas malas, aunque se crean mensajeros de Dios, acaban recibiendo también su merecido. Y ese merecido le llegó, tía, tenlo por seguro.

Me despido, querida tía. Muchos abrazos,
Pepín.

Cáceres, 2017.

Y el tiempo continúa. Van pasando las horas, los días y las semanas. Cuando te das cuenta, han pasado doce meses y comienza otro año nuevo: 1943, 1944, 1945... y 1950, una década nueva.

Otro año en el que comienza una guerra, la Guerra de Corea. Odio las guerras y los conflictos, pues quienes los crean siempre lo hacen por motivos económicos y por la ambición de poder. También, Libia se independiza de Italia, y el escritor Pablo Neruda publica *Canto general*. Se ve, por primera vez, en Estados Unidos, la primera emisión a color de la televisión, y se disputa en Brasil el mundial de fútbol (el primero después de la Segunda

Guerra Mundial). Se lanza, en Estados Unidos, la primera tarjeta de crédito, la *DinersClub*, por obra de Ralph Schneider, y, en España, llega la Seat, que traerá muchos puestos de trabajo. Hubo, por aquella época, una boda importante que, para mí, sin embargo, no tiene ninguna trascendencia. El único enlace que me interesa de ese año es el de María, la hermana de Pepín, que paso a relataros...

CARTA DE MARÍA (CAMPANAS DE BODA). MÉXICO, MARZO DE 1950.

Hola, tía.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así, tan feliz y contenta. Y es que tengo una buena noticia que darte: ¡me caso! Y el hombre con el que lo hago es el ser más maravilloso que he conocido.

Me gustaría, tía, que me acompañaras, y que vinieras conmigo a elegir el traje de novia, pero sé que no puede ser. Vendrán mi suegra y mi amiga Nonatzin, a la que conozco desde que me vivía en México. Prometo enviarte fotos del enlace, así conocerás a mi novio. Es muy guapo, tiene dos años más que yo, trabaja en un banco, y solo te diré que lo conocí un día mientras cruzábamos la calle. Pensé que nunca más volvería a verlo, pero ya ves que no fue así. Algún día te contaré la historia entera.

¡Te extraño, tía!

María.

CARTA DE MARÍA (MI BODA). MÉXICO, OCTUBRE DE 1950.

Hola, tía.

Sé que llevo meses sin escribirte, pero, en este tiempo, me han pasado muchas cosas, y necesitaba tiempo para sentarme y tranquilizarme.

Me casé, tía, como bien sabes. Mi vestido era precioso. Iba de blanco, como casi todas las novias, con una falda de tul, muy vaporosa, y el cuello *sheer*. La manga era de *plumeti*, y llevaba algunas lentejuelas. En la parte de atrás había un lazo. ¡Era el vestido que siempre soñé! Me lo regaló mi hermano que, como sabes, fue el padrino. En el pelo llevé un recogido de los que ahora se llevan aquí, en México. Maquillaje suave y los labios rojos. Los zapatos, *Decollete* de color blanco. Parezco una diseñadora de moda, con las

palabras que te pongo, pero así se llaman estas cosas. La prima Rosa, como es tan elegante, me ayudó a elegir el vestido y me regaló los zapatos, que eran demasiado caros para pagarlos yo.

Nos casamos en una iglesia que se llama La Purísima, muy bonita. No fuimos muchos asistentes, unas sesenta personas. Vinieron algunas amigas del colegio y, por mi parte, pocas personas de la familia. Cuando terminó la ceremonia, nos fuimos a comer a un restaurante, y fue una velada preciosa. Os eché de menos.

Y hay algo más, tía... ¡Estoy embarazada, de casi tres meses! Aunque estuve a punto de perderlo, y de eso también quiero hablarte. Pero prefiero escribírtelo en otra carta aparte, junto a la historia de cómo conocí a mi marido.

Cáceres, 2017.

Es curioso, pero, a veces en la vida, ocurren cosas que ni uno se espera. Un día, rebuscando entre las cosas que había en la caja, me encontré la otra carta de María. La que envió junto a la carta de su boda, y en donde relata lo que aconteció durante su embarazo.

CARTA DE MARÍA (A TI, MI AMOR, POR SIEMPRE JUNTOS). MÉXICO, 1950.

Tía, esta misma carta se la escribí a mi esposo mientras estaba en el hospital. Yo pensé que ya había pasado bastante en mi vida, pero no, el destino me tenía reservadas más sorpresas. Siempre me han dicho que soy como una niña, pero, ¿acaso alguna vez pude ser realmente una niña? No tuve más remedio que madurar. Te transcribo la carta, tía:

Son las doce de la noche, y estamos solos, tú y yo, en esta fría habitación de hospital. He traído nuestra canción, ¿la recuerdas? Mientras la pongo para que la escuches, te leeré la carta de nuestros recuerdos. Solo espero que despiertes, que me sonrías y que me des un beso, quiero que te quedes junto a mí, y que seamos tan felices como imaginamos en nuestros sueños, cada día.

Te quiero tanto que los días se hacen eternos sin ti. Nos queda mucho por

vivir y muchas cosas por hacer, así que vuelve. Vuelve con nosotros. Ahora somos tres, amor mío. Justo ahora...Es curioso cómo, a veces, la vida nos juega una mala pasada,y uno de los días más felices de mi vida tuvo que ser también uno de los más horribles. Solo hacía media hora que me había enterado que estaba embarazada cuando sonó el teléfono, y mi mundo se derrumbó. Corrí,entonces,a tu lado y, desde entonces, no me he movido de aquí. Sueño con el instante en que abras los ojos, para que seas tú quien le pongas el nombre a este bebé.

Hoy he decidido escribir sobre nosotros. ¿Recuerdas cómo nos conocimos? Era una tarde otoñal, como la de hoy, y yo salía del trabajo. Había quedado con unos amigos en una cafetería que no estaba muy lejos. Llevaba las manos heladas, y me paré un segundo a buscar los guantes dentro del bolso. Entonces, pasaste a mi lado y nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos. Un leve escalofrío recorrió mi cuerpo, ¡eras el hombre de mis sueños! Me quedé inmóvil, pero cuando me giré, ya no estabas allí. La curiosidad me hizo buscarte. Recorrí la calle,e incluso aceleré el paso, pero habías desaparecido. Fue todo muy rápido y fugaz, como si fueras solo una ilusión.

Llegaba tarde, como siempre. Comenzaron a caer unas pequeñas gotas de lluvia, y el cielo cada vez estaba más gris. De repente, comenzó a llover, y corrí a refugiarme en un viejo edificio. No me gustaba nada aquel lugar tan siniestro, además,no se veía a nadie por la calle. Escuché unos pasos, busqué un pañuelo para secarme las gotas de la lluvia, y, como tenía las manos tan frías, se me cayó al suelo. Cuando fui a agacharme para cogerlo, escuché una voz. Miré hacia arriba y allí estabas de nuevo, con mi pañuelo en la mano. Nuestras manos se rozaron y,en ese instante, me dio un vuelco el corazón. Supe que serías importante en mi vida. Te ofreciste a acompañarme y a resguardarme bajo tu paraguas, y yo decliné, temblorosa, la proposición. Salí corriendo como una colegiala. Y entonces, en la distancia, gritaste pidiéndome mi nombre. Me giré y te dije:«¡María! ¡Me llamo María!».

Llegué empapada a la cafetería, y me pedí un café mientras esperaba a mis amigos. No dejaba de pensar en ti, en tus ojos, en tu sonrisa... Sabía que me

había enamorado.

Pasó el tiempo, y seguía esperando volver a verte. Mis amigas me decían que estaba loca, que era casi imposible y que te tenía que olvidar. ¡Ni si quiera sabía cómo te llamabas! Un día, leyendo una noticia en el periódico, te encontré. Corrí a buscar a mis amigas, y se lo conté,pletórica de alegría. Salías en el periódico del colegio donde trabajaba mi hermano, porque ibas a dar unas charlas allí. Le pedí a mi hermano que me ayudase a entrar a esas charlas, y él no entendió por qué quería ir a una conferencia sobre música barroca, pero me ayudó.

Llegó el día, y, por fin, estaba sentada frente a ti. Llevabas una camisa blanca que resaltaba aún más tus ojos azules, y, con solo escuchar tu voz, mi corazón se aceleró. ¡Estaba tan nerviosa! Cuando terminó la charla no sabía qué hacer, pero, como no podía seguir así, me armé de valor y fui hacia ti. Me uní al grupo que te esperaba junto a la puerta y, cuando terminaron de hacerte preguntas, te felicité, y tú solo me diste las gracias, sin mucho interés. Seguiste hablando con tus colegas, y supe que no me habías reconocido. Pero, justo cuando salía del salón de actos, te escuché decir:«¿Hoy no necesitaba un paraguas?». Me di la vuelta, y eras tú. Me sonreíste y me invitaste a tomar café. Me quedé tan paralizada que no podía despegar los pies del suelo, parecía una estatua inerte, pero pensé: *«Tomaré contigo café, una vida y más»*.

¡¡¡ Estaba tan feliz!!! Aún me cuesta describir con palabras lo que sentí en esos momentos. Conforme íbamos a la cafetería, sabía que eras el amor de mi vida, no hacían falta palabras. Al llegar, me diste dos besos y me dijiste: «Es hora de que nos presentemos, María». Te miré extrañada porque aún recordases mi nombre. De hecho, te lo pregunté, a lo que respondiste: «Nunca lo he olvidado».

Encontrar una persona en una ciudad tan grande, y que siga recordando tu nombre, era imposible... Aquello no podía estar pasando. Aquella sonrisa me cautivó de nuevo, y fue como si en el universo solo estuviéramos tú y yo. Me

dijiste que tu nombre era Rubén, y que también me andabas buscando. Tenías la esperanza de que viera el periódico y te reconociera. ¡Cómo olvidarme de ti! Cuando me acerque a saludarte, pensaste:«*¡Es ella, no puede ser!*».Me dijiste que sabías que, antes o después, volveríamos a encontrarnos, y que, muchos días, al igual que yo hacía,paseabas por el viejo edificio en donde me refugié de la lluvia, esperando encontrarme.

Después de ese primer encuentro en el que me acompañaste a casa, supe que eras mi alma gemela. Desde aquel instante, no nos volvimos a separar. Y de eso hace ya más de un año. ¡Cuántas cosas hemos pasado juntos! Ahora, te escribo esta carta para decirte que estaré contigo también en estos momentos tan duros. Eres joven y fuerte, y tienes que salir adelante. Yo no me separaré ni un instante de tu lado, porque quiero que, cuando abras los ojos, me veas. Por eso, amor mío, debes despertar. Sé que puedes escuchar mi voz, así que ve hacia ella.

Me pediste matrimonio un día de acampada. Me pusiste un anillo hecho por ti con unas pequeñas ramas, y nos prometimos amor eterno. Una semana después,ya estábamos con todos los preparativos de la boda, y en menos de un año, nos estábamos casando. Fue una boda preciosa. Ese día me acordé de mi familia, y, sobre todo, de mi mamá.¡Qué contenta estaría por mí! Nos alquilamos un pequeño apartamento, lo amueblamos con cosas que nos fueron dando,y lo llenamos con nuestro amor. Ahora, está vacío sin ti.

Los médicos nos dicen que no saben cuánto tiempo puedes continuar así. Por eso, esta noche, cuando la luna esté escondida entre las nubes grises que presagian lluvia, y el silencio nos envuelva, seguiré pidiendo que despiertes y vuelvas a mí. Ahora solo escucho el sonido de la música,mientras el viento acaricia la vida al pasar. Quiero que sientas mi mano junto a la tuya, mis besos, y mi corazón acelerándose. Vuelve, mi vida, vuelve junto a mí. Nos quedan por cumplir muchos sueños, y yo no puedo hacerlo sola. Te necesitamos.

No puedo perder a más personas en mi vida. Te quiero tanto... Te

queremos tanto..., porque el bebé que está creciendo dentro de mí siente el mismo amor que siento yo por ti.

PENSAMIENTO (un día me dijiste). Cáceres, 2017.

La vida es como una noria. Hoy estás arriba y, sin saber por qué, mañana estás abajo. Y los sueños, para que se cumplan, no hay que dejar de soñarlos.

Un día me dijiste que quizás nos volveríamos a encontrar, que quizás no en esta vida, ¿o sí? Quizás yo no fuera la hija y tú el padre, ¿o sí? Quizás quisiste decirme que la vida pasaba y las personas desaparecían. Pero tú siempre permanecerás a mi lado. Así es como siento yo la muerte, no como un adiós, sino como un hasta pronto.

1 de octubre de 1950. Badajoz.

Hoy hace, exactamente, catorce años que te mataron, y esta noche he vuelto a escribir, después de varios años. Desempolvé la máquina, y, al escuchar los primeros tecleos, volví la vista atrás, a cuando éramos felices.

¿Sabes?, ni un solo día he dejado de pensar en ti. ¿Por qué te hicieron esto? Aunque no lo creas, no he perdido la pista a tu verdugo. Sabía dónde estaba, pues no era tan difícil, aquí era conocido como Lucio el Sacerdote, el que

mandó matar a muchas personas. ¿Crees que tendría la conciencia tranquila? Yo lo dudo. Las personas así no pueden dormir cada noche como si no hubiera pasado nada, destrozó demasiadas familias... Finalmente, entraron en su parroquia, y murió con tres tiros, uno en la cabeza. No digo que me alegre, pero tampoco me entristece. Al final, su muerte no podía ser de otra forma. Murió como ejecutó, porque, aunque él no accionaba los fusiles, los cargaba.

A veces no es bueno sentir rencor, lo sé. Pero me crucé tantas veces con él por la calle... Y el muy cobarde agachaba la cabeza. Como nuestros hijos nunca supieron nada, a veces tenía que aguantar que estos lo saludasen por la calle mientras yo perdía los nervios. «¡¡No te acerques a él!! ¡¡¿Me oyes?!»», le grité una vez a Luli. Al final, tuve que decirles la verdad para que dejaran de saludarlo: «Él mató a vuestro padre». Lulise quedó pálida y salió corriendo tras él. Cuando lo tuvo delante, le empezó a gritar: «¡¡Asesino!!». Me arrepentí, por un segundo, de habérselo contado, porque me dolió verla así.

El día en que se lo conté, Luli volvió a casa en silencio. Le dije que eso no era bueno, que era mejor que hablase. Y comenzó a llorar.

—¿Por qué no me lo contaste? —me dijo.

—¿Crees que hubiera servido de algo siendo tan niña?—le respondí. Al llegar a casa, no le contó nada a su hermano, solo fue a por la foto que guardábamos de toda la familia, una foto que nos hicimos antes de que muriese mi padre, y la apretó contra el pecho. La oí susurrar: «Mataron a papá por ayudar...».

Después de aquel día, nunca más volvimos a hablar del tema, y seguimos con nuestras vidas. Manolo me dice que quiere irse fuera, que tiene un amigo que se ha ido a Alemania, y que está ganando bastante dinero. Dice que se entiende con los alemanes por señas. Sé que, con lo aventurero que es, pronto hará la maleta. Y Chuchi va a entrar en el servicio militar, pero, antes,

terminará lo de practicante, lo cual me alegra porque se quedará allí, en el pueblo, trabajando, cuando termine la mili.

No he dejado de ir a ver a Chuchi todos estos años y, si podía, lo hacía dos veces por año. Pero ya nunca fue igual. Aún me pregunto, cada día, si hice bien. Quizás, igual que he sacado a Luli y a Manolo adelante, podría haberlo sacado a él, pero, la verdad, eran tiempos difíciles, y yo no estaba bien. Me tuve que ocupar de Luli y Manolo porque, realmente, solo me tenían a mí, pero no me sentía con fuerzas ni con ganas, después de tanto dolor, de tantas pérdidas en tan poco tiempo y tantas despedidas.

Nadie que no lo haya vivido puede entender el dolor que se siente al buscar una parte de ti donde ya no está. Así éramos nosotros, uno parte del otro. Busqué entre cadáveres, y pisé ríos de sangre aún calientes, voltéé a personas muertas, buscando su rostro. Y, cuando lo encontré, me destrozó por dentro.

Por eso, estas notas, quienquiera que las encuentre, quiero que las dé a conocer. No sé cómo lo hará, pero deben ver la luz, pues hay cosas que no se deben olvidar nunca. La familia es una institución y, como tal, debe permanecer unida, pero la mía se desestructuró un 1 de octubre de 1936, a las seis de la madrugada, y aún no se ha vuelto a recomponer.

No sé qué hay después de la vida, pero, de cualquier forma, si algún día mis notas salen a la luz, el sufrimiento se verá recompensado. No vuelvas a guardarlas, por favor, seas quien seas. Dale luz a mi caja de recuerdos, toda la que puedas, que donde yo esté, te apoyaré.

CARTA DE PEPÍN. MÉXICO (ÚLTIMA CARTA DE PEPÍN), 1954.

Hola, tía.

Cómo pasa el tiempo, que casi no nos damos cuenta. Ya pasé de los treinta años, y la vida dio tantas vueltas como yo. Ahora me dedico a temas de la

construcción. La verdad es que me va muy bien, no puedo quejarme. Sigo viviendo en Monterrey, pero no vivo aquí todo el año. Sé que estos años de atrás no escribí mucho, y sabías de mí por las postales de Navidad, pero ya sabes, es lo que tiene hacerse un adulto con responsabilidades. Sigo soltero, eso sí, pero algún día sentare la cabeza, y me casaré y tendré hijos, como María, que ya tiene dos, o Rosita, que tiene uno y está embarazada de otro. Al final, la vida te sorprende.

Ya casi no me acuerdo de cómo era Badajoz, son tantos años aquí, que se te olvida. Tío Paco sigue bien, hace poco que lo visité, y sigue trabajando en los seguros. Le fue muy *chévere*. Aquí, en México, vive en una de las zonas más caras, tiene una casa preciosa y, como Rosa (su hija) es diseñadora de interiores, pues no le falta ningún detalle, al igual que la casa de Rosa, que es tan grande que tiene ocho personas de servicio. Al final se casó con el chico que me llevó en su coche cuando estaba, de tutor, en el colegio.

Ella, si la vieras, es muy elegante y muy guapa, y Curro sigue estudiando, está en un buen colegio. Mi hermana sigue trabajando en el colegio, en la cocina, además, ya es una de las encargadas. Sé que, ahora, escribe menos, pero, con los niños, trabajo y tal, sé que apenas tiene tiempo.

En fin, tía, cómo pasan los años, y cómo pasa la vida. Las fotos que me habéis mandado de los cuatro, estáis bien guapos. Al que encontré más cambiado es a Chuchi, será que hacía mucho que no lo veía, yo creo que desde pequeño, porque en las pocas fotos que me fuiste enviando, él no estaba. Bueno, tía, espero que estas navidades sean muy buenas, y que el año 1955 sea un año lleno de bendiciones.

Tu sobrino,

Pepín.

A partir de ese momento, ya no hay más cartas de Pepín, pero sí las típicas

felicitaciones de Navidad. Y solo hay una última carta de María, pero de 1969.

CARTA DE MARÍA (MÉXICO). 1969.

Hola, tía.

Sí que han pasado años. Hoy te escribo desde mi soledad. Al final, las historias parecen repetirse. Le pedí a mi hermano que no te contara nada, porque sé que sufrirás: hace cuatro años me quede viuda, después de una larga enfermedad de mi esposo. Tuve que dejar el trabajo para poder cuidarlo, y, mientras eso ocurría, mis pequeños cada vez pasaban más tiempo con un hermano de mi esposo y su mujer. Poco a poco se fue apagando, solo me decía: «Sé fuerte, que tú puedes», pero no es así, tía, ni soy fuerte ni puedo, ahora ya no. Esto ha sido muy duro, y, hace cuatro años, cuando la primavera enseñaba sus primeras flores, se fue. Caí en una depresión.

Al final, el hermano de mi esposo y su mujer se hicieron cargo de los niños, de mis dos hijos, y yo los visitaba a menudo. Pensé en llevármelos de nuevo, pero estaba sin trabajo y sin apenas fuerzas, y yo me sentía aquí tan sola. Por aquel entonces, Pepín e Isabel vivían en D.F., y decidí volver cerca de ellos.

No me sentía con fuerzas para cuidar a mis pequeños, al final las historias se repiten, y yo hice lo mismo que él hizo con nosotros. Comencé a trabajar aquí. Mi prima Rosa me buscó trabajo en un restaurante de unos amigos, y estoy contenta, me va bien. Conocí a un chico que, de nuevo, me volvió a dar esperanzas ya sacar alguna que otra sonrisa, pero, como todo en mi vida, no duró mucho: un día se fue y nunca más supe de él. Me acababa de enterar de que estaba embarazada. Tiempo después, nació mi pequeña, mi rayo de sol, como yo la llamo cariñosamente. De ahí su nombre: Marisol.

Así que, aquí me tienes, con dos hijos a los que apenas veo, y con mi

pequeña. Debo decir que Isabel se porta muy bien conmigo, y me ayuda a cuidarla, a pesar de que ella y Pepín ya tienen cuatro hijos. Como te decía, tía, en el restaurante me va bastante bien, lo malo es el horario, que, a veces, cuando llego está mi pequeña dormida, y, cuando me voy, también. Pero es lo que hay, no sé trabajar de otra cosa y es cierto que me gusta mucho cocinar.

Tía, hace días hablaba con Isabel, y nos pusimos a recordar nuestra vida, allí en Badajoz. Le contaba cómo Pepín se iba con tío Paco al ayuntamiento, y venía entusiasmado de ver y poder leer tantos libros en la biblioteca. Sus hijos mayores escuchaban atentamente y me hacían preguntas, les gusta que les cuente estas historias, y a mi hermano y a mí nos gusta recordarlo. También recordamos cuando nos comíamos los bollos de leche, ¡qué rico! Y el día que Chuchi y Campeón se perdieron, ¿te acuerdas, tía? Que los encontramos dos calles más allá, sentados en una acera, y Campeón a su lado, sin moverse. Cuántos y cuántos recuerdos. O los bizcochos de chocolate que nos hacías, antes de la guerra, y se los llevabas a mamá. Cuántos recuerdos y vivencias, me da pena porque sé que es difícil volver, pero daría lo que fuera por vernos de nuevo. Porque, por mucho tiempo que pase, nunca te olvidaré, ni a mis primos.

Os quiere,

María.

Cáceres, 2017.

Esas fueron las dos últimas cartas que encontré en la caja metálica de mi abuela. Ahora, poco a poco, voy componiendo el puzle de nuestras vidas.

Hay tres libros, cartas, notas de mi abuela y muchos recuerdos. Pero, cuando me disponía a guardarlo todo de nuevo en la caja, de uno de los libros cayeron otras dos cartas y una nota. Me sorprendió, sobre todo, que no estuvieran junto con las demás... Al recogerlas, comprobé que eran de su hermano, y que estaban escritas en 1970, con un mes de diferencia entre una y otra. Estoy perpleja, después de casi treinta años, de pronto, dos cartas. Las leo y las transcribo:

CARTA DE PACO (HERMANO DE MI ABUELA). MÉXICO, SEPTIEMBRE DE 1970.

Hola, Luisa.

He sabido de ti por nuestros sobrinos, Pepín y María. Llevo años retrasando escribir esta carta, pero hace días que me ronda la idea de escribirte y saber de ti, no sé, quizás ahora sea porque veo mi fin cercano, y no quería irme de esta vida sin despedirme de ti.

Tal vez, habrás pensado que es muy fácil olvidarse de los que se quedan, y puede que tengas razón, sé que pasaste mucho. Fueron años muy duros para todos, yo entonces estaba tan sumido en mi trabajo que, quizás, no me daba cuenta de lo que ocurría a mí alrededor. Cuando enfermaste, yo no podía entrar en Badajoz. Sabía de ti por la información que me llegaba, pero ahora me doy cuenta de que fui muy egoísta, y debí ocuparme de mis sobrinos y de ti, y no lo hice. Ya me dijo Pepín que Chuchi se crió en San Vicente, con la familia de tu marido. Cuántos sueños rotos y vidas destrozadas por culpa de los dichosos sublevados y del franquismo. Me hubiera gustado ver el fin del franquismo, pero no creo que llegue a verlo. Me voy de este mundo con la pena de no volver a verte ni regresar a España. Siempre lo tuve en mente, pero, al final, me voy de este mundo sin cumplir mi sueño de volver a mi tierra, y de verla siendo una España libre.

A mí aquí me fue bien, y hemos vivido sin apuros. Tuve una aseguradora, me gustaba mi trabajo, y, cuando llegó, Pepín estuvo unos años trabajando

conmigo, hasta que decidió irse. Rosa, mi mujer, se adaptó bien a la vida aquí, la verdad es que nunca le faltó de nada, y nuestros hijos, Rosita y Curro, estudiaron en buenos colegios. Muchas veces pensé en decirte que os vinierais los cuatro, y comenzar aquí una nueva vida, pero nunca lo hice. Siempre el tiempo y el trabajo, esa fue mi vida, trabajar para que nunca les faltara de nada.

Rosa se casó. Ella estudió Diseño de Interiores, y tiene 3 hijos. Pero, con todo lo feliz que fue, siendo joven, ahora la noto triste. Algo falla, solo espero que se dé cuenta. El pequeño Curro estudió para clasificador internacional de algodón. No quiso trabajar conmigo en los seguros, y trabaja de eso.

Pepín es como yo, muy trabajador. A María, la suerte no le sonrió tanto, y ya ves lo que ha sufrido siempre. Le costó mucho irse de Badajoz, siempre te nombraba cuando, alguna vez, nos juntábamos.

En definitiva, te escribo para saber de vosotros y para pedirte perdón si no me ocupé de vosotros, o no o te ayudé cuando debí hacerlo. Es una carga que llevo desde hace muchos años.

Espero noticias tuyas. Sé que te gusta escribir, y aún recuerdo en tu casa la máquina de escribir, cuando fui, el día que falleció nuestro padre. Un abrazo de tu hermano.

25 de septiembre de 1970. Badajoz.

Recibir la carta de mi hermano fue toda una sorpresa. Estuve tanto tiempo esperándola que, quizás, ya llegó tarde. Han pasado treinta años, y, durante

ese tiempo, supe de él a través de mis sobrinos. En fin, yo creo que las cosas pasan porque tienen que pasar, no hay nada que perdonar, fue una locura todo..., nuestras vidas... Sí que me dolió, durante un tiempo, que nunca se preocupara de mis hijos ni de mí, pero, al fin y al cabo, él tenía su familia. Aunque, es curioso, pero se llevó a gran parte de la familia de su mujer.

No sé qué ocurre en nuestra familia, que las mujeres siempre acaban sufriendo más que los hombres. Me gustaría saber si, en el futuro, esto es igual o ha cambiado. Yo espero que cambie, porque, la verdad, nunca lo entendí. Mi hermano vivió bien, mi hermana murió, y yo, por poco, pero sufrí mucho tiempo. No digo que él no, pero vivió siempre con su familia, se tuvo que exiliar, que me imagino que fue duro, pero vivió bien. Hubo muchos exiliados que malvivieron y pasaron muchas penurias, mientras que él vivió una vida desahogada. En mis palabras puede haber algo de resentimiento, pero en realidad no es así, hay dolor, y eso es difícil de olvidar. Es lo que le escribo en mi carta, que si la vida nos diera una segunda oportunidad, igual las cosas las haríamos de otra forma. Pero no es así, la vida es una, y es la que nos toca vivir. Yo ahora soy feliz, rodeada de mis hijos y nietos, Le dije que Luli se casó, vive aquí, en Badajoz, y tiene dos hijos. Chuchi también se casó, vive en San Vicente, y voy a visitarlo cada vez que puedo. Tiene dos hijos también. Manolo se fue a Alemania, y, al final, volvió y se quedó viviendo en Barcelona. Tiene una hija.

Cada cual tiene marcado un camino, y ya lo único que nos queda es seguir caminando hacia delante y dejar atrás el pasado, y más el que duele. Ya sufrimos bastante, ahora nos tocó vivir rodeados de los hijos y los nietos. Lo que hubiera disfrutado mi marido de sus nietos, igual que disfrutó de sus hijos el tiempo que le dejaron.

Mi tiempo de escribir termina aquí, quizás mi ciclo no se había cerrado, esperando hasta recibir noticias de mi hermano.

La vida sigue. Es como una noria: cuando te montas, comienzas a dar vueltas y, si no te paran, no sabes cuándo ni dónde bajar. Pues esto funciona

igual.

CARTA DE PACO (HERMANO DE MI ABUELA). 1970. MÉXICO.

Qué bien que me escribieras, tienes razón con todo lo que me dices. Me alegro mucho de que tus hijos estén felizmente casados, y tengas ya cinco nietos. Como tú dices en tu carta, este es nuestro ciclo de vida. El mío ya está a punto de terminar, a ti aún te queda, tú eres muy fuerte. Tuvimos una infancia y una adolescencia felices. Gracias a nuestros padres, que nos enseñaron unos valores importantes en nuestra vida, salimos adelante como pudimos, y gracias a ellos, pudimos estudiar, que antes, como sabes, pocos eran los que estudiaban. Ellos nos dieron esa oportunidad. En fin, hermana, con esta carta me despido, pero quiero que sepas que lo hicimos lo mejor que pudimos. Si te falle, perdóname. A veces te dejas llevar por la vida y, cuando estás lejos, se pueden cometer errores. Pudiera parecer que te olvidas de personas importantes en tu vida. Eso, seguramente, me pasó a mí.

Hay algo que siempre decía nuestro padre, no sé si lo recuerdas, pero a mí se me olvidó, y lo recordé hace un tiempo. «Puede golpearte la vida, y dejarte casi sin fuerza, pero, si alguien que te quiere, te tiende una mano, vuelves a resurgir como el ave fénix». Eso nos pasó a nosotros, y yo no me di cuenta, pero lo que sí hice fue contarles esta anécdota a mis hijos, para que ellos se la cuenten a los suyos, para que pase de generación en generación, y nunca se sientan solos.

Cuídate hermana, estoy convencido de que, algún día, volveremos a encontrarnos. Aunque no será en esta vida. Hasta entonces, te deseo todo lo mejor.

Con mucho cariño,

Paco.

Cáceres, 2017.

Pues me quedo con ese pensamiento de mi bisabuelo para decírselo a mis hijos, porque igual algún día me lo dijo mi padre, aunque no lo recuerdo. Puede **golpear la vida, y dejarte casi sin fuerza, pero, si alguien que te quiere, te tiende una mano, vuelves a resurgir como el ave fénix**. Sé que, al poco tiempo de recibir mi abuela la segunda carta, su hermano falleció, pero yo creo que, cada uno a su manera, entendió al otro. A mi abuela nunca le escuché decir nada de su hermano que no fuera con cariño. Poco a poco, las generaciones se suceden, unas a otras. Mi abuela Luisa, su hermano Francisco, su esposa Rosa, ya fallecieron.

Hace más o menos un mes, o quizás algo menos, volví a encontrar a otra parte de nuestra familia de la que yo personalmente siempre tuve conocimiento, y también la inquietud por encontrarlos. Pero no ha sido hasta ahora que di con ellos. Pude profundizar sobre **la segunda generación** de mi familia. De todos ello ya sabía, sobre todo de Pepín y María, por las cartas que le enviaban a mi abuela. Y también de mi padre, Chuchi, mi tía Luli y Manolo. Pero fue una ocasión perfecta para conocer más sobre todos ellos.

Pues sí, **Pepín**, que pertenece a esta segunda generación, nació en Badajoz y vivió en varios sitios, más tarde él solo, pero primero junto con su hermana. Ellos fueron niños de la guerra, que emprendieron un viaje incierto para terminar en México. Incluso, según me cuenta Isabel, su esposa, un año vivieron en Madrid, por su trabajo. Isabel y Pepín tuvieron siete hijos, de los cuales creo que hablé con tres. Ella me ayudó a recopilar información. Pepín falleció hace unos años.

María, hermana de Pepín, otra niña de la guerra. Viajaron solos hasta

terminar en un barco que los llevaría a Estados Unidos y, después, en tren a México. Se casó, tuvo dos hijos y, cuando enviudó, dejó a sus hijos con un hermano de su esposo y la mujer de este. Más tarde, tuvo una tercera hija, Marisol. María lo pasó mal, y dicen que siempre recordó su vida en Badajoz con nostalgia. Murió también, hace años.

Curro, hijo de Francisco y Rosa. Nació durante la guerra, tuvo una infancia feliz en México. Fue a un colegio de españoles que se llamaba Instituto Patria. Trabajó como clasificador internacional de algodón: iba a los sembradíos, revisaba cómo estaba el algodón y le ponía precio. Una vez, debajo del sembrado de algodón encontraron... algo ilegal, y mataron a algunos que iban con él. Él se salvó y dejó ese trabajo. Después trabajó en fábricas de ropa, en marcas importantes. Más tarde, abriría su propia fábrica y se dedicaría a vender uniformes. Por último, empezó a poner sistemas de comunicación en los coches para empresas. Falleció también, hace unos años.

Se casó y tuvo dos hijos. Conozco a uno de ellos, Francisco Morlesin Zarazúa, quien me está ayudando mucho a recopilar información. Posteriormente, se divorció y se casó por segunda vez, pero perdieron un hijo antes de nacer. Curro falleció hace unos años.

Rosa, hija de Paco y Rosa, y hermana mayor de Curro. Tuvo una infancia feliz, estudió Diseño de Interiores, según dicen, era una mujer muy culta y elegante, siempre estaba rodeada de personas importantes del mundo de la cultura. Se casó y tuvo tres hijos, se divorció y murió hace dos años. Nunca superó la muerte, en accidente, de su hijo mayor.

Luli, hermana mayor de mi padre. Se casó con mi tío Antonio, siempre pasé momentos entrañables junto a ellos y mi abuela. Recuerdo los domingos, cuando estaba interna, que me iba a comer y a pasar el día con ellos, aunque tenían un mono que me daba un poco de miedo, y, además, un gato y un perro. Me aguantaba el miedo por lo bien que lo pasaba aquellas tardes jugando al cinquillo. ¡Qué buenos ratos pasé! Tuvieron dos hijos, una de ellos mi prima Rosi, que siempre nos decían que parecíamos hermanas, y la

verdad que siempre la quise como a una hermana.

Recuerdo cuando iban al pueblo, en concreto una anécdota muy graciosa: resulta que mis padres tenían una huerta en el pueblo, y fuimos a pasar un día allí. Había una vaca que acababa de tener un chotillo, yo tendría unos doce años. Cuando la vaca nos vio cerca de su cría, corrió hacia nosotros. Yo solo recuerdo la agilidad de mis abuelas, a mis tíos saltando la pared de piedra..., yo creo que en la vida corrimos más que aquel día. Son recuerdos que hacen aflorar las lágrimas. Mi tía Luli ya falleció, también mi tío y mi prima, esta última, demasiado joven.

Manolo, hermano pequeño de mi padre. Lo cierto es que, de mi tío, solo tengo recuerdos de cuando venía a vernos algunos veranos, pero creo que, en toda mi vida, lo vi unas tres veces. Vivió en Alemania, y después en Barcelona. Allí tuvo una fábrica donde hacía bolsos de todo tipo y paraguas, y varias tiendas en donde los vendía. Cada vez que venía mi abuela de Barcelona, nos traía algunos. Se casó con mi tía Maite y tuvo dos hijos: mi prima Maite y un hijo. Con mi prima Maite, a pesar de vernos poco, me une un gran lazo afectivo, y me encanta hablar con ella. Mi tío Manolo no sé dónde está.

Chuchi, mi padre. ¿Qué decir de él?. Junto a mi madre, ha sido un referente muy importante en mi vida. Con seis años, cuando fusilaron a su padre, se fue a vivir con unos primos de mi abuelo. Nunca nos habló de esa época, y la verdad es que yo tampoco le pregunté. Ahora que ya no está, me arrepiento, aunque sabía que de ese tema no le gustaba hablar mucho, o más bien nada. Estuvo interno en un colegio, en Salamanca, y su profesión fue practicante, lo que hoy se llama enfermero. Le encantaba su profesión, Se casó con mi madre en 1960, y, antes de nacer yo, tuvieron una niña, pero nació muerta. No quiero imaginar el dolor que debió suponer para ellos. Un año después, nací yo, el torbellino, la que siempre protestaba, pero nunca hacia nada, y, a los cuatro años de nacer yo, mi hermano.

A mi padre le gustaba la vida tranquila, pocas veces lo vi enfadarse, claro

que a mi madre tampoco. Era introvertido, en el hospital dicen que prefería estar atendiendo a los enfermos que charlando con los compañeros. Si mi madre no le ponía los calcetines, siempre se ponía uno de cada color, una costumbre que tiene mi hija, debe ser cosa de los genes. No le gustaba nada, pero nada, conducir. Siempre decía: «¿Cómo voy a llevar un coche?, si no he montado ni en bicicleta», pero se sacó el carné, a los cuarenta años. Nos reíamos porque decíamos que el único camino que recorría su coche, un Seat 127, era del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tenía un humor muy peculiar, porque te decía las cosas muy serio, pero te tenía que reír con él. Dicen que nos parecemos mucho. Cuando las personas son buenas, se las recuerda con cariño, y eso le pasó a mi padre. Además, lo bueno es que, a su lado, tuvo a una mujer, mi madre, que siempre supo llevarlo y acompañarlo en todo momento.

Le encantaba leer el periódico todas las mañanas, y, con su radio pequeña, iba a todas partes. Siempre fue del Real Madrid, el fútbol le apasionaba. Eso y acostarse tarde viendo una película, aunque siempre se dormía en el sillón con el mando de la tele en la mano, ¡y cualquiera se lo quitaba! Le encantaba bañarse en el mar y saltar las olas, pero siempre estaba pendiente de mamá porque ella no nadaba. Era muy goloso..., bueno, toda la familia lo somos. Siempre tenía miedo de ponerse malo y constiparse, y, en pleno verano, iba cargado con una chaqueta de punto.

En casa, siempre había un canario, le encantaban. Aún tenemos por ahí la jaula. También le gustaba pasar desapercibido... ¿A quién saldré? Como yo decía siempre de él, caminaba por el mundo de puntillas, para no molestar. Era muy despistado, pero mucho, y un día, sin saber por qué, llegó a nuestras vidas «la enfermedad del olvido». Poco a poco, el Alzheimer lo fue alejando de nosotros, pero mi madre, una luchadora infatigable, nunca se dio por vencida. Si cierro los ojos, lo recuerdo sonriéndome, como hacía siempre cuando me veía, aunque al momento no me reconociera. Murió estando los dos solos, se fue en paz. Pero, para mí, vive cada día en mis recuerdos y en cada decisión que tomo. Siempre le digo: «No te vayas muy lejos».

Y mi madre, ¿qué decir de ella?. Una mujer como he conocido pocas. Fuerte

y, a la vez, sensible, una mente muy ágil, y siempre con las ideas muy claras. Lo que no le parece bien, lo dice, eso sí, sin ofender. Le gusta controlar, porque tiene carácter. Le encantan los paseos por el mar y las novelas (no la llames cuando las está viendo, porque no te hace caso), es fuerte, y en eso la envidia, aunque creo que parte de mi carácter es el de mi madre. Le gusta verse guapa, aunque la verdad es que necesita poco para conseguirlo, porque lo es.

PENSAMIENTOS (punto final). Cáceres, 2017.

Y como toda Historia debe tener un punto y aparte o un punto final, no podía dejar de contaros, antes de despedirme, la historia de mi vida:

Y ESTA ES LA HISTORIA DE MI VIDA (MI MUNDO INTERIOR).

CÁCERES, 2017.

Yo nací hace 54 años, en Badajoz. Rodeada de amor, de unos padres a los que quiero mucho. Aunque mi papi (así lo llamaba cariñosamente) ya no esté, no pueda verlo físicamente, ni escuchar su voz, siento que me cuida y me protege. Afortunadamente, me queda mi madre. Nos pasamos media vida intentando entendernos, y ahora es tan fácil. Ella nunca me soltó la mano cuando la necesitaba.

Como iba diciendo, yo nací un martes 30 de julio de 1963. Viví en un pueblo que se llama San Vicente de Alcántara, donde aún conservo a mis amigas y parte de mi historia y recuerdos de la infancia y la juventud. Siempre fui una niña alegre y divertida que se reía hasta de su propia sombra. Mamá siempre dice que aquel día hacía un calor horrible. Sé que fui una niña muy deseada, porque antes de tenerme a mí, mis padres tuvieron otra hija, que murió horas antes de nacer. Pero llegué yo al mundo, a veces para volverlos un poco locos, y darles quebraderos de cabeza, como decía mi abuela materna. Sobre todo porque, como ellos mismos decían, no me gustaba estudiar. Eso de estar sentada estudiando no iba mucho conmigo, yo era muy inquieta, y, cuando se suponía que debía estudiar, me ponía a escribir historias. Relatos que rompía antes de que me los vieran. Tuve una niñez muy feliz, me pasaba el día en la calle, jugando con mis amigas. Me encantaba vivir en el pueblo, creo que, cuando eres niño, es el mejor sitio donde puedes vivir, porque tienes tanta libertad...

Recordando aquellos años, y la figura de mi abuela, me sorprende la forma en que su historia llegó hasta mí. No entiendo porqué nunca nos habló de sus escritos. Si no llego a tropezar con la caja, seguramente se hubiera tirado..., lo raro es que eso no se haya hecho en todos estos años, con lo dada que es mi madre a tirar cosas... ¿Y por qué nunca nos dijo nada? Como dije anteriormente, nunca la vi escribiendo en su vieja máquina. Una máquina de escribir que pasaría de generación en generación, primero mi abuela, después, con el paso del tiempo, la tendría mi padre y, más tarde, mi hermano. Hay cosas que nunca entenderé o, quizás, cuando acabe de leer todos los escritos de mi abuela, encuentre una explicación.

Qué diferente mi vida a la de mis abuelos, mi padre y mis tíos. Ahora lo pienso y, a pesar de vivir en una dictadura durante mi niñez, yo no era consciente de todo eso. Con aquella edad, tan solo pensaba en ser feliz y jugar. Recuerdo que, en el colegio, antes de entrar en clase, nos hacían cantar el Cara al sol. Aunque yo no sabía el significado de esa canción, la cantaba y listo. Aún recuerdo los palmetazos en las manos de una de mis maestras cuando me equivocaba en decir las preposiciones. Lo único que sé es que dicen que «la letra con sangre entra». Pues yo no sé si con sangre, pero con palmetazos, estoy segura, porque nunca se me olvidaron.

Vivíamos en la misma casa con mis abuelos, una casa grande en cuya planta baja mi madre tenía una tienda. A mediodía, cuando cerraba, yo jugaba a vender cosas a personas imaginarias, a las que les creaba incluso una identidad propia. En la parte de atrás de la casa, y pegada a la tienda, había una consulta donde mi padre, que era practicante, ponía inyecciones y tomaba la tensión. Aún recuerdo esas cajas metálicas donde hervía las jeringuillas de cristal y las agujas. ¡Cuántos recuerdos se agolpan ahora mismo en mi memoria! Recuerdo el primer libro que me regalaron, con cinco años, y nunca olvidé: La dama y el vagabundo. Lo leí tantas veces como lloré leyéndolo. Pero, a los diez años, un día de septiembre, me montaron en el coche, con una maleta llena de mi ropita. Los miré y pregunté: «¿Dónde vamos?», y mi madre me dijo: «Vas a estudiar en un colegio donde hay muchas niñas como tú, y allí lo pasarás genial». Lo cierto es que lo vi como una aventura. Cuando llegamos al colegio, recuerdo que aquel lugar era enorme, no podía imaginar cuántas personas podría haber allí, en aquel patio con un ángel blanco en el centro. Un poco más allá, había otro patio mucho más grande, con columpios y una capilla.

Aún hoy, al recordar a mamá alejándose, dejándome allí, siento una sensación extraña. Solo sé que salí corriendo detrás de ella, y que le dije: «Llévame a casa, no quiero estar aquí, no me gusta este lugar». Recuerdo que me miro y, con ojos tristes, me dijo: «Verás cómo, en pocos días, te sentirás bien y conocerás a muchas niñas». Y, con lágrimas en los ojos, vi cómo se alejaba. Entonces pensé que debía de haber hecho algo mal. Si ella también estaba triste, ¿porqué me dejaba allí? Parecía un castigo, pero lo bueno de los castigos es que, con el tiempo, se olvidan. Por eso estaba segura de que pronto volverían a por mí.

Es cierto que conocí a muchas niñas de mi edad, y me llevaba bien con todas, tanto internas como externas. Y también es cierto que, a mis padres, el

castigo no se les olvidaba, porque yo seguía allí. Así fue hasta que entendí, siendo ya adulta, que mis padres querían lo mejor para mí, pero, la verdad, nunca me acostumbré a estar allí encerrada. Me sentía como un pájaro que está acostumbrado a volar y, de pronto, lo encierran en una jaula. Me habían cortado las alas que tenía para poder volar en libertad.

La primera vez que me gusto un chico, tendría unos nueve años. Siempre fui muy enamoradiza, pero, sobre todo, muy divertida y un torbellino. Eso sí, con mucho genio que, poco a poco, fui puliendo. Pero la primera vez que me enamore fue de un chico del pueblo. Yo tendría unos quince años, siempre lo recordaré como algo muy especial, porque me ayudó a creer más en mí, y, además, fue quien me besó por primera vez. Fue entonces cuando descubrí que los besos tienen color, porque aquel fue un beso de los de quince años, de color rojo pasión. Pero al final, todas las historias llegan a su fin, unas antes y otras después. La mía duró un verano y parte de un otoño, pero nunca la olvidé. Por eso dicen que el primer amor nunca se olvida. Recuerdo las tardes escuchando los consejos de Elena Francis en la radio, o leyendo mis tebeos favoritos que me compraba todas las semanas: Esther y su mundo, o los de Lili.

Recuerdo cuando comprobé, a los dieciocho años, lo que duele una muerte, cuando alguien a quien quieres se va.

Descubrí, cuando me convertí en cisne, que las personas se enamoran primero del envoltorio (aspecto físico) y después del regalo (el interior de las personas). Eso no me gusta, pero la sociedad en la que vivimos es así, deciden cuáles son los cánones de belleza.

Es curioso, porque un libro que me marcó fue Cien años de Soledad, y ahora vivo en una urbanización que se llama Macondo. Simples coincidencias.

Me casé joven, con 21 años, quería comerme el mundo, y por poco el mundo no me come a mí. Como en cualquier matrimonio, hubo momentos buenos y otros no tan buenos, pero fueron veinticinco años de estar juntos. Quizás, pasados los años, pienso que no supimos madurar a tiempo. Vivíamos en galaxias diferentes, y eso no nos llevaba a ningún lado. Lo que está claro es que nunca me arrepentí del paso que di, entre otras cosas porque tuve dos hijos maravillosos, Sergio y Nuria. ¿Qué sería de mi vida sin ellos!... ¿Cómo se puede querer tanto?...El amor de una madre es incondicional y, como siempre digo, son el motor que mueve mi vida, junto a mi pareja actual.

¿Y qué decir de él? Si existen las almas gemelas, estoy convencida de que la encontré. Yo estoy aquí, escribiendo en el despacho durante horas, y él en el salón, leyendo. Somos tan complementarios. Siempre digo que yo le di la vida, y él me enseñó a vivirla y, sobre todo, me dejó mi espacio vital. Cree en mí y, cada día, me dice «qué guapa estás», aunque me acabe de despertar.

Pues sí, la vida son esos momentos, es un paseo rodeados de las personas que queremos y nos quieren.

Por eso sé que sí hay segundas oportunidades, y yo no la pienso desaprovechar.

PENSAMIENTO (esta soy yo). Cáceres, 2017.

Leyendo sobre esos años, a veces cuesta poder digerir la información que me va llegando. No pienso dejar de buscar, quiero llegar hasta el final, saber más de los que ya no están..., a veces pienso qué sería de Campeón, el perro que acompañaba a mi padre a todas partes. Lo averiguaré.

Mi vida, comparada con la de mi familia, no tiene nada que contar..., bueno o casi nada, porque creo que, de alguna forma, mis dedos están movidos por hilos invisibles que vienen desde algún lugar. Ahora sé por qué tenía que escribir. Quizás sea porque te lo debía... porque os lo debía... tenía que contarLa historia de nuestras vidas, para que la memoria histórica nunca se pierda.

El verdadero profeta no es aquel al que siguen más personas porque su discurso sea perfecto, es aquel que, aunque tenga fallos, sabe llegar hasta el corazón.

FIN

Este libro está dedicado a vosotros, a los que ya no estáis. Los que cruzasteis el viejo puente de madera, la última tú mamá. Solo espero que entiendas que no se debe enmascarar la realidad, y la historia hay que contarla como sucedió, por lo menos la parte que conocemos. A ti papá, ¿qué decirte?, si solo con mirarnos nos entendíamos, porque sé que parte de ti se quedó en el dolor de perderlo todo, siendo solo un niño. A los hermanos de mi padre, Luisa y Manolo. separados por una absurda guerra

A mi abuelo, Francisco Gallardo, al que varios disparos le arrebataron la vida con tan solo 33 años, y a mi abuela, Luisa Morlesin Guerra, ella siempre tan luchadora y emprendedora, a pesar de todo lo que pasó. Siempre fue un espejo donde mirarme. Nos cuenta una historia tan bonita.

Al hermano de mi abuela, Francisco Morlesin Guerra, que aguantó hasta el final, y después comenzó desde cero en México, un país que no era el suyo, pero, al final, todos somos ciudadanos del mundo.

Al igual que a Pepin y Rosa, que, siendo unos niños, tuvieron que vivir una vida de adultos y aprender a sobrevivir.

Y, cómo no, muchas gracias a Isabel, la mujer de Pepín. Sin ella, esta historia nunca hubiera salido a la luz. Junto a Francisco Morlesin Zarazúa, Nonatztin Morlesin, Maite Gallardo Carrasco y mi hermano, Francisco Javier Gallardo Redondo, porque dicen que quien tiene un amigo, tiene un tesoro, y eso lo aplico yo a mi hermano.

Y siempre a mis hijos, Nuria y Sergio, porque ellos son una parte del futuro de nuestra familia.

Para que jamás se olvide la memoria histórica. A pesar de que algunos quieran, porque esto es lo que hace grande a un pueblo.

MARISOL GALLARDO



Sus raíces son extremeñas, pero como ella bien dice, se considera ciudadana del mundo. Hay un pensamiento que le caracteriza: nunca dijo que fuera fácil, pero con tesón, esfuerzo y lucha, se consiguen los sueños, porque la suerte no existe si uno no se esfuerza.

Table of Contents

[Presentación de los personajes de la novela](#)
[HISTORIA DE NUESTRAS VIDAS.](#)
[UN OCTUBRE NEGRO, TRISTE Y FRÍO.](#)
[MI MAYOR TESORO](#)
[DÍAS DE DOLOR](#)
[LA GUERRA HA COMENZADO](#)
[EL COMPROMISO](#)
[HUIR SIN MIRAR ATRÁS](#)
[HUIR SIN MIRAR ATRÁS \(continuación\) \(Badajoz\).](#)
[DÍAS DE DOLOR](#)
[CASI CINCO MESES SIN NOTICIAS \(el siguiente escrito\)](#)
[Carta de Pepín \(1ª carta\), 3 de junio de 1937.](#)
[Carta de Pepín \(2ª carta\), 9 de septiembre de 1937.](#)
[Carta de Paco \(hermano de mi abuela\) Francia.](#)
[RECABANDO INFORMACIÓN \(Cáceres, 2017\).](#)
[VIAJE HACIA MÉXICO DE FRANCISCO MORLESIN Y FAMILIA.](#)
[Escritos de Rosa I:](#)
[Escritos de Rosa II:](#)
[Escritos de Rosa III:](#)
[Último escrito de Rosa:](#)
[Carta de Pepín \(3ª y última desde Francia\) 20 de abril de 1939.](#)
[UNA LLAMADA DESDE MÉXICO \(algo inesperado\).](#)
[EL VIAJE de Pepín y María.](#)
[Carta de Pepín \(esperando en la embajada\), México.](#)
[Carta de Pepín \(una noche en la puerta de la embajada\).](#)
[Carta de Pepín \(12 de septiembre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín \(1 de octubre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín \(durante el trayecto en Barco\) \(23 de diciembre de 1939\).](#)
[Carta de Pepín. México, la ciudad soñada \(12 de febrero de 1940\).](#)
[Buscando en la caja \(Cáceres, 2017\).](#)
[Un amor para siempre. 4 de marzo de 1940 \(Badajoz\).](#)
[Carta de Pepín. 19 de mayo de 1940 \(México\).](#)
[San Vicente de Alcántara \(verano de 1940\).](#)
[Carta de Pepín. 10 de enero de 1941.](#)

Carta de Pepín. 25 de mayo de 1941 (México).
Carta de María (hermana de Pepín). 5 de junio de 1941.
Carta de Pepín. 29 de diciembre de 1943 (México).
Carta de María. 8 de enero de 1944.
NEGRO (Una bala con tu nombre). Badajoz, 1943.
ROJO (sola y enferma). Badajoz, 1943.
VERDE (con el tiempo llega la esperanza). Badajoz, 1943.
AZUL (esperanza, solo el destino lo sabrá). Badajoz, 1944.
Carta de Pepín. México, 1943.
Carta de María (campanas de boda). México, marzo de 1950.
Carta de María (mi boda). México, octubre de 1950.
Carta de María (a ti, mi amor, por siempre juntos). México, 1950.
Carta de Pepín. México (última carta de Pepín), 1954.
Carta de María (México). 1969.
Carta de Paco (hermano de mi abuela). México, septiembre de 1970.
Carta de Paco (hermano de mi abuela). 1970. México.
Y ESTA ES LA HISTORIA DE MI VIDA (mi mundo interior). Cáceres, 2017.